



CERTAMEN DE TEATRO ESCOLAR DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Modalidad B

Categoría IV

Teatro Clásico del Siglo de Oro

Selección de textos dramáticos



CUESTIONES PREVIAS

Selección de los textos

La Consejería de Educación, Ciencia y Universidades ha pedido asesoramiento a la Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD) para efectuar la selección de los textos dramáticos que se proponen en esta convocatoria. Este asesoramiento, junto con la selección de un número determinado de textos, ha sido fundamental para conseguir que todas las posibles actuaciones tengan un mismo grado de dificultad y que, de este modo, los criterios de valoración del jurado sean homogéneos.

Representación de escenas del Siglo de Oro o pertenecientes a esa tradición

Los actores deberán interpretar el texto seleccionado, que puede estar dentro de los propuestos en esta guía de repertorio de textos dramáticos. No podrán recurrir a ningún soporte escrito durante su interpretación.

Vestuario

Aunque no es obligatorio, sí es recomendable el uso de vestuario adecuado a la obra.

Escenografía

Las representaciones de las escenas del Siglo de Oro se hacen fuera del centro escolar, en el lugar que determine la Consejería de Educación, Ciencia y Universidades. Por eso, el director del montaje ha de valorar la incorporación de elementos escénicos fácilmente moviles.

Lugar y fecha de la representación

A la vista de las solicitudes recibidas, la Consejería de Educación, Ciencia y Universidades organizará el calendario y el lugar en el que los centros participantes representarán sus montajes. La comunicación de los mismos se hará con suficiente antelación.

Numeración de los versos

La Consejería de Educación, Ciencia y Universidades ha respetado los criterios seguidos por las distintas editoriales.



Selección de textos dramáticos

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO	4
TEXTO Nº 1 - Casa con dos puertas mala es de guardar (1)	4
TEXTO Nº 2 - Casa con dos puertas mala es de guardar (2)	11
TEXTO Nº 3 - Casa con dos puertas mala es de guardar (3)	23
TEXTO Nº 4 - El alcalde de Zalamea (1)	36
TEXTO Nº 5 - El alcalde de Zalamea (2)	39
TEXTO Nº 6 - La dama duende (1)	44
TEXTO Nº 7 - La dama duende (2)	52
TEXTO Nº 8 - La vida es sueño (1)	59
TEXTO Nº 9 - La vida es sueño (2)	65
TEXTO Nº 10 - La vida es sueño (3)	70
TEXTO Nº 11 - No hay burlas con el amor	74
CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE	78
TEXTO Nº 12 - Entremeses: El viejo celoso (1)	78
TEXTO Nº 13 - Entremeses: El viejo celoso (2)	83
GARCÍA LORCA, FEDERICO	90
TEXTO Nº 14 - Bodas de sangre	90
JARDIEL PONCELA, ENRIQUE	95
TEXTO Nº 15 - Angelina o el honor de un brigadier	95
MORETO, AGUSTÍN	103
TEXTO Nº 16 - El desdén con el desdén	103
TEXTO Nº 17 - El lindo Don Diego	114
RUIZ DE ALARCÓN, JUAN	120
TEXTO Nº 18 - La verdad sospechosa (1)	120
TEXTO Nº 19 - La verdad sospechosa (2)	126
TIRSO DE MOLINA	129
TEXTO Nº 20 - El burlador de Sevilla	129
TEXTO Nº 21 - El castigo del penseque (1)	134
TEXTO Nº 22 - El castigo del penseque (2)	139



TEXTO Nº 23 - El vergonzoso en palacio (1)	145
TEXTO Nº 24 - El vergonzoso en palacio (2)	151
TEXTO Nº 25 - El vergonzoso en palacio (3)	155
TEXTO Nº 26 - El vergonzoso en palacio (4)	159
TEXTO Nº 27 - Marta la Piadosa	166
VALLE INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL	172
TEXTO Nº 28 - La Marquesa Rosalinda (1)	172
TEXTO Nº 29 - La Marquesa Rosalinda (2)	176
VEGA CARPIO, LOPE DE	180
TEXTO Nº 30 - El Caballero de Olmedo	180
TEXTO Nº 31 - El castigo sin venganza (1)	184
TEXTO Nº 32 - El castigo sin venganza (2)	192
TEXTO Nº 33 - La dama boba	200
TEXTO Nº 34 - La discreta enamorada (1)	205
TEXTO Nº 35 - La discreta enamorada (2)	212
ZORRILLA, JOSÉ	219
TEXTO Nº 36 - Don Juan Tenorio (1)	219
TEXTO Nº 37 - Don Juan Tenorio (2)	222
TEXTO Nº 38 - Don Juan Tenorio (3)	229



CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO

TEXTO Nº 1 - Casa con dos puertas mala es de guardar (1)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Publicación original: Madrid, Por la viuda de Juan Sánchez, a costa de Gabriel de León, 1640.

Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ESCENA PRIMERA

JORNADA I

- Lisardo* Con estilo lisonjero,
áspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuistes; pues
áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Dijístisme que volviera
otra mañana a este prado,
y puntüal mi cuidado
me trujo como a mi esfera.
No adelanté la primera
ocasión, porque bastante
no fue mi ruego constante,
a que corriese la fe,
que adora lo que no ve,
ese velo de delante:
viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero a mí deberme yo
lo que a vuestra luz no debo:
y así a seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, o ver
quien sois.
- Marcela* Hoy no puede ser,
y así dejadme por hoy,
que yo mi palabra os doy
de que muy presto saber

podáis mi casa, y entrar
a yerme en ella.

Calabazas [A Silvia] ¿Y a ella
doncella desa doncella
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infernar
mi alma) hay cosa que le obligue
a taparse?

Silvia Y si me sigue,
tenga por muy cierto.

Calabazas ¿Qué?

Silvia Que me persigue, porque
quien me sigue me persigue.

Calabazas Ya sé el caso vive Dios.

Silvia ¿Qué va que no le declaras?

Calabazas Muy malditísimas caras
debéis de tener las dos.

Silvia Mucho mejores que vós.

Calabazas Y está bien encarecido,
porque yo soy un cupido.

Silvia Cupidos somos yo y tú.

Calabazas ¿Cómo?

Silvia Yo el pido, y tú el cu.

Calabazas No me está bien el partido.

Marcela [A Lisardo]
Esto os vuelvo a asegurar
otra vez.

Lisardo Pues ¿qué fianza
le dejáis a mi esperanza
de las dos que he de lograr?

Marcela (Descúbreste)
La de dejarme mirar.

Lisardo Usar desa alevosía
para turbar mi osadía,
ha sido traición, pues ya
viéndoos, ¿cómo os dejará
quien sin veros os seguía?

Marcela ¡Quedad, pues, de mí seguro
de que muy presto sabréis
mi casa, y entenderéis
cuánto serviros procuro,
esto otra vez aseguro.

Lisardo Ya en seguiros soy de hielo.

Marcela Y yo sin ningún recelo
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

Lisardo Id con Dios.

Marcela Guárdeos el cielo.

(*Vanse las dos*)

Calabazas ¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla hasta saber
quién ha sido una mujer
tan embustera.

Lisardo Es error
Calabazas, si en rigor
ella se recata así,
seguirla.

Calabazas ¿Eso dices?

- Lisardo* Sí.
- Calabazas* Vive Dios, que la siguiera yo, aunque hasta el infierno fuera.
- Lisardo* ¿Qué me debe, necio, di, de haber cuatro días hablado conmigo en este lugar, para darle yo un pesar, de quien ella se ha guardado?
- Calabazas* Debe el haber madrugado estos días.
- Lisardo* Ya que estamos solos, ya que así quedamos sobre lo que podrá ser tan recatada mujer, discurramos.
- Calabazas* Discurramos. Dime tú, ¿qué has presumido de lo que has visto y notado?
- Lisardo* De estilo tan bien hablado, de traje tan bien vestido, lo que he pensado y creído, es, que esta debe de ser alguna noble mujer, que donde no es conocida, disimulada y fingida, gusta de hablar y de ver, y por forastero a mí para este efecto eligió.
- Calabazas* Mucho mejor pienso yo.
- Lisardo* Pues no te detengas, di.
- Calabazas* Mujer que se viene así a hablar con quien no la vea, donde ostentarse desea

bachillera y importuna,
que me maten si no es una
muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

Lisardo ¿Y si la hubiera visto yo, y un ángel fuera?

Calabazas ¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido,
que volver a vivir quiere.

Lisardo Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

Calabazas ¿Luego crees que vendrá mañana?

Lisardo Si no viniere,
poco, o nada habrá perdido
la necia esperanza mía.

Lisardo El negocio a que he venido a madrugar me ha obligado, no le debo a este cuidado.

Calabazas Cerca de casa vivió,
 pues de vista se perdió
 cuando a casa hemos llegado.

Lisardo Y tarde debe de ser.

Calabazas Sí, pues vistiéndose sale
quien a los dos nos mantiene,
sin ser los dos justas reales.

(Salen don Félix y el escudero como vistiéndose)

Lisardo Don Félix, bésos las manos.

Don Félix El cielo, Lisardo, os guarde.

Lisardo ¿Tan de mañana vestido?

Don Félix Un cuidado, que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descance.
Pero vós, que os admiráis
de que a esta hora me levante,
¿no me dijistes anoche,
que a dar unos memoriales
habíais de ir a Aranjuez?
¿Pues cómo a Ocaña os tornastis
desde el camino?

Lisardo Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden;
y puesto que a mi pregunta
fue la respuesta más fácil
un cuidado de la vuestra,
otro cuidado me saque,
que es el que a Ocaña me ha vuelto.

Don Félix ¿Apenas ayer llegastes,
y hoy tenéis cuidado?

Lisardo Sí.

Don Félix Pues por obligaros antes
que me obliguéis a decirle:
este es el mío, escuchadme.

Calabazas En tanto que ellos se pegan
dos grandísimos romances,
¿tendréis, Herrera, algo que
se atreva a desayunarse?

Escudero Vamos hacia mi aposento,
Calabazas, que al instante



que entréis vós en él,
no faltará algo fiambre.

(Vanse los dos)

TEXTO Nº 2 - Casa con dos puertas mala es de guardar (2)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Publicación original: Madrid, Por la viuda de Juan Sánchez, a costa de Gabriel de León, 1640.

Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ESCENA 2 JORNADA II

Silvia A Ocaña he dado mil vueltas
hasta hallarle.

Marcela Silvia, ¿qué hay?

Silvia Que di tu papel, y apenas
le leyó, cuando tras mí
vino, y queda ya a la puerta,
que me dijiste.

Marcela Ya, Laura,
no hay cómo excusarte puedes.

Laura De mala gana te sirvo
en esto.

Marcela Quítame, Celia,
este manto; llama, Silvia,
tú a Lisardo; y tú no quieras
verle, que eres muy hermosa
para criada.

Laura Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
mira, Marcela, por ella.
(Aparte)
¡Oh, a qué de cosas se obliga.
quien tiene una amiga necia!

(Salen Silvia y Lisardo, y vase Laura)

Silvia Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta veis.

Lisardo ¡Quién vio dicha como esta!

Marcela Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
de que iría mi cuidado
a buscaros.

Lisardo Mi temor
confieso, y que la esperanza
desta ventura perdí
que siempre andar juntos vi
fortuna y desconfianza.

Marcela Aunque es verdad que pudiera
hoy, por el gusto [de] hablaros,
señor Lisardo, llamaros
a mi casa, no lo hiciera,
a no tener que reñiros
un descuido contra mí.

Lisardo ¿Descuido contra vós?

Marcela Sí,
de que me importa advertiros.

Lisardo Si vós misma disculpáis
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa que le digáis,
porque no vuelva a incurrir
en lo que ignorante estoy.

Marcela ¿A quién empezastis hoy
nuestro suceso a decir,
que os estorbó una criada
la relación?

Lisardo

Ya os entiendo,
y aunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque mujer que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido;
mujer que se guarda así
de un hombre, de quien yo soy
amigo; mujer que tiene
criada en su casa, que viene
con las nuevas que le doy...
harto callando la digo,
harto con irme la muestro,
porque antes que galán vuestro,
fui de don Félix amigo.

Marcela

Habéis sin duda pensado
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Félix soy;
pues estáis muy engañado,
y esto me habéis de creer:
si algo cree quien dice que ama,
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

Lisardo

Si los principios negáis,
mal argumento tenéis.
¿De quién mi nombre sabéis,
y de mí informada estáis?
¿De quién, pues, habéis sabido
(decir puede en un momento)
lo que en su mismo aposento
a los dos ha sucedido?

Marcela

Para que aquí se concluya
lo que a dudar os obliga,
sabed que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.
Esta, hablando pues conmigo,
en Félix nuevas me dio
de vos, porque en vos habló
como de Félix amigo;
y aunque él es tan caballero,



en nadie un secreto cupo
mejor, que en quien no le supo;
y así suplicaros quiero
que a don Félix no le deis
más señas, señor, de mí,
ni le digáis que yo os vi,
ni que mi casa sabéis;
porque me van en rigor
a una sospecha creída,
hoy por lo menos la vida,
y por lo más el honor.

Lisardo Bien pensáis que habrá cesado
de mis dudas la razón,
y antes mayor confusión
es la que me habéis dejado;
porque si no sois...

(Sale Celia)

Celia Señora.

Marcela ¿Qué hay, Celia?

Celia Que mi señor
viene por el corredor.

Marcela Esto me faltaba agora.
¿Podrá salir?

[Celia] No, que viene
por la puerta que él entró,
y saber que hay otra no
es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

Lisardo ¿Qué haré?

Fabio Celia, ¿qué [es] esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles por dicha tener?

- Celia* Esconderos es forzoso
en esta cuadra.
- Lisardo* Dudosos
estoy.
- Marcela* Presto, que si os ve...
- Lisardo* ¡Vive Dios, que estoy perdido!
(*Escóndese en una puerta, y sale Laura.*)
- Marcela* Cercada de penas muero.
- Laura* ¿Ves, Marcela? En el primero
hurto al fin nos han cogido.
¡En buena ocasión me has puesto!
- Marcela* ¿Quién pudiera prevenir,
que ahora hubiese de venir
tu padre?

(*Sale Fabio*)
- Fabio* Celia, ¿qué [es] esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles por dicha tener?
- Laura* Víname Marcela a ver,
y por estar esa puerta
la más cerca de una casa
adonde ella estaba, yo
la hice abrir; por ella entró,
y quedose así: esto pasa.
- Fabio* Perdonad, bella Marcela,
que como la luz del día
ya se va a poner, no os vía.
- Laura* (Aparte)
¡Gran daño el alma recela!



- Celia* (Aparte)
¡Qué confusión!
(Vase)
- Silvia* (Aparte)
¡Qué temor!
- Marcela* Yo, habiendo agora sabido
la tristeza que ha tenido
Laura, me trujo mi amor
a verla, y ver si merezco
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.
- Laura* Son tantas las que padezco,
que me añade más dolor
el remedio prevenido,
y antes pienso que has venido
a hacérmele tú mayor;
que crece con el remedio
este accidente.
- Fabio* No sé
qué te diga, ni sabré
hallar a tus males medio:
-Hola, traed luces aquí.
- (Sale *Celia* con luces, pónelas en un bufete, y sale el escudero)
- Celia* Ya aquí las luces están.
- Escudero* Las ocho y media serán,
habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora,
¿no es de recogernos hora?
- Marcela* Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado,
pero excusarle no puedo.

Laura Yo, en fin, a pagar me quedo
las culpas que no he pecado.

Marcela ¿Qué puedo hacer? ¡Ay de mí!
Dame licencia.

Fabio Yo iré
sirviéndoos.

Marcela. No hay para qué
me tratéis, señor, así,
quedad con Dios.

Laura (*Aparte a Marcela*)
Mejor es
dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que aquí queda.

Fabio Yo tengo de ir con vós.

Marcela Pues
me honráis tanto, replicar
vuestra grande cortesía
pareciera grosería.

Fabio La mano me habéis de dar.

Marcela Sois tan galán, que no puedo
negaros ese favor.

(*Vanse Fabio, Marcela, el escudero y Silvia*)

Laura ¿Hay, Celia, pena mayor
que la pena con que quedo?
¿Quién creerá, que yo encerrado
aquí tengo un hombre que
no conozco? Y si me ve,
¿quedará desengañado
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa?

Celia Todo cuanto aquí nos pasa

fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor.
Retírate tú de aquí;
yo le sacaré de allí,
sin que pueda del error
en que está desengañarse,
pues él sin verte se irá,
ni a ti, ni a Marcela.

- Laura* Ya
solo falta efetuarse.
La puerta abre, mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala ruido.
- Celia* Ya es otro el inconveniente.
- (Sale don Félix)*

- Don Félix* Apenas la sombra escura
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando a tu puerta me hallaron
las estrellas, que el deseo
tanto anticipa las horas,
que a verte a estas horas vengo,
haciendo el tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo.
Vi que mi hermana salía
de tu casa, y advirtiendo
que tu padre la acompaña,
a entrar hasta aquí me atrevo;
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento
el verte desenojada.

- Laura* Pues no haces bien, si es que advierto,
que un enojo apenas quitas,
cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podía tardar



([Aparte.]
Apenas a hablarte acierto.)
en recogerse mi casa,
que temerario y resuelto
te entras aquí, sin mirar,
que ha de volver al momento
mi padre?

Don Félix Solo he querido,
que sepas, Laura, que espero
en la calle, que sea hora
para hablarte: porque luego
no digas, que de otra parte
vengo, cuando a verte vengo.
En la calle, pues, estoy.

Laura Eso sí, vuélvete presto,
que en recogiéndose al punto
mi padre, hablarnos podemos
más despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso, ¡ay de mí!,
está ya del amor nuestro;
tanto, que a esta puerta falsa
la llave ha quitado.
([Aparte.]
Esto
digo por asegurar
el paso al que está acá dentro.)
Y anda todos estos días
a casa, yendo y viniendo.

Don Félix Por quitarle este temor
me voy, en la calle espero.
(*Dentro Fabio*)

Fabio Hola, bajad una luz.

Laura Él viene ya.

Celia Dicho y hecho.
(*Toma Celia una luz, y vase*)

Don Félix Si desotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por donde salir;
y así en aqueste aposento
me esconderé.
(*Va a entrar donde está Lisardo, y ella se pone delante*)

Laura Aguarda, espera;
que no has de entrar aquí dentro.

Don Félix ¿Por qué?

Laura Porque siempre aquí
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

Don Félix ¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque al entreabrir la puerta
he visto un bulto allá dentro.

Laura Mira...

Don Félix ¿Aquí qué hay que mirar?

Laura Advierte...

Don Félix Ya nada temo.

Laura Que entra ya mi padre.

Don Félix ¡Ay triste,
en que gran duda estoy puesto!,
si aquí hago alboroto, a Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mías.
(*Sale Fabio*)

Fabio ¡Vós aquí, Félix! ¿Qué es esto?

Laura (*Aparte a don Félix*)
Mira, por Dios, lo que haces;

pues en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.

Don Félix ([Aparte.]
Y es verdad, disimular
tomo por mejor acuerdo,
si celos se disimulan.)
[A *Fabio*]
Buscando a mi hermana vengo,
que me dijeron, que aquí
estaba.

Fabio Ya yo la dejo
en su casa, y vuelvo agora
de servirla de escudero.

Laura Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.

Don Félix Dios os guarde por la honra
 que a mi hermana le habéis hecho.

Fabio Ella os espera ya en casa.

Don Félix ([Aparte.]
No sé, ¡ay Dios!, lo que hacer debo.
Estarme aquí es necesidad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa, desprecio:
pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, ¿cómo puedo
yo solo? ¡Oh, quién a Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera traído!
Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

Fabio Él os guarde.

Don Félix (Aparte) Hoy he de ver, ¡vive el cielo!



si es verdad que a la fortuna
ayuda el atrevimiento.

(Don Félix se va muy apresa, Fabio está a la puerta con él, y Celia después toma la una luz y se va, toma la otra luz Fabio)

Fabio Alumbra, Celia, a don Félix,
Laura, éntrate tú acá dentro,
que tengo que hablar a solas
contigo.

Laura *(Aparte)*
Otro susto, ¡cielos!,
mi padre ¿qué me querrá?
Laura ¿en qué ha de parar esto?
(Vanse los dos, y sale Celia con la luz que llevó como con temor)

Celia Sin esperar que bajara
a alumbrarle, en un momento
se me despareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuelta
a la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
esotro, que en su aposento
está mi señor con Laura
no hay que esperar. Caballero,
[A Lisardo]
en gran confusión estamos
por vós.

Lisardo Ya sé lo que os debo,
que aunque he entendido muy poco
del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños desta casa.

Celia Vamos de aquí.

Lisardo Vamos presto.

TEXTO Nº 3 - Casa con dos puertas mala es de guardar (3)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Publicación original: Madrid, Por la viuda de Juan Sánchez, a costa de Gabriel de León, 1640.

Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ESCENA 3 JORNADA II

Calabazas Ya la dije a una criada,
que me sacase la ropa;
porque hoy nos vamos a Irlanda.

Lisardo En efeto, me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una mujer

(Sale Marcela con manto, y Silvia sin él.)

Silvia Mira a qué te atreves.

Marcela Nada
me digas, porque no estoy
para escucharte palabra.
¿Que hoy se va no dices?

Silvia Sí.

Marcela Pues Silvia, ¿de qué te espantas
que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
quién soy, y de mí va huyendo.

Silvia Pues si eso temes, ¿qué tratas?

Marcela Hablarle ya claramente;
que puesto que a esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá

hasta que le lleven capa,
y valona, o sea de noche.
Tú, Silvia, a esa puerta aguarda.
(*Vase Silvia*)

Lisardo Mira si ha venido Félix.

Calabazas Félix no, pero la dama
tapada sí que ha venido.

Lisardo ¿Qué dices?

Calabazas *Ecce quem amas.*

Marcela Señor Lisardo, no sé
que sea acción cortesana
el iros sin despediros
hoy de una mujer que os ama.

Lisardo ¿Tan presto tuvistis nuevas
de mi partida?

Marcela Las malas
vuelan mucho.

Calabazas ¡Vive Dios,
que con los demonios hablas!
Si es Catalina de Acosta,
que anda buscando su estatua.

Marcela En fin, ¿os vais?

Lisardo Sí, y huyendo
de vós, que vós sois la causa.

Marcela Deso infiero que sabéis
ya quién soy, ¡estoy turbada!;
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiendo
que fue en mí y en vós la causa
imposible de decirla,
y imposible de callarla.

- Lisardo* No os entiendo, pues no sé
de vós esta verdad clara,
más de lo que sé de vós,
y antes la desconfianza
que hacéis de mí, es quien me mueve
a irme.
- Calabazas* Ce, por la sala
entra don Félix.
- Marcela* ¡Ay triste!
- Lisardo* ¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estáis.
- Marcela* Es verdad,
mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed que yo soy... No puedo,
no puedo hablar más palabra,
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos; guardadla,
que yo me escondo aquí.
(*Escóndese*)
- Lisardo* ¡Cielos,
sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama sin duda,
pues que tanto dél se guarda.
- (*Sale Don Félix*)
- Don Félix* Lisardo.
- Lisardo* Pues ¿qué traéis
don Félix?
- Don Félix* Traigo un pesar,
y vengole a consolar
con vós que me aconsejéis.



Lisardo Cuando por haber faltado
de casa, vete de aquí,
(*Vase Calabazas.*)
toda la noche creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?

Don Félix Sí, que un mal a otro mal llama.
¡Ay Lisardo! Bien dijistis
cuando hablastis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efetos tristes,
eran tan otros tenidos,
que dados cuanto se ofrece
entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron.
¡Oh quien mil siglos los diera,
y un punto no los tuviera!

Lisardo Pues ¿cómo o de qué nacieron?
(*Aparte*)
¡Vive Dios!, que él ha seguido
esta dama, y que sus celos
son de mí y della

Lisardo Cuando por haber faltado
de casa, vete de aquí,
(*Vase Calabazas*)
toda la noche creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?

Don Félix Sí, que un mal a otro mal llama.
¡Ay Lisardo! Bien dijistis
cuando hablastis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efetos tristes,
eran tan otros tenidos,

que dados cuanto se ofrece
entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron.
¡Oh quien mil siglos los diera,
y un punto no los tuviera!

Lisardo Pues ¿cómo o de qué nacieron?
(*Aparte*)
¡Vive Dios!, que él ha seguido
esta dama, y que sus celos
son de mí y della.

Marcela (*Aparte*)
Los cielos
den mis penas a partido.

Don Félix Muy rendido ayer llegué
donde, ¡ay de mí!, satisfice
con los extremos que hice
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas,
que de mí, ¡ay cielos!, tenía
la hermosa enemiga mía,
y cuando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores,
coger el fruto en favores
de la calle en que aguardaba,
entré a vella muy contento;
y porque fue fuerza así
un aposento entreabré,
¡mal haya mi sufrimiento!,
y en él, ¡qué torpes desvelos!,
el bulto de un hombre vi.

Lisardo (*Aparte*)
¡Esto es lo que anoche a mí
me pasó, viven los cielos!

Don Félix ¡Oh, mal haya yo, porque
aunque su padre viniera,
y aunque su honor se perdiera,
a darle muerte no entré!



Quedarme pude escondido
con ánimo de volver
a buscar el hombre, y ver
quién era.

Lisardo ¿Habeislo sabido?

Don Félix No, porque ya una criada
le había sacado de allí,
tras él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Así hasta medio día
toda la mañana he estado,
¡mirad qué necio cuidado!,
pensando que volvería.
Ved si habrá en el mundo quien
tenga el dolor que yo tengo,
pues hoy aquí a tener vengo
celos, sin saber de quién.

Lisardo (Aparte)
En este punto creí
todo cuanto imagine;
la dama esta dama fue,
y yo el encerrado fui.
Las señas son, mas supuesto
que él no sabe que fui yo,
ni que ella aquí se ocultó,
ponga fin a todo esto
mi ausencia, puesto que así
todo el silencio lo sella;
pues no sabrá agravios della,
ni tendrá quejas de mí.

Don Félix ¿Ahora suspenso estáis?
¿Cómo no me respondéis?

Lisardo Como admirado me habéis,
aun más de lo que pensáis.

Don Félix ¿Qué puedo hacer?

Lisardo. Olvidar.

Don Félix. ¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

(Sale Calabazas)

Calabazas Señor, una dama ahí fuera dice que te quiere hablar.

Don Félix Ella es, que habrá venido a verme. Yo no he de vella.

Lisardo Mirad primero si es ella.
(Sale Laura tapada)

Don Félix ¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusión, querrá agora, que yo crea que todo mentira sea.

Lisardo (Aparte)
Ya es otra mi confusión,
si esta es la que Félix ama,
y dentro en su casa vio
un hombre, y este fui yo,
¿quién es, quién, estotra dama?

Laura Lisardo, por caballero
os ruego, que os ausentéis,
y con Félix me dejéis,
porque hablar con Félix quiero.

Don Félix ¿Quién te ha dicho, que querrá el Félix hablarte a ti?

Laura Dejadnos solos.

Lisardo Por mí
obedecida estáis ya.
(Aparte)
Fuerza es dejar encerrada
la otra dama hasta después,
y estar a la vista. Nada

tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.
(*Vanse Calabazas y Lisardo*)

Laura Ya que estamos los dos solos,
don Félix, y que podré
decir a lo que he venido,
escúchame.

Don Félix ¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme,
que ilusión, que engaño fue
cuanto oí, y cuanto vi,
y si esto, en fin, ha de ser,
ni tú tienes qué decir,
ni yo tengo qué saber.

Laura ¿Y si nada fuese deseo,
sino todo eso al revés?

Don Félix ¿Cómo?

Laura Escucha, oíraslo.

Don Félix ¿Iraste
si te escucho?

Laura Sí.

Don Félix Di, pues.

Laura Negarte que estaba un hombre
en mi aposento...

Don Félix Detén.
¿Y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, cuando esperaba
un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,
confesar la ofensa? ¿Ves
cómo otra vez la repites,
porque la sienta otra vez?

Laura Si no me oyes hasta el fin...

Marcela [Aparte.]
¡Quién vio lance más cruel!

Don Félix ¿Qué he de escuchar?

Laura Mucho.

Don Félix ¿Iraste
si te escucho?

Laura Sí.

Don Félix Di, pues.

Laura Negarte que estaba un hombre
en mi aposento, y también
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo; porque
negarle a un hombre en su cara
lo mismo que escucha y ve,
es darle a un desesperado
para consuelo un cordel;
mas pensar tú que fue agravio
de tu amor y de mi fe,
es pensar que cupo mancha
en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
aún es sombra todo él.

Don Félix Pues ¿quién aquel hombre era?

Laura No puedo decirte quién.

Marcela [Aparte.]
¡Quién vio confusión igual!

Don Félix ¿Por qué?

Laura Porque no lo sé.

Don Félix ¿Qué hacía escondido allí?

Laura No lo sé tampoco.

Don Félix ¿Pues,
dónde la satisfacción
está?

Laura En no saberlo.

Don Félix Bien,
no saberlo es la disculpa,
la culpa el saberlo es,
pues ¿cómo quieras que venza
lo que sé a lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

Laura Félix, Félix, déjame,
que aunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

Don Félix Otra vez me has dicho ya,
baldón o despecho fue,
eso mismo, y ¡vive Dios!
de no escucharlo otra vez;
porque aquí me has de decir
la verdad desto.

Marcela (Aparte)
¿Qué haré?
Que, por disculparse a sí,
me ha de echar a mí a perder.

Don Félix Que nada me está peor,
que el pensarlo.

Laura Sí diré.

Marcela (Aparte)
No dirás, porque primero
(*Pasa por delante tapada, como jurándosela a don Félix, él quiere seguirla, y Laura le detiene*)



tus voces estorbaré
con esta resolución.
Amor ventura me de
como me da atrevimiento,
solo esto he querido ver.
(Vase)

Don Félix ¿Qué mujer es esta?

Laura Hazte
de nuevas.

Don Félix Déjame que
la siga y la reconozca.

Laura ¡Eso querías tú porque
pudieras desenojalla,
diciéndole a ella después,
que me dejaste por ir
tras ella! Pues no ha de ser.

Don Félix Laura mía, mi señora,
el cielo me falte, amén,
si sé qué mujer es esta.

Laura Yo sí, yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
yo la conocí muy bien.

Don Félix Ni era Nise, ni sé yo
cómo estaba aquí.

Laura Muy bien;
la disculpa es no saberlo,
la culpa el saberlo es.
Pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé a lo que no sé?
Adiós Félix.

Don Félix Si no basta
el desengaño que ves,
¿cómo quieres que yo crea
lo que tú, Laura, no crees?

- Laura* Porque yo digo verdad,
y soy quien soy.
- Don Félix* Yo también,
y vi en tu aposento a un hombre.
- Laura* Yo en el tuyo una mujer.
- Don Félix* No sé quién fue.
- Laura* Yo tampoco.
- Don Félix* Sí supiste, Laura; pues
ya me lo ibas a decir.
- Laura* Ya sin decirlo me iré
por no dar satisfacciones
a un hombre tan descortés.
- Don Félix* Mira Laura...
- Laura* Suelta Félix.
- Don Félix.* Vete, que es cosa cruel
haber de rogar quejoso.
- Laura* Quédate, que es rabia haber
de llevar traiciones, cuando
finezas vine a traer.
- Don Félix* Yo bien disculpado estoy.
- Laura* Si a aqueso va, yo también.
- Don Félix* Pues vi en tu aposento un hombre.
- Laura* Yo en el tuyo una mujer.
- Don Félix* Si esto, cielos, es amar...



Laura Si esto fortuna, es querer...

LOS DOS ¡Fuego de Dios en el querer
bien!
Amén, Amén.



TEXTO Nº 4 - El alcalde de Zalamea (1)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: José Montero Reguera

Editorial: Castalia Didáctica; Madrid

SEGUNDA JORNADA

(Escena entre el capitán, el sargento y Rebolledo)

<i>Capitán</i>	En un día el sol alumbría y falta; en un día se trueca un reino todo; en un día es edificio una peña; en un día una batalla pérdida y victoria ostenta; en un día tiene el mar tranquilidad y tormenta; en un día nace un hombre y muere: luego pudiera en un día ver mi amor sombra y luz como planeta, pena y dicha como imperio, gente y brutos como selva, paz y inquietud como mar, triunfo y ruina como guerra, vida y muerte como dueño de sentidos y potencias. Y habiendo tenido edad en un día su violencia de hacerme tan desdichado, ¿por qué, por qué no pudiera tener edad en un día de hacerme dichoso? ¿Es fuerza que se engendren más despacio las glorias que las ofensas?	75 80 85 90 95 100
<i>Sargento</i>	¿Verla una vez solamente a tanto extremo te fuerza?	

<i>Capitán</i>	¿Qué más causa había de haber, llegando a verla, que verla? De sola una vez a incendio crece una breve pavesa; de una vez sola un abismo fulgúreo volcán revienta; de una vez se enciende el rayo que destruye cuanto encuentra; de una vez escupe horror la más reformada pieza; de una vez amor, ¿qué mucho, fuego de cuatro maneras, mina, incendio, pieza, rayo, postre, abrase, asombre y hiera?	105 110 115
<i>Sargento</i>	¿No decías que villanas nunca tenían belleza?	
<i>Capitán</i>	Y aun aquesa confianza me mató, porque el que piensa que va a un peligro, ya va prevenido a la defensa; quien va a una seguridad es el que más riesgo lleva por la novedad que halla, si acaso un peligro encuentra. Pensé hallar una villana. Si hallé una deidad ¿no era preciso que peligrase en mi misma inadvertencia? En toda mi vida vi más divina, más perfecta hermosura. ¡Ay, Rebolledo! No sé qué hiciera por verla.	120 125 130
<i>Rebolledo</i>	En la compañía hay soldado que canta por excelencia, y la Chispa, que es mi alcaida del boliche, es la primera mujer en jacarear. Haya, señor, jira y fiesta y música a su ventana; que con esto podrás verla, y aun hablarla.	135 140

<i>Capitán</i>	Como está don Lope allí, no quisiera despertarle.	
<i>Rebolledo</i>	Pues don Lope, ¿cuándo duerme, con su pierna? Fuera, señor, que la culpa, si se entiende, será nuestra, no tuya, si de rebozo vas en la tropa.	145
<i>Capitán</i>	Aunque tenga mayores dificultades, pase por todas mi pena. Juntaos todos esta noche, mas de suerte que no entiendan que yo lo mando. ¡Ah, Isabel, qué de cuidados me cuestas!	150 155

TEXTO Nº 5 - El alcalde de Zalamea (2)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Undécima Edición; A.J. Valbuena-Briones

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

SEGUNDA JORNADA

(Escena entre Pedro Crespo y don Lope)

(Salen don Lope y Pedro Crespo)

<i>Pedro Crespo</i>	En este paso, que está más fresco, poned la mesa al señor don Lope. —Aquí os sabrá mejor la cena; que al fin los días de agosto no tienen más recompensa, que sus noches.	1080
<i>Don Lope</i>	Apacible estancia en extremo es ésta.	
<i>Pedro Crespo</i>	Un pedazo es de jardín do mi hija se divierta. Sentaos. Que el viento suave, que en las blandas hojas suena de estas parras y estas copas, mil cláusulas lisonjeras hace al compás de esta fuente, cítara de plata y perlas, porque son en trastes de oro las guijas templadas cuerdas. Perdonad, si de instrumentos solos la música suena, de músicos que deleiten sin voces que os entretengan; que como músicos son los pájaros que gorjean,	1085
		1090
		1095
		1100

no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertid
esa continua dolencia.

<i>Don Lope</i>	No podré; que es imposible, que divertimiento tenga. ¡Válgame Dios!	1105
<i>Pedro Crespo</i>	¡Valga, amén!	
<i>Don Lope</i>	¡Los cielos me den paciencia! Sentaos, Crespo.	
<i>Pedro Crespo</i>	Yo estoy bien.	
<i>Don Lope</i>	Sentaos.	
<i>Pedro Crespo</i>	Pues me dais licencia, digo, señor, que obedezco, aunque excusarlo pudierais.	1110
<i>Don Lope</i>	¿No sabéis qué he reparado? Que ayer la cólera vuestra os debió de enajenar de vos.	1115
<i>Pedro Crespo</i>	Nunca me enajena a mí de mí nada.	
<i>Don Lope</i>	Pues ¿cómo ayer, sin que os dijera que os sentarais, os sentasteis, aun en la silla primera?	1120
<i>Pedro Crespo</i>	Porque no me lo dijisteis, y hoy, que lo decís, quisiera no hacerlo. La cortesía tenerla con quien la tenga.	
<i>Don Lope</i>	Ayer todo erais reniegos, por vidas, votos y pesias; y hoy estáis más apacible, con más gusto y más prudencia.	1125

<i>Pedro Crespo</i>	Yo, señor, siempre respondo en el tono y en la letra, que me hablan. Ayer vos así hablabais, y era fuerza que fuera de un mismo tono la pregunta y la respuesta. Demás de que yo he tomado por política discreta, jurar con aquel que jura, rezar con aquel que reza. A todo hago compañía; y es aquesto de manera, que en toda la noche pude dormir en la pierna vuestra pensando, y amanecí con dolor en ambas piernas; que, por no errar la que os duele, si es la izquierda o la derecha, me dolieron a mí entrabbas. Decidme ¡por vida vuestra! cuál es y sépalo yo, porque una sola me duela.	1130 1135 1140 1145 1150
<i>Don Lope</i>	¿No tengo mucha razón de quejarme, si ha ya treinta años, que asistiendo en Flandes al servicio de la guerra, el invierno con la escarcha, y el verano con la fuerza del sol, nunca descansé, y no he sabido, qué sea estar sin dolor un hora?	1155
<i>Pedro Crespo</i>	¡Dios, señor, os dé paciencia!	1160
<i>Don Lope</i>	¿Para qué la quiero yo?	
<i>Pedro Crespo</i>	No os la dé.	
<i>Don Lope</i>	Nunca acá venga, sino que dos mil demonios carguen conmigo y con ella.	
<i>Pedro Crespo</i>	¡Amén! Y si no lo hacen es por no hacer cosa buena.	1165

<i>Don Lope</i>	¡Jesús mil veces, Jesús!	
<i>Pedro Crespo</i>	Con vos y conmigo sea.	
<i>Don Lope</i>	¡Voto a Cristo, que me muero!	
<i>Pedro Crespo</i>	¡Voto a Cristo, que me pesa!	1170
<i>Juan</i>	Ya tienes la mesa aquí.	
<i>Don Lope</i>	¿Cómo a servirla no entran mis criados?	
<i>Pedro Crespo</i>	Yo, señor, dije, con vuestra licencia, que no entraran a serviros, y que en mi casa no hicieran prevenciones; que a Dios gracias, pienso, que no os falte en ella nada.	1175
<i>Don Lope</i>	Pues, que no entran criados, hacedme favor que venga vuestra hija aquí a cenar conmigo.	1180
<i>Pedro Crespo</i>	Dile que venga tu hermana al instante, Juan.	
	(Vase Juan)	
<i>Don Lope</i>	Mi poca salud me deja sin sospecha en esta parte.	1185
<i>Pedro Crespo</i>	Aunque vuestra salud fuera, señor, la que yo os deseo, me dejara sin sospecha. Agravio hacéis a mi amor, que nada de eso me inquieta; que el decirle que no entrara aquí fue con advertencia de que no estuviese a oír ociosas impertinencias; que si todos los soldados	1190
		1195



corteses, como vos, fueran,
ella había de acudir
a servirlos la primera.

Don Lope

(*Aparte.*) ¡Qué ladino es el villano,
o cómo tiene prudencia!

1200



TEXTO Nº 6 - La dama duende (1)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

SEGUNDA JORNADA

(Vanse, y salen por la alacena doña Ángela y Isabel)

Doña Ángela Isabel, pues recogida
está la casa y es dueño
de los sentidos el sueño,
ladrón de la media vida,
y sé que el huésped se ha ido,
robarle el retrato quiero
que vi en el lance primero.

Isabel Entra quedo y no hagas ruído.

Doña Ángela Cierra tú por allá fuera,
y hasta venirme a avisar
no saldré yo, por no dar
en más riesgo.

Isabel Aquí me espera.

*(Vase Isabel, cierra la alacena, y salen como a escuras
don Manuel y Cosme)*

Cosme Ya está abierto.

Don Manuel Pisa quedo
que, si aquí sienten rumor,
será alboroto mayor.

Cosme ¿Creerasme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
tenernos luz encendida.

Doña Ángela (La luz que truje escondida,
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya
de descubrir.)

*(Ellos están apartados, y ella saca una
luz de una linterna que trae cubierta)*

Cosme Nunca ha andado
el duende tan bien mandado:
¡qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí
si te quiere bien el duende,
pues que para ti la enciende
y la apaga para mí.

Don Manuel ¡Válgame el cielo! Ya es
esto sobrenatural,
que traer con prisa tal
luz, no es obra humana.

Cosme ¿Ves
cómo a confesar veniste
que es verdad?

Don Manuel De mármol soy,
por volverme atrás estoy.

Cosme Mortal eres, ya temiste.

Doña Ángela (Hacia aquí la mesa veo,
y con papeles está.)

Cosme Hacia la mesa se va.

Don Manuel ¡Vive Dios! Que dudo y creo
una admiración tan nueva.

Cosme ¿Ves cómo nos va guiando
lo que venimos buscando,
sin que veamos quién la lleva?

Doña Ángela (*Saca la luz de la linterna,
pónela en un candelero que habrá
en la mesa, y toma una silla*



y siéntase de espaldas a los dos)
(Pongo aquí la luz y agora
la escribanía veré.)

- Don Manuel* Aguarda, que a los reflejos
de la luz todo se ve
y no vi en toda mi vida
tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Hidras, a mi parecer,
son los prodigios, pues de uno
nacen mil. Cielos, ¿qué haré?
- Cosme* De espacio lo va tomando:
silla arrastra.
- Don Manuel* Imagen es
de la más rara beldad
que el soberano pincel
ha labrado.
- Cosme* Así es verdad
porque sólo la hizo él.
- Don Manuel* Más que la luz resplandecen
sus ojos.
- Cosme* Lo cierto es
que son sus ojos luceros
del cielo de Lucifer.
- Don Manuel* Cada cabello es un rayo
del sol.
- Cosme* Hurtáronlos dél.
- Don Manuel* Una estrella es cada rizo.
- Cosme* Sí será, porque también
se las trujeron acá,
o una parte de las tres.
- Don Manuel* No vi más rara hermosura.
- Cosme* No dijeras eso, a fe,

si el pie la vieras, porque éstos
son malditos por el pie.

Don Manuel Un asombro de belleza,
un ángel hermoso es.

Cosme Es verdad, pero patudo.

Don Manuel ¿Qué es esto? ¿Qué querrá hacer
con mis papeles?

Cosme Yo apuesto
que querrá mirar y ver
lo que buscas, porque aquí
tengamos menos que hacer,
que es duende muy servicial.

Don Manuel ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Nunca me he visto cobarde
sino sola aquesta vez.

Cosme Yo sí, muchas.

Don Manuel Y calzado
de prisión de hielo el pie,
tengo el cabello erizado
y cada suspiro es
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel.
¿Mas yo he de tener temor?
¿Vive el cielo!, que he de ver
si sé vencer un encanto.

(*Llega, y áselo*)

Ángel, demonio o mujer,
a fe que no has de librarte
de mis manos esta vez.

Doña Ángela ¡Ay infelice de mí!
(Fingida su ausencia fue:
más ha sabido que yo.)

Cosme De parte de Dios-aquí es
Troya del diablo-nos di...



Doña Ángela (Mas yo disimularé.)

Cosme ...¿quién eres? ¿Y qué nos quieres?

Doña Ángela Generoso Don Manuel
Enríquez, a quien está
guardado un inmenso bien:
no me toques, no me llegues,
que llegarás a perder
la mayor dicha que el cielo
te previno, por merced
del hado, que te apadrina
por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde,
en el último papel,
que nos veríamos presto
y, anteviendo, aquesto fue;
y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me ves
en la más humana forma
que he podido elegir, ve
en paz y déjame aquí,
porque aún cumplido no es
el tiempo en que mis sucesos
has de alcanzar y saber.
Mañana los sabrás todos;
y mira que a nadie des
parte desto, si no quieres
una gran suerte perder.
Ve en paz.

Cosme Pues que con la paz
nos convida, señor, ¿qué
esperamos?

Don Manuel ¡Vive Dios!
Que corrido de temer
vanos asombros estoy;
y, puesto que no los cree
mi valor, he de apurar
todo el caso de una vez.
Mujer, quienquiera que seas
-que no tengo de creer
que eres otra cosa nunca-,

¡vive Dios!, que he de saber
quién eres, cómo has entrado
aquí, con qué fin y a qué.
Sin esperar a mañana
esta dicha gozaré,
si demonio, por demonio,
y si mujer, por mujer.
Que a mi esfuerzo no le da
qué recelar ni temer
tu amenaza, cuando fueras
demonio; aunque yo bien sé
que, teniendo cuerpo tú,
demonio no puedes ser,
sino mujer.

Cosme Todo es uno.

Doña Ángela No me toques, que a perder
echas una dicha.

Cosme Dice
el señor diablo muy bien:
no la toques, pues no ha sido
arpa, laúd ni rabel.

Don Manuel Si eres espíritu, agora
con la espada lo veré,
pues, aunque te hiera aquí,
no ha de poderte ofender.

Doña Ángela ¡Ay de mí! Detén la espada,
sangriento el brazo detén,
que no es bien que des la muerte
a una infelice mujer.
Yo confieso que lo soy
y, aunque es delito el querer,
no delito que merezca
morir mal por querer bien.
No manches pues, no desdores
con mi sangre el rosicler
de ese acero.

Don Manuel Di quién eres.

Doña Ángela Fuerza el decirlo ha de ser,

porque no puedo llevar
tan al fin como pensé
este amor, este deseo,
esta verdad y esta fe.
Pero estamos a peligro,
si nos oyen o nos ven,
de la muerte, porque soy
mucho más de lo que ves;
y así es fuerza, por quitar
estorbos que puede haber,
cerrar, señor, esa puerta
y aun la del portal también,
porque no puedan ver luz
si acaso vienen a ver
quién anda aquí.

Don Manuel

Alumbra, Cosme,
cerremos las puertas. ¿Ves
cómo es mujer y no duende?

Cosme

¿Yo no lo dije también?

(Vanse los dos)

Doña Ángela

Cerrada estoy por defuera;
ya, cielos, fuerza ha de ser
decir la verdad, supuesto
que me ha cerrado Isabel
y que el huésped me ha cogido
aquí.

(Sale Isabel a la alacena)

Isabel

Ce, señora, ce,
tu hermano por ti pregunta.

Doña Ángela

¡Bien sucede! Echa el cancel
de la alacena. ¡Ay, amor,
la duda se queda en pie!

*(Vanse y cierran la alacena, y vuelven a salir
don Manuel y Cosme)*

Don Manuel

Ya están cerradas las puertas;
proseguid, señora, haced



relación... Pero ¿qué es esto?
¿Donde está?

Cosme Pues yo qué sé.

Don Manuel ¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve delante.

Cosme Yendo a pie
es, señor, descortesía
ir yo delante.

Don Manuel Veré
todo el cuarto:suelta, digo.
(*Toma la luz*)

Cosme Digo que suelto.

Don Manuel Crüel
es mi suerte.

Cosme Aun bien, que agora
por la puerta no se fue.

Don Manuel Pues ¿por donde pudo irse?

Cosme Eso no alcanzo yo. ¿Ves
-siempre te lo he dicho yo-
cómo es diablo y no mujer?



TEXTO Nº 7 - La dama duende (2)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

TERCERA JORNADA

Isabel Espérame en esta sala;
luego saldrá a verte aquí
mi señora.

(Vase como cerrando)

Don Manuel No está mala
la tramoya. ¿Cerró? Sí.
¿Qué pena a mi pena iguala?
Yo volví del Escurial
y este encanto peregrino,
este pasmo celestial
que a traerme la luz vino
y me dejó en duda igual,
me tiene escrito un papel
diciendo muy tierna en él:
"Si os atrevéis a venir
a verme, habéis de salir
esta noche sin aquel
criado que os acompaña;
dos hombres esperarán
en el cementerio-¡estraña
parte! -de San Sebastián,
y una silla". Y no me engaña:
en ella entré y discurrí
hasta que el tino perdí;
y al fin a un portal, de horror
lleno, de asombro y temor,
solo y a escuras, salí.
Aquí llegó una mujer
-al oír y al parecer-
y a escuras y por el tiento,
de aposento en aposento,

sin oír, hablar ni ver,
me guío. Pero ya veo
luz, por el resquicio es
de una puerta. Tu deseo
lograste, amor, pues ya ves
la dama; aventuras leo.

(*Acecha*)

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan estremada!

*(Salen todas las mujeres con toallas y conservas y agua,
y haciendo reverencia todas, sale doña Ángela
ricamente vestida)*

Doña Ángela (Pues presumen que eres ida
a tu casa mis hermanos,
quedándote aquí escondida,
los recelos serán vanos
porque, una vez recogida,
ya no habrá que temer nada.)

Doña Beatriz (Y ¿qué ha de ser mi papel?)

Doña Ángela (Agora el de mi criada;
luego el de ver, retirada,
lo que me pasa con él.)
¿Estaréis muy disgustado
de esperarme?

Don Manuel No, señora;
que quien espera la aurora
bien sabe que su cuidado
en las sombras sepultado
de la noche obscura y fría
ha de tener; y así hacía
gusto el pesar que pasaba,
pues, cuanto más se alargaba,
tanto más llamaba al día.
Si bien no era menester
pasar noche tan obscura



si el sol de vuestra hermosura
me había de amanecer;
que para resplandecer
vos, soberano arrebol,
la sombra ni el tornasol
de la noche no os había
de estorbar, que sois el día
que amanece sobre el sol.
Huye la noche, señora,
y pasa, a la dulce salva
de los pájaros, el alba,
que ilumina, mas no dora;
después del alba, la aurora,
de rayos y luz escasa,
dora, mas no abrasa; pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol; y sólo el sol
dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
quiso a la noche seguir;
la aurora, para lucir,
al alba quiso imitar;
el sol, deidad singular,
a la aurora desafía;
vos al sol; luego la fría
noche no era menester,
si podéis amanecer,
sol del sol, después del día.

Doña Ángela

Aunque agradecer debiera
discurso tan cortesano,
quejarme quiero-no en vano-
de ofensa tan lisonjera,
pues no siendo ésta la esfera
a cuyo noble ardimiento
fatigas padece el viento,
sino un albergue piadoso,
os viene a hacer sospechoso
el mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
me falta en contento tanto;
ni aurora, pues que mi llanto
de mi dolor no os avisa;
no soy sol, pues no divisa
mi luz la verdad que adoro;

y así lo que soy ignoro;
que sólo sé que no soy
alba, aurora o sol, pues hoy
ni alumbro, río, ni lloro.
Y así os ruego que digáis,
señor don Manuel, de mí,
que una mujer soy y fui
a quien vos solo obligáis
al estremo que miráis.

Don Manuel

Muy poco debe de ser,
pues, aunque me llego a ver
aquí, os pudiera argüir
que tengo más que sentir,
señora, que agradecer;
y así me doy por sentido.

Doña Ángela

¿Vos de mí sentido?

Don Manuel

Sí,
pues que no fiáis de mí
quién sois.

Doña Ángela

Solamente os pido
que eso no mandéis, que ha sido
imposible de contar.
Si queréis venirme a hablar,
con condición ha de ser
que no lo habéis de saber
ni lo habéis de preguntar;
porque para con vos hoy
una enigma a ser me ofrezco,
que ni soy lo que parezco
ni parezco lo que soy.
Mientras encubierta estoy
podréis verme y podré veros;
porque si a satisfaceros
llegáis y quién soy sabéis,
vos quererme no querréis
aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa
tal vez un cuadro previene
que una forma a una luz tiene
y a otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma

dos luces que en mí tenéis:
Si hoy a aquesta luz me veis
y por eso me estimáis,
cuando a otra luz me veáis,
quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa
es en cuanto a haber creído
que de don Luis dama he sido,
y esta sospecha reporta
mi juramento y la acorta.

Don Manuel

Pues. ¿qué, señora, os moviera
a encubriros dél?

Doña Ángela

Pudiera
ser tan principal mujer
que tuviera qué perder
si don Luis me conociera.

Don Manuel

Pues decidme solamente:
¿cómo a mi casa pasáis?

Doña Ángela

Ni eso es tiempo que sepáis,
que es el mismo inconveniente.

Doña Beatriz

(Aquí entro yo lindamente.)
Ya el agua y dulce está aquí;
Vuexcelencia mire si...

*(Lleguen todas con toallas,
vidrio y algunas cajas)*

Doña Ángela

¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es "Excelencia"?

¿Quieres engañar así
al señor don Manüel,
para que con eso crea
que yo gran señora sea?

Doña Beatriz

Advierte...

Don Manuel

(De mi crüel
duda salí con aquel
descuido: agora he creído
que una gran señora ha sido

que, por serlo, se encubrió
y que con el oro vio
su secreto conseguido.)

(Llama dentro don Juan, y túrbanse todas)

Don Juan Abre aquí, abre esta puerta.

Doña Ángela ¡Ay, cielos! ¿Qué ruido es éste?

Isabel (Yo soy muerta.)

Doña Beatriz (Helada estoy)

Don Manuel (¿Aún no cesan mis crueles
fortunas? ¡Válgame el cielo!)

Doña Ángela Señor, mi esposo es aquéste.

Don Manuel ¿Qué he de hacer?

Doña Ángela Fuerza es que os vais
a esconderos a un retrete.
Isabel, llévate tú
hasta que oculto le dejes
en aquel cuarto que sabes
apartado... ya me entiendes.

Isabel. Vamos presto.

(Vase)

Don Juan ¿No acabáis
de abrir la puerta?

Don Manuel Valedme,
cielos, que vida y honor
van jugadas a una suerte.

(Vase)

Don Juan La puerta echaré en el suelo.

Doña Ángela Retírate tú, pues puedes,



Comunidad
de Madrid

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,
CIENCIA Y UNIVERSIDADES

en esa cuadra, Beatriz:
No te hallen aquí.

(Sale don Juan)

TEXTO Nº 8 - La vida es sueño (1)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Trigésima Edición; Ciriaco Morón Arroyo

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

(ESCENA II, entre Rosaura y Segismundo)
(Dentro Segismundo)

<i>Segismundo</i>	¡Ay, mísero de mí, ay, infelice!	
<i>Rosaura</i>	¿Qué triste voz escucho? Con nuevas penas y tormentos lucho.	80
<i>Clarín</i>	Yo con nuevos temores.	
<i>Rosaura</i>	¡Clarín!	
<i>Clarín</i>	¡Señora!	
<i>Rosaura</i>	Huigamos los rigores desta encantada torre.	
<i>Clarín</i>	Yo aún no tengo ánimo de huir, cuando a eso vengo.	
<i>Rosaura</i>	¿No es breve luz aquella caduca exhalación, pálida estrella, que en trémulos desmayos, pulsando ardores y latiendo rayos, hace más tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa? Sí, pues a sus reflejos puedo determinar, aunque de lejos, una prisión obscura, que es de un vivo cadáver sepultura. Y porque más me asombre, en el traje de fiera yace un hombre de prisiones cargado y sólo de la luz acompañado.	85 90 95



Pues huir no podemos,
desde aquí sus desdichas escuchemos, 100
sepamos lo que dice.

*(Descúbrese Segismundo con una cadena y la luz,
vestido de pieles)*

Segismundo

¡Ay, mísero de mí, ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí 105
contra vosotros naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor, 110
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber
para apurar mis desvelos
dejando a una parte, cielos, 115
el delito de nacer,
qué más os pude ofender,
para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron, 120
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma 125
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma, 130
tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas, 135
gracias al docto pincel,
cuando, atrevida y cruel
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,

monstruo de su laberinto;
¿y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
abortedo ovas y lamas,
y apenas, bajel de escamas,
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío;
¿y yo, con más albedrío,
tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de los cielos la piedad,
que le dan la majestad
del campo abierto a su ida;
¿y teniendo yo más vida,
tengo menos libertad?
En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera sacar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

Rosaura Temor y piedad en mí
sus razones han causado.

Segismundo ¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo? 175

Clarín Di que sí.

Rosaura No es sino un triste (¡ay de mí!),
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.

(Ásela)

<i>Segismundo</i>	Pues la muerte te daré porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías. Sólo porque me has oído, entre mis membrudos brazos te tengo de hacer pedazos.	180
<i>Clarín</i>	Yo soy sordo, y no he podido escucharte.	185
<i>Rosaura</i>	Si has nacido humano, baste el postrarme a tus pies para librarme.	
<i>Segismundo</i>	Tu voz pudo enternecerme, tu presencia suspenderme, y tu respeto turbarme. ¿Quién eres? Que aunque yo aquí tan poco del mundo sé —que cuna y sepulcro fue esta torre para mí—; y aunque desde que nací, si esto es nacer, sólo advierto este rústico desierto donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto; y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé de cielo y tierra; y aunque aquí, porque más te asombres y monstruo humano me nombres, este asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras y una fiera de los hombres. Y aunque en desdichas tan graves la política he estudiado de los brutos enseñado, advertido de las aves;	190
	y de los astros süaves los círculos he medido:	195
		200
		205
		210
		215



tú sólo, tú, has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión a mis ojos, la admiración al oído. Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más, aún más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo que mis ojos deben ser, pues cuando es muerte el beber beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte estoy muriendo por ver. Pero véate yo y muera, que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte qué me diera. Fuera más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte; fuera muerte, desta suerte su rigor he ponderado, pues dar vida a un desdichado es dar a un dichoso muerte.	220 225 230 235 240
<i>Rosaura</i> Con asombro de mirarte, con admiración de oírté, ni sé qué pueda decirte, ni qué pueda preguntarte. Sólo diré que a esta parte hoy el cielo me ha guiado para haberme consolado, si consuelo puede ser del que es desdichado, ver a otro que es más desdichado. Cuentan de un sabio, que un día tan pobre y mísero estaba, que sólo se sustentaba de unas yerbas que cogía. ¿habrá otro, entre sí decía, más pobre y triste que yo? Y cuando el rostro volvió, halló la respuesta, viendo que iba otro sabio cogiendo las hojas que él arrojó.	245 250 255 260



Quejoso de la fortuna
yo en este mundo vivía,
y cuando entre mí decía:
¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?
piadoso me has respondido,
pues volviendo en mi sentido
hallo que las penas mías
para hacerlas tú alegrías
las hubieras recogido.
Y por si acaso, mis penas
pueden aliviarte en parte,
óyelas atento, y toma
las que dellas me sobraren.
Yo soy...

265

270

275

TEXTO Nº 9 - La vida es sueño (2)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

TERCERA JORNADA

<i>Segismundo</i>	Corte ilustre de Polonia, que de admiraciones tantas sois testigos, atended, que vuestro príncipe os habla. Lo que está determinado del cielo, y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas, nunca mienten, nunca engañan; porque quien miente y engaña es quien, para usar mal dellas, las penetra y las alcanza. Mi padre, que está presente, por escusarse a la saña de mi condición, me hizo un bruto, una fiera humana; de suerte que, cuando yo por mi nobleza gallarda, por mi sangre generosa, por mi condición bizarra, hubiera nacido dócil y humilde, sólo bastara tal género de vivir, tal linaje de críanza, a hacer fieras mis costumbres. ¡Qué buen modo de estorbarlas!	3160
	Si a cualquier hombre dijesen: «Alguna fiera inhumana te dará muerte», ¿escogiera buen remedio en despertallas	3165
		3170
		3175
		3180
		3185



cuando estuviesen durmiendo? 3190
Si dijeren: «Esta espada
que traes ceñida ha de ser
quien te dé la muerte», vana
diligencia de evitarlo
fuera entonces desnudarla 3195
y ponérsela a los pechos.
Si dijesen: «Golfos de agua
han de ser tu sepultura
en monumentos de plata»,
mal hiciera en darse al mar, 3200
cuando soberbio levanta
rizados montes de nieve,
de cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
que a quien, porque le amenaza 3205
una fiera, la despierta;
que a quien, temiendo una espada,
la desnuda; y que a quien mueve
las ondas de una borrasca;
y cuando fuera, escuchadme, 3210
dormida fiera mi saña,
templada espada mi furia,
mi rigor quieta bonanza,
la fortuna no se vence
con injusticia y venganza, 3215
porque antes se incita más.
Y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con prudencia y con templaza.
No, antes de venir el daño, 3220
se reserva ni se guarda
quien le previene; que aunque
puede humilde, cosa es clara,
reservarse dél, no es
sino después que se halla 3225
en la ocasión, porque aquésta
no hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
espectáculo, esta estraña
admiración, este horror, 3230
este prodigio; pues nada
es más que llegar a ver,
con prevenciones tan varias,
rendido a mis pies a un padre

	y atropellado a un monarca. Sentencia del cielo fue; por más que quiso estorbarla, él no pudo. ¿Y podré yo, que soy menor en las canas, en el valor y en la ciencia, vencerla? Señor, levanta, dame tu mano; que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues; rendido estoy a tus plantas.	3235
		3240
		3245
<i>Basilio</i>	Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben. Tú venciste: corónente tus hazañas.	3250
<i>Todos</i>	¡Viva Segismundo, viva!	
<i>Segismundo</i>	Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes vitorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. Astolfo dé la mano luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda, y yo he de cobrarla.	3255
		3260
<i>Astolfo</i>	Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...	3265
<i>Clotaldo</i>	No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.	3270
<i>Astolfo</i>	¿Qué dices?	

<i>Clotaldo</i>	Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia desto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.	3275
<i>Astolfo</i>	Pues siendo así, mi palabra cumpliré.	
<i>Segismundo</i>	Pues porque Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna, si no le excede, le iguala. Dame la mano.	3280
<i>Estrella</i>	Yo gano en merecer dicha tanta.	3285
<i>Segismundo</i>	A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.	3290
[<i>Soldado</i>] I	Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?	3295
<i>Segismundo</i>	La torre, y porque no salgas della nunca hasta morir, has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester, siendo la traición pasada.	3300
<i>Basilio</i>	Tu ingenio a todos admira.	
<i>Astolfo</i>	¡Qué condición tan mudada!	
<i>Rosaura</i>	¡Qué discreto y qué prudente!	



Segismundo

¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,
si fue mi maestro un sueño
y estoy temiendo en mis ansias
que he de despertar y hallarme
otra ver en mi cerrada
prisión? Y cuando no sea, 3305
el soñarlo sólo basta;
pues así llegué a saber
que toda la dicha humana,
en fin, pasa como sueño.
Y quiero hoy aprovecharla 3310
el tiempo que me durare,
pidiendo de nuestras faltas
perdón, pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.

TEXTO Nº 10 - La vida es sueño (3)

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

SEGUNDA JORNADA ESCENA VI

(Vase Astolfo y sale el Rey)

Basilio ¿Qué ha sido esto?

Segismundo Nada ha sido. 1440
A un hombre que me ha cansado
de ese balcón he arrojado.

Clarín (Que es el Rey está advertido.)

Basilio ¿Tan presto una vida cuesta
tu venida el primer día? 1445

Segismundo Díjome que no podía
hacerse, y gané la apuesta.

Basilio Pésame mucho que cuando,
Príncipe, a verte he venido,
pensando hallarte advertido, 1450
de hados y estrellas triunfando,

con tanto rigor te vea,
y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión
un grave homicidio sea. 1455
¿Con qué amor llegar podré

a darte agora mis brazos,
si de sus soberbios lazos
que están enseñados sé
a dar muertes? ¿Quién llegó 1460

a ver desnudo el puñal
que dio una herida mortal,
que no temiese? ¿Quién vio
sangriento el lugar adonde
a otro hombre dieron muerte, 1465

que no sienta? Que el más fuerte
a su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro el lugar sangriento, 1470

de tus brazos me retiro;
y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré,
que tengo miedo a tus brazos. 1475

Segismundo Sin ellos me podré estar
como me he estado hasta aquí,
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,
que con condición ingrata 1480
de su lado me desvía,
como a una fiera me cría
y como a un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fue 1485
que los brazos no me dé,
cuando el ser de hombre me quita.

Basilio Al cielo y a Dios pluguiera
que a dártele no llegara,
pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera. 1490

Segismundo Si no me le hubieras dado
no me quejara de ti,
pero, una vez dado, sí,
por habérmele quitado; 1495
que aunque el dar el acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar

para quitarlo después.

Basilio ¡Bien me agradeces el verte,
 de un humilde y pobre preso,
 príncipe ya! 1500

Segismundo Pues en eso
 ¿qué tengo que agradecerte?
 Tirano de mi albedrío,
 si viejo y caduco estás
 muriéndote, ¿qué me das?
 ¿Dasme más de lo que es mío?
 Mi padre eres y mi rey;
 luego toda esta grandeza
 me da la naturaleza
 por derechos de su ley.
 Luego, aunque esté en este estado,
 obligado no te quedo,
 y pedirte cuentas puedo
 del tiempo que me has quitado
 libertad, vida y honor;
 y así, agradéceme a mí
 que yo no cobre de ti,
 pues eres tú mi deudor. 1510
 1515

Basilio Bárbaro eres y atrevido;
 cumplió su palabra el cielo;
 y así, para él mismo apelo,
 ¡soberbio, desvanecido!
 Y aunque sepas ya quién eres
 y desengañado estés,
 y aunque en un lugar te ves
 donde a todos te prefieres,
 mira bien lo que te advierto:
 que seas humilde y blando,
 porque quizá estás soñando
 aunque ves que estás despierto. 1520
 1525
 1530

(Vase)

Segismundo ¿Que quizá soñando estoy
 aunque despierto me veo?
 No sueño, pues toco y creo
 lo que he sido y lo que soy.
 Y aunque agora te arrepientes, 1535



poco remedio tendrás;
sé quién soy, y no podrás,
aunque suspires y sientas,
quitarme el haber nacido
desta corona heredero.
Y si me viste primero
a las prisiones rendido
fue porque ignoré quién era;
pero ya informado estoy
de quién soy, y sé que soy
un compuesto de hombre y fiera.

1540

1545

TEXTO Nº 11 - No hay burlas con el amor

Autor: Calderón de la Barca, Pedro

Editorial: Linkgua

ACTO SEGUNDO ESCENA IV

(Vanse Don Diego y Don Luis)

<i>Inés</i>	Bien está. Adiós, que es muy tarde.	
<i>Alonso</i>	Dejas que vaya siquiera con vos aquese criado. No vais sola.	
<i>Inés</i>	Norabuena; venga el criado commigo	1185
<i>Moscatel</i>	(¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!)	
<i>Alonso</i>	Moscatel.	
<i>Moscatel</i>	¿Señor?	
<i>Alonso</i>	Escucha: Inés me ha dado licencia para que en mi nombre vayas hasta su casa con ella; ve, y dirásla en el camino que como tal vez se venga a casa, no faltará algún regalo que hacerla.	1190
<i>Moscatel</i>	¿Es posible que tal dices?	1195
<i>Alonso</i>	Sí, que si en su amor ya es fuerza acompañar a don Juan, no es muy mala conveniencia tener quien aquel instante también a mí me entreteenga.	1200

<i>Moscatel</i>	Yo se lo diré.	
<i>Alonso</i>	En los trucos te aguardo con la respuesta.	
(Vase don Alonso)		
<i>Moscatel</i>	(Aparte) ¡Quedamos buenos, honor!)	
<i>Inés</i>	Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?	
<i>Moscatel</i>	Vamos, Inés.	
<i>Inés</i>	Pues, ¿tan triste conmigo vas, que aun apenas alzas a verme la cara? ¿Qué es aquesto?	1205
<i>Moscatel</i>	¡Ay, Inés bella! ¡Ay, dulce hechizo del alma qué de cuidados me cuestas!	1210
<i>Inés</i>	¿Qué tienes?	
<i>Moscatel</i>	Amor y honor. Quiero y sirvo, y hoy es fuerza entre mi dama y mi amo, que no sirva o que no quiera.	
<i>Inés</i>	No entiendo tus disparates.	1215
<i>Moscatel</i>	Pues yo haré que los entiendas. Don Alonso, mi señor, te vio, Inés, y a Dios pluguiera que antes cegase, aunque yo el mozo de ciego fuera. Vióte, Inés, ¡ay Dios! , y al verte fue precisa consecuencia quererte; no tanto, Inés, por tu infinita belleza, como por su amor finito,	1220
	que eres, al fin, cara nueva. Conmigo a decirte envía ... (Aquí se turba mi lengua, aquí la voz se suspende,	1225

	y aquí los sentidos tiemblan con más afectos que cuando Prado hizo al rey de Suecia) ...dice que si vas, Inés, a verle, tendrás (¡qué pena!), si es por la mañana, almuerzo, si es por la tarde, merienda. Bien veo que es la mayor infamia y mayor bajeza de un amante ser tercero (¡un volcán soy, soy un Etna! de su dama; mas también veo que es mayor afrenta ser desleal a su dueño. Y así, entre una y otra deuda, amigo, amante y leal, cumplo con que de mí sepas que él te quiere, y yo lo lloro, porque al fin, de esta manera, tu amor digan y mis celos tu alegría y mi tristeza.	1230 1235 1240 1245 1250
<i>Inés</i>	¡Grosero, descortés, loco! Detén esa aleve lengua, que no sé, no sé que has visto en mí para que te atrevas a hablar con tal libertad a una mujer de mis prendas. Dile a tu amo, villano, que soy quien soy, y no tenga pretensiones para mí; que de cualquiera manera iré a servirle a su casa, porque yo no soy de aquellas mujercillas que se pagan en almuerzos y meriendas, que soy moza de capricho, y eso le doy por respuesta.	1255 1260 1265
<i>Moscatel</i>	¿Eso dices?	
<i>Inés</i>	Eso digo; y presto de aquí te ausenta, no te vean en mi casa, mira que ya estamos cerca.	1270

Moscatel En fin, ¿te vas enojada?

Inés No me sigas, no me veas.

Moscatel Obedecerete es forzoso.
Pues tan triste, Inés, me dejas,
"Bien podéis, ojos, llorar,
no lo dejéis de vergüenza".

1275

Inés Aquésta es mi casa; el manto
me he de quitar a la puerta,
que para esto solamente
creo que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes.
Ahora, aunque mi ama la necia
me haya echado un rato menos,
no sabrá que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga,
que los cargo la conciencia.

1280

1285

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE

TEXTO Nº 12 - Entremeses: El viejo celoso (1)

Autor: Cervantes Saavedra, Miguel de

Edición: Edición de Antonio Rey Hazas

Editorial: Alianza editorial; 2ª edición 2015; Madrid

(Salen doña Lorenza y Cristina, su criada, y Hortigosa, su vecina)

Doña Lorenza Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta a la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación. Éste es el primero día, después que me casé con él, que hable con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida a él y a quien con él me casó.

Hortigosa Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

Doña Lorenza Y aun con esos y otros semejantes villancicos o refranes me engañaron a mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces, malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuanto me da y promete. ¿De qué me sirve a mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy pobre y en medio de la abundancia con hambre?

Cristina En verdad, señora tía, que tienes razón, que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

Doña Lorenza ¿Yo le tomé, sobrina? A la fe, diómele quien pudo; y yo, como muchacha, fui más presta al obedecer que al contradecir, pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años; pero yo imagino que no fue otra cosa sino que había de ser ésta, y que las que han de

suceder forzosamente no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

- Cristina* ¡Jesús y del mal viejo! Toda la noche: “Daca el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la ijada; dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra”. Con más ungüentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica; y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. ¡Pux, pux, pux, viejo clueco, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo!
- Doña Lorenza* Dice la verdad mi sobrina.
- Cristina* ¡Pluguiera a Dios que nunca yo la dijera en esto!
- Hortigosa* Ahora bien, señora doña Lorenza, vuesa merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginjo verde, quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar a demandas ni a respuestas, resolución y buen ánimo: que, por la orden que hemos dado, yo le pondré al galán en su aposento de vuesa merced y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.
- Doña Lorenza* Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querría, a trueco del gusto, poner a riesgo la honra.
- Cristina* Eso me parece, señora tía, a lo del cantar de Gómez Arias:
- Señor Gómez Arias,
doleos de mí;
soy niña y muchacha,
nunca en tal me vi.
- Doña Lorenza* Algún espíritu malo debe de hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.

- Cristina* Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.
- Doña Lorenza* ¿Y la honra, sobrina?
- Cristina* ¿Y el holgarnos, tía?
- Doña Lorenza* ¿Y si se sabe?
- Cristina* ¿Y si no se sabe?
- Doña Lorenza* ¿Y quién me asegura a mí que no se sepa?
- Hortigosa* ¿Quién? La buena diligencia, la sagacidad, la industria y, sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.
- Cristina* Mire, señora Hortigosa, tráyanosle galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido y, sobre todo, mozo.
- Hortigosa* Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más: que es rico y liberal.
- Doña Lorenza* Que no quiero riquezas, señora Hortigosa, que me sobran las joyas y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud a Cañizares: más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que la vidriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara a todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón, que a trueco de que no hiciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.
- Hortigosa* ¿Que tan celoso es?
- Doña Lorenza* Digo que le vendían el otro día una tapicería a bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso, y compró otra de verduras por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue a mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave;

y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

- Cristina* Tía, la llave de loba creo que se la pone entre las faldas de la camisa.
- Doña Lorenza* No lo creas, sobrina; que yo duermo con él y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.
- Cristina* Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa, y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo; es un viejo, que no tengo más que decir.
- Doña Lorenza* Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo a perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego, que estoy tan aburrida que no me falta sino echarme una soga al cuello, por salir de tan mala vida.
- Hortigosa* Quizá con esta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana y le vendrá otra más saludable y que más le contente.
- Cristina* Así suceda, aunque me costase a mí un dedo de la mano, que quiero mucho a mi señora tía, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo, y más que viejo; y no me puedo hartar de decille viejo.
- Doña Lorenza* Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.
- Cristina* ¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más, que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.
- Hortigosa* Así es la verdad, Cristina, y adiós, que en acabando de comer, doy la vuelta. Vuesa merced esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.
- Cristina* Señora Hortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.

- Hortigosa* Yo se le traeré a la niña pintado.
- Cristina* ¡Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito como unas perlas!
- Doña Lorenza* ¿Y si lo vee tío?
- Cristina* Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgareme yo.
- Hortigosa* Digo que yo le traeré, y adiós.
- (Vase *Hortigosa*)
- Cristina* Mire tía: si Hortigosa trae al galán y a mi frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo o enterrarle en la caballeriza.
- Doña Lorenza* Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.
- Cristina* Pues no sea él viejo celoso, y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno y vivimos como unas santas.

TEXTO Nº 13 - Entremeses: El viejo celoso (2)

Autor: Cervantes Saavedra, Miguel de
Edición: Edición de Antonio Rey Hazas
Editorial: Alianza editorial; 2ª edición 2015; Madrid

(Entra Cañizares)

- Cañizares* ¿Con quién hablábades, doña Lorenza?
- Doña Lorenza* Con Cristinica hablaba.
- Cañizares* Miradlo bien, doña Lorenza.
- Doña Lorenza* Digo que hablaba con Cristinica. ¿Con quién había de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quién?
- Cañizares* No querría que tuviésesedes algún soliloquio con vos misma que redundase en mi perjuicio.
- Doña Lorenza* Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.
- Cañizares* Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos; pero ¿quién llama a aquella puerta con tanta presa? Mira, Cristinica, quien es, y si es pobre, dale limosna y despídele.
- Cristina* ¿Quién está ahí?
- Hortigosa* La vecina Hortigosa es, señora Cristina.
- Cañizares* ¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que no atraviese esos umbrales.
- Cristina* ¿Y qué quiere, señora vecina?

Cañizares El nombre de la vecina me turba y sobresalta; llámala por su propio nombre, Cristina.

Cristina Responda: ¿y qué quiere, señora Hortigosa?

Hortigosa Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

Cañizares Decidle, sobrina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

Doña Lorenza ¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hanme de comer de ojo? ¿Hanme de llevar por los aires?

Cañizares ¡Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo queréis!

Cristina Entre, señora vecina.

Cañizares ¡Nombre fatal para mí es el de vecina!

(Entra Hortigosa, y trai un guadamecí y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso; y Rodamonte venga pintado como arrebozado)

Hortigosa Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir a suplicar a vuesa merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso por unas heridas que dio a un tundidor, y ha mandado la justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser muchos, a causa que es muy travieso mi hijo; y querría echarle hoy o mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y, con todo eso, le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Tenga vuesa merced desa punta, señora mía, y descojámosle, por que no vea el señor

Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

(Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detrás d'él un galán; y, como Cañizares ve los retratos, dice:)

- Cañizares* ¡Oh, qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destos rebocitos, espantarse ía.
- Cristina* Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa, que a mí, el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia, aun el diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada.
- Cañizares* Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.
- Doña Lorenza* Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.
- Cristina* Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.
- Doña Lorenza* ¡Quemado vea yo ese pico de once varas! En fin, quien con muchachos se acuesta, etc.
- Cristina* ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!
- Cañizares* Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévese su guadamecí.
- Hortigosa* Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalén, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, a quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la

vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

Cañizares Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

Hortigosa Si vuesa merced hubiera menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos; y, si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

Cañizares Abrevie, señora Hortigosa, que doña Lorenza, ni tiene madre ni dolor de muelas, que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

Hortigosa Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida, y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

Cañizares ¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina? ¡Hortigosa, o diablo, o vecina, o lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!

Hortigosa Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje, que ya me voy.

(Vase Hortigosa)

Cañizares ¡Oh vecinas, vecinas! Escaldado quedo aun de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.

Doña Lorenza Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje; y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: dístelle dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, ¡boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias!

Cañizares No, no, a mal viento va esta parva; no me parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.

- Cristina* Señora tía, éntrese allí dentro y desenójese, y deje a tío, que parece que está enojado.
- Doña Lorenza* Así lo haré, sobrina; y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y a fe que yo se la dé a beber, por más que la rehúse.
- (Éntrase doña Lorenza)*
- Cristina* Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta.
- (Doña Lorenza por dentro)*
- [Doña Lorenza]* ¿Cristinica? ¿Cristinica?
- Cristina* ¿Qué quiere, tía?
- Doña Lorenza* ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca a mil azahares.
- Cristina* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?
- Doña Lorenza* No estoy sino en todo mi juicio, y en verdad que si le vieses, que se te alegrase el alma.
- Cristina* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, a decir deshonestidades.
- Cañizares* ¿Bobear, Lorenza? Pues a fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.
- Doña Lorenza* Que no son sino veras, y tan veras que, en este género, no pueden ser mayores.
- Cristina* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

- Doña Lorenza* No, sobrina; pero otra vez vendrá si quiere Hortigosa, la vecina.
- Cañizares* Lorenza, di lo que quieras, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.
- Doña Lorenza* También me tiemblan a mí, por amor de la vecina.
- Cristina* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!
- Doña Lorenza* Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.
- Cristina* Ríñala, tío, ríñala, tío; que se desvergüenza mucho.
- Doña Lorenza* Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.
- Cristina* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.
- Cañizares* No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.
- Doña Lorenza* No hay para qué: vela aquí abierta; entre, y verá como es verdad cuanto le he dicho.
- Cañizares* Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.
- (Al entrar Cañizares, danle con una bacía de agua en los ojos; él vase a limpiar; acuden sobre él Cristina y Doña Lorenza, y en este ínterim sale el galán y vase)*
- Cañizares* ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten a los ojos.
- Doña Lorenza* ¡Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad cómo dio crédito a mis mentiras, por su menoscabo, fundadas en materia de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventura!



Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito; mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

Cristina

Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

GARCÍA LORCA, FEDERICO

TEXTO Nº 14 - Bodas de sangre

Autor: García Lorca, Federico

Edición: Allende Josephs y Juan Caballero, 1986

Editorial: CATEDRA

(Salen rápidos. Se oyen lejanos dos violines que expresan el bosque. Vuelven los leñadores. Llevan las hachas al hombro. Pasan lentos entre los troncos)

Leñador 1º ¡Ay muerte que sales!
Muerte de las hojas grandes.

Leñador 2º ¡No abras el chorro de la sangre!

Leñador 1º ¡Ay muerte sola!
Muerte de las secas hojas.

Leñador 3º ¡No cubras de flores la boda!

Leñador 2º ¡Ay triste muerte!
Deja para el amor la rama verde.

Leñador 1º ¡Ay muerte mala!
¡Deja para el amor la verde rama!

(Van saliendo mientras hablan. Aparecen Leonardo y la Novia)

Leonardo ¡Calla!

Novia Desde aquí yo me iré sola.
¡Vete! Quiero que to vuelvas.

- Leonardo* ¡Calla, digo!
- Novia* Con los dientes,
con las manos, como puedas,
quita de mi cuello honrado
el metal de esta cadena,
dejándome arrinconada
allá en mi casa de tierra.
Y si no quieres matarme
como a víbora pequeña,
pon en mis manos de novia
el cañón de la escopeta.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
- Leonardo* Ya dimos el paso; ¡calla!
porque nos persiguen cerca
y te he de llevar contigo.
- Novia* ¡Pero ha de ser a la fuerza!
- Leonardo* ¿A la fuerza? ¿Quién bajó
primero las escaleras?
- Novia* Yo las bajé.
- Leonardo* ¿Quién le puso al caballo bridales nuevas?
- Novia* Yo misma. Verdá.
- Leonardo* ¿Y qué manos me calzaron las espuelas?
- Novia* Estas manos, que son tuyas,
pero que al verte quisieran
quebrar las ramas azules
y el murmullo de tus venas.
¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aparta!
Que si matarte pudiera,
te pondría una mortaja con los filos de violetas.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
- Leonardo* ¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra

entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.

Novia

¡Ay qué sinrazón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy,
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.
He dejado a un hombre duro
y a toda su descendencia
en la mitad de la boda
y con la corona puesta.
Para ti será el castigo
y no quiero que lo sea.
¡Déjame sola! ¡Huye tú!
No hay nadie que te defienda.

Leonardo

Pájaros de la mañana
por los árboles se quiebran.
La noche se está muriendo
en el filo de la piedra.
Vamos al rincón oscuro
donde yo siempre te quiera,
que no me importa la gente
ni el veneno que nos echa.
(La abraza fuertemente)

Novia

Y yo dormiré a tus pies
para guardar lo que sueñas.
Desnuda, mirando al campo,

(Dramática)
como si fuera una perra,
¡porque eso soy! Que te miro
y tu hermosura me quema.

Leonardo Se abrasa lumbre con lumbre.
La misma llama pequeña
mata dos espigas juntas
¡Vamos!
(La arrastra)

Novia ¿Adónde me llevas?

Leonardo Adonde no puedan ir
estos hombres que nos cercan.
¡Donde yo pueda mirarte!

Novia *(Sarcástica)*
Llévame de feria en feria,
dolor de mujer honrada,
a que las gentes me vean
con las sábanas de boda al aire,
como banderas.

Leonardo También yo quiero dejarte
si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas.
Tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna nos funden
mi cintura y tus caderas.
(Toda esta escena es violenta, llena de gran sensualidad)

Novia ¿Oyes?

Leonardo Viene gente.

Novia ¡Húye!
Es justo que yo aquí muera
con los pies dentro del agua
y espinas en la cabeza.
Y que me lloren las hojas,
mujer perdida y doncella.

Leonardo Cállate. Ya suben.

- Novia* ¡Vete!
- Leonardo* Silencio. Que no nos sientan.
Tú delante. ¡Vamos, digo!
- (Vacila la Novia)*
- Novia* ¡Los dos juntos!
- Leonardo* *(Abrazándola)*
- ¡Como quieras!
Si nos separan, será
porque esté muerto.
- Novia* Y yo muerta.
(Salen abrazados)

JARDIEL PONCELA, ENRIQUE

TEXTO Nº 15 - Angelina o el honor de un brigadier

Autor: Jardiel Poncela, Enrique
Edición: Francisco J. Díaz de Castro
Editorial: Austral; Contemporánea Teatro

ACTO PRIMERO

(Al levantarse el telón nuevamente, segundos después, Germán se halla solo en escena, paseándose nerviosamente, en la actitud del que espera algo. Dentro suena un rigodón)

Germán ¿Vendrá? ¿No vendrá?...¡Cruel incertidumbre me agobia!
 ¿Acudirá, o será fiel
 a su condición de novia?
 ¿Quién va a poder más? ¿Yo o él?
 La duda destroza, ruda,
 mis sentidos doloridos.
 ¡No hay peor cosa que la duda,
 para los cuatro sentidos!

(Deteniéndose de pronto)

¿Cuatro o cinco? Mi razón
duda ya con tanto ahínco,
que hasta duda esta cuestión...

(Contando con los dedos)

Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco...
¡Sí, sí! Cinco. Cinco son.
Cinco, y mis cinco sentidos
de Angelina están prendidos:
la vista para mirarla,

el gusto para besarla,
el olfato para olerla,
el oído para escucharla
y el tacto para tocarla
como se toca una perla:
¡con el ansia de cogerla
y el miedo de espachurrarla!

(Por la izquierda entra Angelina, que va hacia él, el cual la recoge en sus brazos)

Angelina. ¿Tú aquí?

Angelina ¡Sí!

Germán ¡Has venido!...

Angelina Ya lo ves...
No vengo yo; ¡son mis pies,
Que me arrastran hacia ti!
Yo, con estar a tu lado,
Tengo bastante...

Germán *(Con ansia)*

¿Es verdad?
¿Hablas con sinceridad?
¿No estás mintiendo?

Angelina No, a fe.

Germán ¿Es que me quieres?

Angelina No sé.

Germán ¿Y a qué esta perplejidad?
Angelina, explícate...

Angelina Yo quiero a Rodolfo...

- Germán* ¿Qué?
- Angelina* Le quiero a él; pero tú eres
 para mí la tentación
 y, como a tantas mujeres,
 me has sorbido la razón...
 ¿En qué fundadas están
 estas inquietudes mías?
 Lo ignoro; mas hace días
 que en mi inexplicable afán
 tú me guías con las guías
 de tu bigote, Germán.
- Germán* Es que eres una chiquilla...
 Pues ¿qué te habría ocurrido
 si me hubieses conocido
 cuando llevaba perilla?
- Angelina* Quizá me hubiera tu anhelo
 acabado de vencer.
- Germán* Óyeme entonces, mi cielo:
 por un poco más de pelo
 no cambies de parecer.
- Angelina* ¡Germán!
- Germán* ¡Te amo en arrebato!
 (La abraza estrechamente)
- Angelina* *(Desfalleciendo progresivamente)*
 ¡Germán!
- Germán* ¡Amor insensato!
- Angelina* ¡Germán!
- Germán* ¡Mi vida está rota!
- Angelina* ¡Germán!
- Germán* ¡Quiéreme o me mato!

Angelina ¡Germán!

Germán ¡Me tienes idiota!

(Apasionadamente)

Mírame con las miradas
ardientes de tus pupilas.
¡Vuelve a mí las cuatro filas
de tus pestañas rizadas!
¡Olvida tu condición
de muchacha prometida
y confiéssame, mi vida,
si no me amas!...

Angelina *(Rendida)*

¡Con pasión;
Aunque un infierno entreveo
al mirarte frente a frente!...

Germán *(Arrollador)*

El infierno del deseo;
¡ven hacia él valientemente!
¡Huyamos!

Angelina ¿Huir? ¡¡Qué horror!!
¿Marcharme contigo? ¿Adónde?

Germán ¡Al sitio donde se esconde
la paz para nuestro amor!
No me hagas reproches vanos,
que huir conmigo es tu afán.
lo estoy leyendo... en tus manos.

Angelina Será en mis ojos, Germán.

Germán No; en las manos el Destino
Marca en rayas su camino...

Angelina ¿En rayas? ¡Qué extravagancia!

Germán *(Tomándola de una mano)*
Mira: esta raya ligera

es tu juventud y tu infancia;
esta raya es la constancia,
y ésta es... la raya de Francia:
quiero decir, la frontera.

¡Allí podemos estar
mañana al romper el día,
si accedes hoy a escapar
conmigo, chiquilla mía!
Aprovechemos la noche...
¡Ven, Angelina!

Angelina No, no...

Germán Ahí fuera tengo mi coche.

Angelina ¿Una berlina?

Germán Un landó;
pero en landó o en berlina
ven, que te he de llevar yo
hacia la dicha, Angelina.

Angelina ¿Y nos casaremos?

Germán Sí.

Angelina ¿Por la iglesia?

Germán Claro está.

Angelina ¡Jura!...

Germán Lo juro por ti.

Angelina ¿Qué va a decir mi papá?

Germán ¡Que diga Diego!

Angelina ¡Ay de mí!

Germán Decídete, ten coraje...

Angelina Bueno, Germán; pero calma,
que he de arreglar mi equipaje...

- Germán* Te basta con este traje.
- Angelina* ¿Voy a ir así?
- Germán* Sí, mi alma.
En París te comprarás
otros muchos... ¡Ya verás
los trajes que hay en París!
- Angelina* (*Súbitamente entusiasmada y haciéndose a la idea de que está en los bulevares*)
Me gustaría uno gris
con un lacito aquí atrás,
(Se señala la cintura)
que tuviera un entredós
en...
- Germán* ¡Angelina, por Dios!
¡No hables del vestido más
y vámonos...!
- Angelina* Vámonos...
(*Mirando amorosamente a su alrededor*)
¡Adiós, casa en que naciera
porque el Destino lo quiso!
¡Adiós, sala y cristalera!
¡Adiós, salón y escalera,
con su baranda y su friso!
- Germán* (*Impaciente*)
Angelina, al otro piso
escríbelle desde fuera...
- Angelina* ¡Adiós, pasillo y jardín!
Me marcho... ¡Quedad con Dios!
- Germán* Vamos, ven...
(*Aparte, triunfal, mientras se la lleva*)
¡Es mía al fin!
- Angelina* ¡Ay! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!



(Hacen mutis por el foro derecha. Germán la lleva del brazo, y ella, a quien se le han saltado las lágrimas, dice adiós al decorado, agitando su pañuelo. Por el foro izquierda sale Rodolfo en actitud de buscar a Angelina)

Rodolfo Angelina, tu mamá
me ha dicho que... ¿Dónde está?

(De pronto mira hacia el foro derecha y en su actitud se nota que ve a Angelina y a Germán alejarse por el jardín)

Pero ¡mi abuelo!, ¿qué miro?
¿Estoy borracho? ¿Delirio?
¿O qué me pasa? ¿Se va?
¡Si no salgo de mi asombro!
¿Ella con Germán? ¿Qué es eso?
¡Ahora se reclina en su hombro
para sacudirle un beso!...

(Le falta aire, balbucea)

¡Pero si no puede ser!
¡Si no lo puedo creer!
¿Y qué hago yo que no corro
a evitarlo ya?

(Corre hacia el foro derecha. Luego se arrepiente y se detiene, dudando.)

¡¡Socorro!!
¡¡Federico!! ¡¡Brigadier!!

(Por el foro izquierda, entran alarmadísimos don Marcial, Marcela, doña Calixta, Luisa, Carlota, don Justo, don Elías y Federico)

Don Marcial ¿Qué es?

Marcela ¿Qué ocurre?

Don Justo ¿Qué pasa?

Rodolfo ¡¡Se la llevan!! ¡¡Por ahí van!!

- Don Marcial* ¿Quién?
- Rodolfo* ¡Se la ha llevado de casa!
¡Voy tras ellos!
- (Se va escapado por el foro izquierda)*
- Don Justo* ¡Qué desmán!
- Marcela* ¡Santo Dios!
- (Le da un vahído y doña Calixta la sostiene)*
- Don Marcial* ¡Le buscaré
cruzándome en su camino;
a un duelo le retaré...
y en duelo le mataré!
- (Encarándose con Don Justo)*
- ¡Usted será mi padrino!
¡Robarme a mi hija! Esta idea
me enloquece y de ira estallo.
¡Si tuviera aquí el caballo
Que utilicé en Alcolea!
- (Por el foro, izquierda, sale Rodolfo montado en un
velocípedo de la época)*
- Rodolfo* No le importe a usted, señor,
que si no tiene caballo
yo tengo esto, que es mejor.
¡Tras ellos voy, brigadier,
con rapidez de ciclón!
- Don Marcial* ¡Ve con Dios!
- Don Elías* ¡Hasta más ver!
- Don Justo* *(Con un gesto de resignación para sus ideas)*
- ¡De algo había de valer
Tanta civilización!

TELÓN

MORETO, AGUSTÍN

TEXTO Nº 16 - El desdén con el desdén

Autor: Moreto, Agustín

Edición: [Edición digital](#) a partir de la «Primera parte de comedias», Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1654

Editorial: Madrid, Castalia, 1971

Jornada II

(Sale POLILLA.)

POLILLA	¿Qué es esto, señora mía? ¿Cómo se ha aguado la fiesta?	650
DIANA	Hame dado un accidente.	
POLILLA	Si es cosa de la cabeza, dos parches de tacamaca, y que te traigan las piernas.	
DIANA	No tienen piernas las damas.	655
POLILLA	Pues por esa razón misma digo yo que te las traigan. Mas ¿qué ha sido tu dolencia?	
DIANA	Aprieto del corazón.	
POLILLA	¡Jesús! Pues si no es más de esa, sangrarte y purgarte luego, y echarte unas sanguijuelas, dos docenas de ventosas, y al instante estarás buena.	660
DIANA	Caniquí, yo estoy corrida de no vencer la tibiaza de Carlos.	665
POLILLA	Pues ¿eso dudas? ¿Quieres que por ti se pierda?	
DIANA	Pues ¿cómo se ha de perder?	
POLILLA	Hazle que tome una renta. Pero, de veras hablando,	670

	tú, señora, ¿no deseas que se enamore de ti?	
DIANA	Toda mi corona diera por verle morir de amor.	675
POLILLA	Y ¿es eso cariño o tema? La verdad, ¿te entra el Carlillos?	
DIANA	¿Qué es cariño? Yo soy peña. Para abrasarle a desprecios, a desaires y a violencias, lo deseo sólo.	680
POLILLA	[Aparte.] ¡Zape! Aún está verde la breva; mas ella madurará, como hay muchachos y piedras.	
DIANA	Yo sé que él gusta de oír cantar.	685
POLILLA	Mucho, como sea la Pasión o algún buen salmo cantado con castañetas.	
DIANA	¿Salmo? ¿Qué dices?	
POLILLA	Es cosa, señora, que esto le eleva. Lo que es música de salmos, pierde su juicio por ella.	690
DIANA	Tú has de hacer por mí una cosa.	
POLILLA	¿Qué?	
DIANA	Abierta hallarás la puerta del jardín; yo con mis damas estaré allí, y, sin que él sepa que es cuidado, cantaremos; tú has de decir que le llevas porque nos oiga cantar, diciendo que, aunque le vean, a ti te echarán la culpa.	695
POLILLA	Tú has pensado brava treta, porque en viéndote cantar se ha de hacer una jalea.	700
DIANA	Pues ve a buscarle al momento.	705

POLILLA	Llevaréle con cadena. A oír cantar irá el otro tras un entierro; mas sea buen tono.	
DIANA	¿Qué te parece?	
POLILLA	Alguna cosa burlesca que tenga mucha alegría.	710
DIANA	¿Como qué?	
POLILLA	Un <i>requiem aeternam</i> .	
DIANA	Mira que voy al jardín.	
POLILLA	Pues ponte como una Eva, para que caiga este Adán.	715
DIANA	Allá espero.	
	(Vase.)	
POLILLA	¡Norabuena, que tú has de ser la manzana y has de llevar la culebra! Señores, ¡que estas locuras ande haciendo una Princesa! Mas, quien tiene la mayor, ¿qué mucho que estotras tenga? Porque las locuras son como un plato de cerezas, que en tirando de la una, las otras se van tras ella.	720
		725

(Sale CARLOS.)

CARLOS	¿Polilla amigo?	
POLILLA	Carlos, ¡bravo cuento!	
CARLOS	Pues ¿qué ha habido de nuevo?	
POLILLA	Vencimiento.	
CARLOS	Pues tú ¿qué has entendido?	
POLILLA	Que, para enamorarte, me ha pedido que te lleve al jardín, donde has de vella más hermosa y brillante que una estrella, cantando con sus damas; que, como te imagina duro tanto,	730

CARLOS ablandarte pretende con el canto. 735

POLILLA ¿Eso hay? Mucho lo estraño.

CARLOS Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace y de mí a fiarlo llega.

(Tañen dentro.)

CARLOS Ya escucho el instrumento.

POLILLA Esta ya es tuya. 740

CARLOS Calla, que cantan ya.

POLILLA Pues ¡aleluya!

(Cantan.)

Olas eran de zafir
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey.

745

POLILLA Vamos, señor.

CARLOS ¿Qué dices? Que yo muero.

POLILLA Deja eso a los pastores del Arcadia
y vámonos allá, que esto es primero.

CARLOS Y ¿qué he de hacer?

POLILLA Entrar y no miralla
y divertirte con la copia bella
de flores; y aunque ella
se haga rajas cantando, no escuchalla,
por que se abrase. 750

CARLOS No podré emprendello.

POLILLA ¿Cómo no? ¡Vive Cristo que has de hacello,
o te tengo de dar con esta daga
que traigo para eso, que esta llaga
se ha de curar con escozor. 755

CARLOS No intentes
eso, que no es posible que lo allanes.

POLILLA Señor, tú has de sufrir polvos de Joanes,
que toda el alma tienes ya podrida. 760

(Cantan dentro.)

- CARLOS Otra vez cantan; oye, por tu vida.
- POLILLA ¡Plesia mi alma, vamos,
no en eso tiempo pierdas!
- CARLOS Atendamos,
que luego entrar podemos.
- POLILLA Allá, desde más cerca, escucharemos. 765
¡Anda con Barrabás!
- CARLOS Oye primero.
- POLILLA Has de entrar, ¡vive Dios!
- CARLOS Oye.
- POLILLA No quiero.
(Métele a empujones.)

**(Salen DIANA y todas las DAMAS en guardapiéses y justillos,
cantando.)**

- DAMAS Olas eran de zafir
las del mar sola esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey. 770
- DIANA ¿No habéis visto entrar a Carlos?
- CINTIA No sólo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda
en el jardín hay indicio. 775
- DIANA Laura, ten cuenta si viene.
- LAURA Ya yo, señora, lo miro.
- DIANA Aunque arriesgue mi decoro,
he de vencer sus desvíos.
- LAURA Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te ve y no se enamora.
Mas, señora, ya le he visto,
ya está en el jardín. 780
- DIANA ¿Qué dices?

LAURA Que con Caniquí ha venido. 785

DIANA Pues volvamos a cantar,
y sentaos todas conmigo.

(Siéntanse todas, y salen POLILLA y CARLOS.)

POLILLA No te derritas, señor.

CARLOS Polilla, ¿no es un prodigo
su belleza? En aquel traje
doméstico es un hechizo. 790

POLILLA ¡Qué bravas están las damas
en guardapiés y justillo!

CARLOS ¿Para qué son los adornos
donde hay sin ellos tal brío? 795

POLILLA Mira: éstas son como el cardo,
que el hortelano advertido
le deja las pencas malas,
que, aunque no son de servicio,
abultan para venderle;
pero, después de vendido,
sólo se come el cogollo.
Pues las damas son lo mismo:
lo que se come es aquesto,
que el moño y el artificio
de las faldas son las pencas
que se echan a los borricos.
Pero vuelve allá la cara,
no mires, que vas perdido. 800

CARLOS Polilla, no he de poder. 810

POLILLA ¿Qué llamas no? ¡Vive Cristo
que has de meterte la daga
si vuelves!

(Pónele la daga a la cara.)

CARLOS Ya no la miro.

POLILLA Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oídos. 815

CARLOS Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oírlo
no parezca que es cuidado,

sino divertirme el sitio.
CINTIA Ya te escucha, cantar puedes. 820
DIANA Así vencerle imagino.

(Cantan.)

El que sólo de su abril
escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desdén... 825
DIANA ¿No ha vuelto a oír?
LAURA No, señora.
DIANA ¿Cómo no? Pues ¿no me ha oído?
CINTIA Puede ser, porque está lejos.
CARLOS En toda mi vida he visto
más bien compuesto jardín. 830
POLILLA Vaya d'eso, que eso es lindo.
DIANA El jardín está mirando:
¿este hombre está sin sentido?
¿Qué es esto? Cantemos todas
para ver si vuelve a oírnos. 835

(Cantan todas.)

A tan dichoso favor
sirva tan florido mes;
por gloria de sus trofeos,
rendido le bese el pie.
CARLOS ¡Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡Qué pulido! 840
POLILLA Harto más pulido es eso.
DIANA ¡Que esto escucho! ¡Que esto miro!
¿Los cuadros está alabando
cuando yo canto?
CARLOS No he visto
hiedra más bien enlazada.
¡Qué hermoso verde! 845
POLILLA Eso pido:

date en lo verde, que engordas.
DIANA No me ha visto o no me ha oído.
Laura, al descuido le advierte
que estoy yo aquí. 850

(Levántase LAURA.)

CINTIA **[Aparte.]**
Este capricho
la ha de despeñar a amar.
LAURA Carlos, estad advertido
que está aquí dentro Diana.
CARLOS Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos,
aquel pie de guindo afea. 855
POLILLA ¡Oh, qué lindo pie de guindo!
DIANA ¿No se lo advertiste, Laura? 860
LAURA Ya, señora, se lo he dicho.
DIANA Ya no yerra de ignorancia;
pues ¿cómo está divertido?

(Pasan por delante de ellas, llevándole POLILLA la daga junto a
la cara, por que no vuelva.)

POLILLA Señor, por aquesta calle
pasa sin mirar.
CARLOS Rendido 865
estoy a mi resistencia;
volver temo.
POLILLA ¡Ten, por Cristo,
que te herirás con la daga!
CARLOS Yo no puedo más, amigo.
POLILLA Hombre, mira que te clavas.
CARLOS ¿Qué quieres? Ya me he vencido.
POLILLA Vuelve por estotro lado.
CARLOS ¿Por acá?

POLILLA	Por allá digo.	
DIANA	¿No ha vuelto?	
LAURA	Ni lo imagina.	
DIANA	Yo no creo lo que miro; Fenisa, ve tú al descuido, y vuelve a darle el aviso.	875
(Levántase FENISA.)		
POLILLA	Otro correo dispara, mas no dan lumbre los tiros.	
FENISA	¿Carlos?	
CARLOS	¿Quién llama?	
POLILLA	¿Quién es?	880
FENISA	Ved que Diana os ha visto.	
CARLOS	Admirado d'esta fuente, en verla me he divertido y no había visto a Su Alteza; decid que ya me retiro.	885
DIANA	¡Cielos! sin duda se va. Oíd, escuchad, a vós digo.	
(Levántase.)		
CARLOS	¿A mí, señora?	
DIANA	Sí, a vós.	
CARLOS	¿Qué mandáis?	
DIANA	¿Cómo, atrevido, habéis entrado aquí dentro, sabiendo que en mi retiro estaba yo con mis damas?	890
CARLOS	Señora, no os había visto: la hermosura del jardín me llevó, y perdón os pido.	895
DIANA	(Esto es peor, que aun no dice que para escucharme vino.) Pues ¿no me oístes?	
CARLOS	No, señora.	

DIANA	No es posible.	
CARLOS	Un yerro ha sido, que sólo enmendarse puede con no hacer más el delito.	900
	(Vase.)	
CINTIA	Señora, este hombre es un tronco.	
DIANA	Dejadme, que sus desvíos el sentido han de quitarme.	
CINTIA	([Aparte.] Laura, esto va ya perdido.	905
LAURA	Si ella no está enamorada de Carlos, ya va camino.)	
	(Vase.)	
DIANA	¡Cielos! ¿Qué es esto que veo? Un Etna es cuanto respiro. ¡Yo despreciada!	
POLILLA	Eso sí, ¡pesia su alma!, dé brincos.	910
DIANA	¿Caniquí?	
POLILLA	¿Señora mía?	
DIANA	¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino a escucharme?	
POLILLA	Sí, señora.	
DIANA	Pues ¿cómo no ha vuelto a oíllo?	915
POLILLA	Señora, es loco de atar.	
DIANA	Pues ¿qué respondió o qué dijo?	
POLILLA	Es vergüenza.	
DIANA	Dilo, pues.	
POLILLA	Que cantabais como niños de escuela y que no quería escucharlos.	920
DIANA	¿Eso ha dicho?	
POLILLA	Sí, señora.	
DIANA	¿Hay tal desprecio?	

- POLILLA Es un bobo.
- DIANA ¡Estoy sin juicio!
- POLILLA No hagas caso...
- DIANA ¡Estoy mortal!
- POLILLA Que es un bárbaro.
- DIANA Eso mismo
me ha de obligar a rendirle,
si muero por conseguirlo. 925
- (Vase.)
- POLILLA ¡Buena va la danza, alcalde,
y da en la albarda el granizo!

TEXTO Nº 17 - El lindo Don Diego

Autor: Moreto, Agustín
Edición: Frank P. Casa y Berislav Primorac
Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

(Sale Mosquito)

<i>Mosquito</i>	¡Jesús, Jesús! Dadme albricias.	285
<i>Doña Leonor</i>	¿De qué las pides, Mosquito?	
<i>Mosquito</i>	De haber visto a vuestros novios; que apenas el viejo hoy dijo la sobriniboda, cuando partí como un hipogrifo; fui, vi y vencí mi deseo, y vi vuestro par de primos.	290
<i>Doña Leonor</i>	Y ¿cómo son?	
<i>Mosquito</i>	Hombres son.	
<i>Doña Leonor</i>	Siempre estás de un humor mismo; pues ¿podían no ser hombres?	295
<i>Mosquito</i>	Bien podían ser borricos; que en traje de hombre hay hartos.	
<i>Doña Leonor</i>	Y ¿cómo te han parecido?	
<i>Mosquito</i>	El don Mendo, que es el tuyo, galán, discreto, advertido, cortés, modesto y afable; menos algún revoltillo que se le irá descubriendo con el uso de marido.	300
<i>Doña Leonor</i>	Si él es tan afable ahora, casado será lo mismo.	305



<i>Mosquito</i>	Eso no, que suelen ser como espadas los maridos, que en la tienda están derechas, y comprándolas sin vicio, en el primer lance salen con más corcova que un cinco.	310
<i>Doña Inés</i>	¿Y don Diego?	
<i>Mosquito</i>	Ese es un cuento sin fin, pero con principio; que es lindo el don Diego, y tiene más que de Diego de lindo. Él es tan rara persona, que, como se anda vestido, puede en una mojiganga ser figura de capricho. Que él es muy gran marinero se ve en su talle y su brío, porque el arte suyo es arte de marear los sentidos. Tan ajustado se viste, que al andar sale de quicio, porque anda descoyuntado del tormento del vestido. De curioso y aseado tiene bastantes indicios, porque, aunque de traje no, de sangre y bolsa es muy limpio. En el discurso parece ateísta, y lo colijo de que, según él discurre, no espera el día del juicio. A dos palabras que hable le entenderás todo el hilo del talento, que él es necio, pero muy bien entendido. Y porque mejor te informes de quién es y de su estilo, te pintaré la mañana que con él hoy he tenido. Yo entré allá, y le vi en la cama, de la frente al colodrillo ceñido de un tocador, que pensé que era judío.	320
		325
		330
		335
		340
		345

Era el cabello, hecho trenzas,
clin de caballo morcillo,
aunque la comparación
de rocín a ruin ha ido.
Con su bigotera puesta
estaba el mozo jarifo,
como mulo de arriero
con jáquima de camino;
las manos en unos guantes
de perro, que por aviso
del uso de los que da,
las aforra de su oficio. 350

Deste modo, de la cama
salió a vestirse a las cinco,
y en ajustarse las ligas
llegó a las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo,
y, en memoria de Narciso,
le dio las once en la luna;
y en daga y espada y tiros,
capa, vueltas y valona,
dio las dos, y después dijo: 360

«Dios me vuelva a Burgos, donde
sin ir a visitas vivo,
que para mí es una muerte
cuando de priesa me visto.—

Mozo, ¿dónde habrá ahora misa?» 375

Y el mozo, humilde, le dijo:
«A las dos dadas, señor,
no hay misa sino en el libro.»

Y él respondió muy contento:
«No importa, que yo he cumplido
con hacer la diligencia. 380

Vamos a ver a mi tío. »

Este es el novio, señora,
que de Burgos te ha venido;
tal que primero que al novio
esperara yo un novillo. 385

Doña Inés ¡Ay, don Juan! Con estas nuevas
es menos ya el temor mío,
pues mi padre no es posible
que me entregue a este martirio.



crece el temor y el peligro;
no es nuevo ser tú mi vida,
y ya en tus labios la miro.

<i>Doña Inés</i>	Vete, don Juan, que es forzoso ir las dos a prevenirnos.	395
<i>Don Juan</i>	Ya no es posible ausentarme.	
<i>Doña Inés</i>	Albricias doy al peligro; mas, ¿cómo, si de mi padre ya has quedado despedido?	400
<i>Don Juan</i>	Fingiré algún embarazo.	
<i>Doña Inés</i>	¿Y lograrásme un alivio?	
<i>Don Juan</i>	A eso voy.	
<i>Doña Inés</i>	¡Guárdete el cielo!	
<i>Don Juan</i>	Guárdate tú, que es lo mismo.	
<i>Mosquito</i>	¡Ah, señor don Juan!	
<i>Don Juan</i>	¿Qué quieres?	405
<i>Mosquito</i>	Tres portes de papelillos, que, a doblón, montan...	
<i>Don Juan</i>	Ve a casa, y llevarás un vestido. (Vase)	
<i>Mosquito</i>	Pues si él ha de ser llevado, no me le dé usted traído.	410
<i>Doña Inés</i>	Vamos, Leonor.	
<i>Mosquito</i>	¡Ah, señora!	
<i>Doña Inés</i>	¿Qué dices?	
<i>Mosquito</i>	Tengo contigo una intercesión y un ruego;	



	y aunque con sol tan divino es osadía, me atrevo a título de Mosquito. ¿Qué es lo que quieres?	415
<i>Doña Inés</i>		
<i>Mosquito</i>	Beatriz, después que la has despedido, anda pidiendo limosna.	
<i>Doña Inés</i>	Pues si mi padre lo hizo, ¿qué puedo yo remediar?	420
<i>Mosquito</i>	Ese es rigor.	
<i>Doña Inés</i>	Mas no mío.	
<i>Mosquito</i>	Pues pide, dale; que es pobre.	
<i>Doña Inés</i>	¿Qué la he de dar?	
<i>Mosquito</i>	Un recibo, y vuelva a servirte a casa, pues ya llora el pan perdido.	425
<i>Doña Inés</i>	Espero hoy otra criada.	
<i>Mosquito</i>	No la llegará al tobillo ninguna de cuantas vengan.	
<i>Doña Inés</i>	¿Por qué no?	
<i>Mosquito</i>	Eso ¿no está visto? Ella es golosa, chismosa, respondona y alza el grito, ventanera y todo el día gasta en tratar de su aliño. Pues ¿dónde has de hallar criada que cumpla más con su oficio?	430
<i>Doña Inés</i>		435
<i>Doña Inés</i>	Porque se ha criado en casa siento haberla despedido; mas como ella, por ahora, quiera estarse en mi retiro sin que la vea mi padre, la recibiré.	440



<i>Mosquito</i>	¡Ah, Dios mío, lo que hace un buen abogado!	
<i>Doña Inés</i>	Dila que venga, Mosquito.	
<i>Doña Leonor</i>	Y entre sin verla mi padre.	445
<i>Mosquito</i>	¿Y si está aquí?	
<i>Doña Inés</i>	Entre contigo. (<i>Vanse</i>)	
<i>Mosquito</i>	Vitoria por mis camisas.— ¡Ah, Beatricilla!	

RUIZ DE ALARCÓN, JUAN

TEXTO Nº 18 - La verdad sospechosa (1)

Autor: Ruiz de Alarcón, Juan

Edición: Alva V. Ebersole

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO PRIMERO

(Salen don Juan y don Félix por otra parte)

Don Juan ¿Música y cena? ¡Ah, fortuna!

Don García ¿No es éste don Juan de Sosa?

Tristán El mismo.

Don Juan ¿Quién puede ser
el amante venturoso,
que me tiene tan celoso?

Don Félix Que lo vendréis a saber
a pocos lances confío.

Don Juan ¡ Que otro amante le haya dado,
a quien mía se ha nombrado,
música y cena en el río! 590

Don García Don Juan de Sosa.

Don Juan ¿Quién es?

Don García ¿Ya olvidáis a don García?

Don Juan Veros en Madrid lo hacía,
y el nuevo traje.

Don García Después
que en Salamanca me vistes
muy otro debo de estar.

<i>Don Juan</i>	Más galán sois de seglar, que de estudiante lo fuistes. ¿Venís a Madrid de asiento?	600
<i>Don García</i>	Sí.	
<i>Don Juan</i>	Bien venido seáis.	
<i>Don García</i>	Vos, don Félix, ¿cómo estáis?	
<i>Don Félix</i>	De veros, por Dios, contento: vengáis bueno en hora buena.	
<i>Don García</i>	Para serviros; ¿qué hacéis? ¿de qué habláis? ¿en qué entendéis?	
<i>Don Juan</i>	De cierta música y cena, que en el río dio un galán esta noche a una señora, era la plática agora.	610
<i>Don García</i>	¿Música y cena, don Juan? ¿y anoche?	
<i>Don Juan</i>	Sí.	
<i>Don García</i>	¿Mucha cosa? ¿grande fiesta?	
<i>Don Juan</i>	Así es la fama.	
<i>Don García</i>	¿Y muy hermosa la dama?	
<i>Don Juan</i>	Dícenme que es muy hermosa.	
<i>Don García</i>	Bien.	
<i>Don Juan</i>	¿Qué misterios hacéis?	
<i>Don García</i>	De que alabéis por tan buena esa dama y esa cena, sino es que alabando estéis mi fiesta y mi dama así.	620

<i>Don Juan</i>	¿Pues tuvistes también boda anoche en el río?	
<i>Don García</i>	Toda en eso la consumí.	
<i>Tristán</i>	¿Qué fiesta, o qué dama es ésta si a la Corte llegó ayer?	(Aparte.)
<i>Don Juan</i>	¿Ya tenéis a quién hacer, tan recién venido, fiesta? presto al amor dio con vos.	
<i>Don García</i>	No ha tan poco que he llegado, que un mes no haya descansado.	630
<i>Tristán</i>	Ayer llegó, voto a Dios; él lleva alguna intención.	(Aparte.)
<i>Don Juan</i>	No lo he sabido a fe mía, que al punto acudido habría a cumplir mi obligación.	
<i>Don García</i>	He estado hasta aquí secreto.	
<i>Don Juan</i>	Esa la causa habrá sido de no haberlo yo sabido: pero ¿la fiesta en efecto	640
<i>Don García</i>	Por ventura no la vio mejor el río.	
<i>Don Juan</i>	Ya de celos desvarío: ¿quién duda que la espesura del sotillo el sitio os dio?	
<i>Don García</i>	Tales señas me vais dando, Don Juan, que voy sospechando que la sabéis como yo.	
<i>Don Juan</i>	No estoy de todo ignorante, aunque todo no lo sé: dijeronme no sé qué confusamente, bastante a tenerme deseoso	650

de escucharlos la verdad;
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso,
o en un amante con celos.

(A Don Juan, aparte)

<i>Don Félix</i>	Advertid cuán sin pensar os han venido a mostrar vuestro contrario los cielos.	660
<i>Don García</i>	Pues a la fiesta atended: contaréla, ya que veo que os fatiga ese deseo.	
<i>Don Juan</i>	Haréisnos mucha merced.	
<i>Don García</i>	Entre las opacas sombras y opacidades espesas que el soto formaba de olmos, y la noche de tinieblas, se ocultaba una cuadrada limpia y olorosa mesa a lo italiano curiosa, a lo español opulenta. En mil figuras prensados mantelos y servilletas, sólo invidiaban las almas a las aves y a las fieras. Cuatro aparadores puestos en cuadra correspondencia, la plata blanca y dorada vidrios y barros ostentan. Quedó con ramas un olmo en todo el sotillo apenas, que dellas se edificaron en varias partes seis tiendas. Cuatro coros diferentes ocultan las cuatro dellas, otra principios y postres, y las viandas la sexta. Llegó en su coche mi dueño, dando envidia a las estrellas, a los aires suavidad, y a los aires suavidad,	670 680 690

y alegría a la ribera.
Apenas el pie que adoro,
hizo esmeraldas la yerba,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas:
cuando en copia disparados
cohetes, bombas, y ruedas,
toda la región del fuego
bajó en un punto a la tierra.
[...]

700

- Don Juan* Por Dios que la habéis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocara el oírla,
por haberme hallado en ella. 750
- Tristán* ¿Válgate el diablo por hombre, (Aparte.)
que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que a la verdad misma venza?
- Don Juan* Rabio de celos.
- Don Félix* No os dieron
del convite tales señas.
- Don Juan* ¿Qué importa, si en la substancia
el tiempo y lugar concuerdan? 760
- Don García* ¿Qué decís?
- Don Juan* Que fue el festín
más celebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.
- Don García* Oh, son niñerías éstas,
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera,
para prevenirme, un día:
que a las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiración pusiera. 770
(*Mira adentro*)
- Don Félix* Jacinta es la del estribo
(*A Don Juan aparte*)

en el coche de Lucrecia.

(A Don Félix aparte)

Don Juan Los ojos a don García
se le van, por Dios, tras ella.

Don Félix Inquieto está y divertido.

Don Juan Ciertas son ya mis sospechas.

TEXTO Nº 19 - La verdad sospechosa (2)

Autor: Ruiz de Alarcón, Juan

Edición: Alva V. Ebersole

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO PRIMERO

(Don Juan encuentra a Isabel al salir)

Don Juan ¿Puedo hablar a tu señora?

Isabel Solo un momento ha de ser,
que de salir a comer
mi señor don Sancho es hora (Vase)

Don Juan Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya.

Jacinta ¿Estás loco?

Don Juan ¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

Jacinta Repórtate, y habla paso,
que está en la cuadra de mi tío. 1050

Don Juan Cuando a cenas vas al río,
¿cómo haces dél poco caso?

Jacinta ¿Qué dices?, ¿estás en ti?

Don Juan Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar
¿tienes tío para mí?

Jacinta ¿Trasnochar con otro? advierte
que aunque eso fuese verdad,
era mucha libertad
hablarme a mí de esa suerte:
cuanto más que es desvarío 1060

de tu loca fantasía.

- Don Juan* Ya sé que fue don García
el de la fiesta del río;
ya los fuegos, que a tu coche,
Jacinta, la salva hicieron,
ya las antorchas, que dieron
sol al soto a media noche.
Ya los cuatro aparadores
con vajillas variadas,
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.
Todo lo sé, y sé que al día
te halló, enemiga, en el río;
di agora que es desvarío
de mi loca fantasía.
Di agora que es libertad
el tratarte desta suerte,
cuando obligan a ofenderte
mi agravio y tu liviandad. 1070
- Jacinta* Plega a Dios.
- Don Juan* Deja invenciones,
calla, no me digas nada,
que en ofensa averiguada
no sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño,
no niegues que te he perdido,
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.
Y aunque niegues lo que oí,
lo que vi confesarás,
que hoy, lo que negando estás,
en sus mismos ojos vi.
Y su padre, ¿qué quería
agora aquí?, ¿qué te dijo?,
¿de noche estás con el hijo,
y con el padre de día?
Yo lo vi, ya mi esperanza
en vano engañar dispones:
ya sé que tus dilaciones
son hijas de tu mudanza.
Mas, cruel, viven los cielos
que no has de vivir contenta, 1090
1100

abrásate, pues revienta
este vulcán de mis celos.
El que me hace desdichado,
te pierda, pues yo te pierdo.

- Jacinta* ¿Tú eres cuerdo?
- Don Juan* ¿Cómo cuerdo,
amante y desesperado?
- Jacinta* Vuelve, escucha, que si vale
la verdad, presto verás
cuán mal informado estás. 1110
- Don Juan* Voyme, que tu tío sale.
- Jacinta* No sale, escucha, que fío
satisfacerte.
- Don Juan* Es en vano,
si aquí no me das la mano.
- Jacinta* ¿La mano? Sale mi tío.

TIRSO DE MOLINA

TEXTO Nº 20 - El burlador de Sevilla

Autor: Tirso de Molina

Edición: Antonio Prieto

Editorial: Biblioteca Nueva; 1997; Madrid

JORNADA PRIMERA

(Saca en brazos Catalinón a Don Juan, mojados)

Catalinón ¡Válgame la cananea,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino,
donde la muerte se fragua;
donde Dios juntó tanta agua,
no juntara tanto vino.
Agua salada; ¡estremada
cosa para quien no pesca!
Si es mala aun el agua fresca,
¡qué será el agua salada?
¡Oh, quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si del agua que he bebido
escapo yo, no más agua.
Desde hoy abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver, por no vella.
¡Ah, señor! Helado y frío
está. ¿Si estará ya muerto?
Del mar fue este desconcierto,
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea el vil sastre

que cosió el mar que dibuja
con astronómica aguja,
causa de tanto desastre!
¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea;
¡miserio Catalinón!
¿Qué he de hacer?

Tisbea Hombre, ¿Qué tienes
en desventuras iguales?

Catalinón Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme a mí,
sin vida a mi señor. Mira
si es verdad.

Tisbea No, que aún respira.

Catalinón ¿Por donde? ¿Por aquí?

Tisbea Sí;
pues ¿por donde?

Catalinón bien podía
respirar por otra parte.

Tisbea Necio estás.

Catalinón Quiero besarte
las manos de nieve fría.

Tisbea Ve a llamar a los pescadores
que en aquella choza están.

Catalinón Y si los llamo, ¿vendrán?



Tisbea Vendrán presto. No lo ignores.
¿Quién es este caballero?

Catalinón Es hijo aqueste señor
del camarero mayor
del rey, por quien ser espero
antes de seis días conde
en Sevilla, donde va,
y donde su alteza está,
si a mi amistad corresponde.

Tisbea ¿Cómo se llama?

Catalinón Don Juan
Tenorio.

Tisbea Llama mi gente.

Catalinón Ya voy

(Coge en el regazo Tisbea a don Juan)

Tisbea Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

Don Juan ¿Donde estoy?

Tisbea Ya podéis ver:
en brazos de una mujer.

Don Juan Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo,
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.

Un espantoso huracán
dio con mi nave al través,
para arrojarme a esos pies
que abrigo y puerto me dan.
Y en vuestro divino oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.

Tisbea

Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.
Pero si es tormento el mar
y son sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles,
pienso que os hace hablar.
Sin duda que habéis bebido
del mar la oración pasada,
pues, por ser de agua salada,
con tan grande sal ha sido.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plega a Dios que no mintáis!
Parecéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua,
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡Plega a Dios que no mintáis!

Don Juan

A Dios, zagala, plugiera
que en el agua me anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata;
mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostráis



pues que el sol os da licencia,
pues sólo con la apariencia,
siendo de nieve abrasáis.

Tisbea

Por más helado que estáis
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡Plega a Dios que no mintáis!



TEXTO Nº 21 - El castigo del penseque (1)

Autor: Tirso de Molina

Publicación original: Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1631.

Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ACTO PRIMERO

ESCENA I

(Salen don Rodrigo y Chinchilla)

<i>Chinchilla</i>	¡Gracias a Dios, señor mío, que ha permitido que pisés tierra en flamencos países.	
<i>Rodrigo</i>	Mala bestia es un navío.	
<i>Chinchilla</i>	Más que mula de alquiler, si furiosa se desboca; pero, en fin, anda con toca; lo que tiene de mujer la deshonra.	5
<i>Rodrigo</i>	Por la vela, la llamas mujer tocada.	10
<i>Chinchilla</i>	Y porque cuando le agrada, le sirve el viento de espuela. Da al diablo tal caminar; que si una vez tira coces, no servirá el darle voces, ni te podrás apear mientras le dura el enojo sino que a la primer suerte, con ser tan seca la muerte, has de morir en remojo.	15
	No hayas miedo, aunque lo mandes, que me mezca la Fortuna segunda vez en su cuna.	20

<i>Rodrigo</i>	Ya estamos cerca de Flandes. Términos parte con él y con la antigua Alemaña esta apacible montaña.	25
<i>Chinchilla</i>	Flandes todo es un verjel.	
<i>Rodrigo</i>	Cómo lo sabes?	
<i>Chinchilla</i>	Así se nos vende en nuestra tierra en lienzos. Allí una sierra; un ameno valle aquí, y en él dos gamos corriendo, que también corren en Flandes gamos pequeños y grandes; vanle tres galgos siguiendo, y al trasponer de una cuesta, le atajan dos caballeros mostrando en él sus aceros. Luego, con música y fiesta, dos damas de cardenillo, oyendo el amor sutil de un galán de perejil con un coletó amarillo que, asentado en una puente, a falta de silla o poyo, por donde corre un arroyo del orinal de u na fuente, en servirlas se desvela.	30 35 40 45 50 55
	Luego en un jardín están tres damas con un galán, que tocando una vihuela las entretiene despacio, porque el sol no las ofenda, mientras sacan la merienda de un almagrado palacio con su puente levadiza, seis torres y cien ventanas. Acullá lanzan pavanás, que un flamenco soleniza...	60
	Por cualquier parte que andes, todo es fuentes y frescura. Esto es Flandes en pintura, y por esto, no hay más Flandes.	

<i>Rodrigo</i>	No sabes tú lo que va de lo vivo a lo pintado.	65
<i>Chinchilla</i>	A Flandes hemos llegado; no nos llores duelos ya.	
<i>Rodrigo</i>	Si en él no nos va más bien que en Madrid, ¡buena venida hemos hecho, por mi vida!	70
<i>Chinchilla</i>	Calla, y esperanza ten, que si eres hijo menor, y como tal, maltratado de un mayorazgo felpado, rico por ser el mayor, le heriste, con la licencia que da un hablar descortés, de hermanos segundos es Flandes valerosa herencia. ¿No traes cartas de favor para el archiduque?	75
<i>Rodrigo</i>	Sí; mas basta ser para mí...	80
<i>Chinchilla</i>	¿Pues de qué tienes temor?	
<i>Rodrigo</i>	No está el archiduque en Flandes.	85
<i>Chinchilla</i>	¡Muy buen despacho, por Dios, para no tener los dos un cuatrín!	
<i>Rodrigo</i>	Desdichas grandes me persiguen estos días. No hay remedio. ¿Qué he de hacer?	90
<i>Chinchilla</i>	Si pudiéramos comer desdichas tuyas y mías, no echáramos el dinero menos; porque con mandar a la huéspeda guisar cuatro desdichas, primero que aquellas se digirieran,	95

	si hay para ellas digestión, porque hubiera provisión, otras tantas acudieran, y comiéramos los dos desde hoy más nuestras desdichas.	100
<i>Rodrigo</i>	¿Tantas tengo?	
<i>Chinchilla</i>	A ser salchichas, a vernos viniera Dios.	
<i>Rodrigo</i>	No he de ser en todas partes desdichado.	
<i>Chinchilla</i>	Ni hay lugar donde no sepa llegar con sus agüeros un martes. Si caminaran a pie las desgracias, imagino que por huir las de un camino, no nos siguieran.	110
<i>Rodrigo</i>	No sé, aunque a Monblán he llegado, dónde me pueda hospedar.	
<i>Chinchilla</i>	Si no tienes que gastar, vamos al mesón del prado.	115
<i>Rodrigo</i>	¿Es tiempo de burlas éste?	
<i>Chinchilla</i>	¿Pues de qué quieres que sea?	
<i>Rodrigo</i>	Cuando algún noble me vea, podrá ser que dé o que preste.	120
<i>Chinchilla</i>	¿Preste aquí? ¡Vocablo extraño! Los negros lo entenderán que sirven al Preste-Juan. Un preste hace tanto daño como tiña o pestilencia. De “peste” a “preste” verás que hay una letra no más. En tan poca diferencia, nadie se querrá apestar	125



Comunidad
de Madrid

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,
CIENCIA Y UNIVERSIDADES

por prestar.

TEXTO Nº 22 - El castigo del penseque (2)

Autor: Tirso de Molina

Publicación original: Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1631.

Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ACTO SEGUNDO

ESCENA II

<i>Condesa</i>	Clavela.	
<i>Clavela</i>	Señora mía.	
<i>Condesa</i>	Después que en mi casa estás, y con tu presencia das tregua a mi melancolía, cuanto tú más la deshaces, más la aumentan mis cuidados, que en esta guerra engendrados, no admiten medios de paces.	1105
	Ninguna cosa me agrada.	1110
<i>Clavela</i>	No fueras tú tan prudente a no tener al presente pena de verte cercada.	1120
<i>Condesa</i>	(¡No lo estuviera yo más Aparte de alterados pensamientos, que, todos atrevimientos, no vuelven un paso atrás!) Sentémonos aquí un rato, pues contra agravios del sol nos sirve de quitasol el compuesto y verde ornato de estos jazmines y nuezas, que con apacibles lazos traen estos muros en brazos, formando calles y piezas.	1125
		1130

<i>Clavela</i>	En aqueste cenador hay sillas.	
<i>Condesa</i>	Siéntate en una.	
<i>Clavela</i>	No hagas a mi fortuna, señora, tanto favor. En el suelo estaré bien.	1135
<i>Condesa</i>	Gocemos de la llaneza, que alborota la grandeza de palacio. No nos ven criados que nos murmuren. Siéntate, Clavela, aquí.	1140
<i>Clavela</i>	Aunque no hay partes en mí que esta merced aseguren, por servirte, te obedezco.	1145
<i>Condesa</i>	¿Quieres bien a Pinabel?	
<i>Clavela</i>	Si he de tener dueño en él, y por tu mano merezco darle título de esposo, cuando impedimentos quite mi hermano que los permite, quererle bien es forzoso.	1150
<i>Condesa</i>	¿Forzoso dices? Amor no es perfecto, si es forzado. Si anduviera Amor armado, llevárase por rigor. Desnudo nos da señales que quien le ha de conquistar, Clavela, ha de pelear con él con armas iguales.	1155
<i>Clavela</i>	Si Casimiro advirtiera aqueso, no te cercara.	1160
<i>Condesa</i>	Es necio, pues no dudara que Amor, que espera se altera al ver espadas desnudas.	1165
<i>Clavela</i>	Sí, porque es de la paz dueño.	

<i>Condesa</i>	El ver a amor tan pequeño materia ha dado a mis dudas; porque siendo tan antiguo cuanto ha que el mundo es amante, ya pudiera ser gigante; pero después que averiguo que entra por la vista Amor, y que tan pequeña puerta la entrada hace más incierta, cuanto es el que entra mayor, no me causa espanto el ver que a ser niño Amor se aplica; pues se desnuda y achica, Clavela, para caber mejor, pequeño y desnudo, por entrada tan estrecha. Pues si el conde se aprovecha de las armas, cuando pudo dejar marciales despojos, y pide en la vista entrada, no es bien que entre con la espada, que me sacará los ojos. Amor, Clavela, es ladrón. Siempre se entra sin ruido, y así del conde atrevido venganza me dará Otón, en quien miro, te prometo, un gallardo capitán, un cortesano galán, un secretario discreto, y un... (¿Dónde vais? Deteneos, Aparte pensamientos mal nacidos, que os arrojáis atrevidos tras desbocados deseos, que os tienen de despeñar.)	1170 1175 1180 1185 1190 1195 A parte 1200
<i>Clavela</i>	Por la parte que me cabe de que vuexcelencia alabe mi hermano; a poderla dar la corona de Alemaña, honrándose en su cabeza, aumentara su grandeza; aunque después que de España vino Otón tan mejorado	1205

	en valor y cortesía, discrecion y gallardía, la merced con que le ha honrado vuexcelencia, la merece.	1210
<i>Condesa</i>	Es muy sazonado Otón. Muy buena conversación tiene... (Y muy bien me parece.) Aparte Holgárame de saber qué dama es la que entretiene sus penas, por ver si tiene tan buen gusto en escoger como en lo demás.	1215
<i>Clavela</i>	¿Quién duda que no querrá ser Otón en la mejor perfección imagen compuesta y muda? No creo que el pensamiento tan divertido tendrá, que algún tiempo no tendrá para algún atrevimiento digno de tan buen sujeto; pero Otón es tan callado, que hasta ahora no ha pagado censo a nadie su secreto. (Mucho se informa de Otón Aparte la Condesa, y la eficacia con que conserva su gracia, unos lejos de afición descubre de cuando en cuando. Celos, si sois adivinos, sospechando desatinos, la verdad vais apurando.)	1220 1225 1230 1235 1240
<i>Condesa</i>	(Mucho, Amor, manifestáis Aparte mi fuego; pues sois su centro. Alma, amad puertas adentro. ¿Para qué lo pregonáis? Pero sois fuego que apura verdades contra el sosiego, y diréis que nunca el fuego supo profesar clausura. Divertir quiero a Clavela; no sospeche que amo a Otón.)	1245 1250

	Si en materia de afición cursara el conde la escuela de cortesía, y dejara las armas, pudiera ser que mereciera vencer, y mi rigor se ablandara; que no me pareció mal cuando desde las almenas, dando vidas a sus penas, del muro hizo tribunal. Buen talle tiene.	1255
		1260
<i>Clavela</i>	(Eso sí.) Aparte ¿Qué, tan bien te pareció?	
<i>Condesa</i>	Después que el duque murió, no casarme prometí; pero esto de no tener herederos...	1265
<i>Clavela</i>	Deja achaques; que cuando sin ellos saques a luz tu amor, merecer puede el conde Casimiro que digas te ha desvelado más de una vez, y que has dado por él más de algún suspiro.	1270
<i>Condesa</i>	No tanto.	
<i>Clavela</i>	¿Por qué razón? ¿Hay más gallardo sujeto, más valiente, mas discreto?	1275
<i>Condesa</i>	Sí, Clavela.	
<i>Clavela</i>	¿Quién!	
<i>Condesa</i>	Otón.	
<i>Clavela</i>	¿Otón más que el conde? (¡Ay cielos!) Aparte	
<i>Condesa</i>	(Desvelos, ¿queréis callar? Aparte ¿Qué? ¿No os puedo refrenar?)	
<i>Clavela</i>	(Despertad otra vez, celos.) Aparte	1280

<i>Condesa</i>	Si ello va a decir verdad, bien quiero al conde, Clavela. Lo demás todo es cautela. Yo le tengo voluntad, y si desdén he finjido es porque el conde en rigor no diga, pudiendo Amor, que Marte me dio marido. Esto solo me hace esquiva, pues si me viene a vencer, no me tendrá por mujer sino sólo por cautiva. Por esto deseo que Otón le venza y traiga a mis ojos, y entre soberbios despojos humille su presunción. Podrá ser que entonces pruebe dichas, que ahora no es justo; porque agradezca a mi gusto lo que a sus armas no debe. Esto es verdad, en rigor.	1285
<i>Clavela</i>	Tu deseo veas cumplido.	
<i>Condesa</i>	No piense, si no es vencido, verse el conde vencedor.	
<i>Clavela</i>	(Alguna satisfacción Aparte tenéis ya, niño tirano. ¡Que me dé celos mi hermano!)	1305
<i>Condesa</i>	(¡Que quiera yo bien a Otón!) Aparte	

TEXTO Nº 23 - El vergonzoso en palacio (1)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Undécima Edición ; Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

(Sale Mireno, galán, y dice de rodillas)

<i>Mireno</i>	Aunque ha sido atrevimiento el venir a la presencia, señora, de vuexcelencia mi poco merecimiento, ser agradecido trato al recibido favor; porque el pecado mayor es el que hace un hombre ingrato. Por haber favorecido de un desdichado la vida -que al noble es deuda debida- me vi preso y perseguido; pero en la misma moneda me pagó el cielo, sin duda, pues libre, con vuestra ayuda, mi vida, señora, queda.	125
	¿Libre dije? Mal he hablado; que el noble, cuando recibe, cautivo y esclavo vive, que es lo mismo que obligado; y, ojalá mi vida fuera tal que, si esclava quedara, alguna parte pagara desta merced, que ella hiciera excesos; pero, entre tantas que mi humildad envilecen y como esclavos ofrecen sus cuellos a vuestras plantas, a pagar con ella vengo la mucha deuda en que estoy;	130
	que no os debo más si os doy, gran señora, cuanto tengo.	135
		140
		145
		150

<i>Madal</i>	Levantaos del suelo.	
<i>Mireno</i>	Así estoy, gran señora, bien.	
<i>Madal</i>	Haced lo que os digo. (<i>Aparte.</i>) ¿Quién me ciega el alma? ¡Ay de mí! ¿Sois portugués?	155
<i>Mireno</i>	(<i>Levántase.</i>) Imagino que sí.	
<i>Madal</i>	¿Que lo imagináis? ¿Desa suerte incierto estáis de quién sois?	
<i>Mireno</i>	Mi padre vino al lugar adonde habita, y es de alguna hacienda dueño, trayéndome muy pequeño; mas su trato lo acredita. Yo creo que en Portugal nacimos.	160
<i>Madal</i>	¿Sois noble?	165
<i>Mireno</i>	Creo que sí, según lo que veo en mi honrado natural, que muestra más que hay en mí.	
<i>Madal</i>	Y ¿darán las obras vuestras, si fuere menester, muestras que sois noble?	170
<i>Mireno</i>	Creo que sí. Nunca de hacellas dejé.	
<i>Madal</i>	Creo, decís a cualquier punto. ¿Creéis, acaso, que os pregunto artículos de la fe?	175
<i>Mireno</i>	Por la que debe guardar a la merced recibida	

	de vuexcelencia mi vida, bien los puede preguntar, que mi fe su gusto es.	180
<i>Madal</i>	¡Qué agradecido venís! ¿Cómo os llamáis?	
<i>Mireno</i>	Don Dionís.	
<i>Madal</i>	Ya os tengo por portugués y por hombre principal; que en este reino no hay hombre humilde de vuestro nombre, porque es apellido real; y sólo el imaginaros por noble y honrado ha sido causa que haya intercedido con mi padre a libertaros.	185
<i>Mireno</i>	Deudor os soy de la vida.	190
<i>Madal</i>	Pues bien: ya que libre estáis, ¿qué es lo que determináis hacer de vuestra partida? ¿Dónde pensáis ir?	195
<i>Mireno</i>	Intento ir, señora, donde pueda alcanzar fama que exceda a mi altivo pensamiento; sólo aquesto me destierra de mi patria.	200
<i>Madal</i>	¿En qué lugar pensáis que podéis hallar esa ventura?	
<i>Mireno</i>	En la guerra, que el esfuerzo hace capaz para el valor que procuro.	205
<i>Madal</i>	Y ¿no será más seguro que la adquiráis en la paz?	
<i>Mireno</i>	¿De qué modo?	

<i>Madal</i>	Bien podéis granjealle si dais traza que mi padre os dé la plaza de secretario, que veis que está vaca agora, a falta de quien la pueda suplir.	210
<i>Mireno</i>	No nació para servir mi inclinación, que es más alta.	215
<i>Madal</i>	Pues cuando volar presuma, las plumas la han de ayudar.	
<i>Mireno</i>	¿Cómo he de poder volar con solamente una pluma?	220
<i>Madal</i>	Con las alas del favor; que el vuelo de una privanza mil imposibles alcanza.	
<i>Mireno</i>	Del privar nace el temor, como muestra la experiencia; y tener temor no es justo.	225
<i>Madal</i>	Don Dionís: este es mi gusto.	
<i>Mireno</i>	¿Gusto es de vuesa excelencia que sirva el duque? Pues, alto: cúmplase, señora, ansí, que ya de un vuelo subí al primer móvil más alto. Pues, si en esto gusto os doy, ya no hay que subir más arriba: como el duque me reciba, secretario suyo soy. Vos, señora, lo ordenad.	230
<i>Madal</i>	Deseo vuestro provecho, y ansí lo que veis he hecho; que, ya que os di libertad, pesárame que en la guerra la malograraís; yo haré cómo esta plaza se os dé por que estéis en nuestra tierra.	235
		240



<i>Mireno</i>	Mil años el cielo guarde tal grandeza.	245
<i>Madal</i>	(<i>Aparte.</i>) Honor: huir; que revienta por salir, por la boca, amor cobarde.	(<i>Vase</i>)
<i>Mireno</i>	Pensamiento: ¿en qué entendéis? Vos, que a las nubes subís, decidme: ¿qué colegís de lo que aquí visto habéis? Declaraos, que bien podéis. Decidme: tanto favor ¿nace de sólo el valor que a quien es honra ennoblecen, o erraré si me parece que ha entrado a la parte amor? ¡Jesús! ¿qué gran disparate! Temerario atrevimiento	250
	es el vuestro, pensamiento; ni se imagine ni trate: mi humildad el vuelo abate con que sube el deseo vario; mas, ¿por qué soy temerario	255
	si imaginar me prometo que me ama en lo secreto quien me hace su secretario? ¿No estoy puesto en libertad por ella? Y, ya sin enojos,	260
	por el balcón de sus ojos, ¿no he visto su voluntad? Amor me tiene. –Callad,	265
	lengua loca; que es error imaginar que el favor que de su nobleza nace,	270
	y generosa me hace, está fundado en amor. Mas el desear saber	275
	mi nombre, patria y nobleza, ¿no es amor? Esa es bajeza. Pues alma, ¿qué puede ser?	280
	Curiosidad de mujer. Sí; mas ¿dijera, alma, advierte,	285
	a ser eso desa suerte sin reinar amor injusto:	



«don Dionís, este es mi gusto»?
Este argumento, ¿no es fuerte?
Mucho: pero mi bajeza
no se puede persuadir
que vuela y llegue a subir
al cielo de tal belleza;
pero ¿cuándo hubo flaqueza
en mi pecho? Esperar quiero;
que siempre el tiempo ligero
hace lo dudoso cierto;
pues mal vivirá encubierto
el tiempo, amor y dinero.

290

295

TEXTO Nº 24 - El vergonzoso en palacio (2)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Sexta Edición ; Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO II (*Escena entre Juana y Serafina*)

(*Sale doña Serafina, vestida de hombre; el vestido sea negro, y con ella doña Juana*)

Juana ¿Qué aquesto de veras haces?
¿Que en verte así no te ofendas?

Serafina Fiestas de Carnestolendas
todas paran en disfraces.
Deséome entretenér
deste modo; no te asombre
que apetezca el traje de hombre,
ya que no lo puedo ser.

Juana Paréceslo de manera,
que me enamoro de ti. 740
En fin, ¿esta noche es?

Serafina Sí.

Juana A mí más gusto me diera
que te holgaras de otros modos,
y no con representar.

Serafina No me podrás tú juntar,
para los sentidos todos
los deleites que hay diversos,
como en la comedia. 745

Juana Calla.

Serafina ¿Qué fiesta o juego se halla,
que no le ofrezcan los versos?
En la comedia, los ojos 750



¿no se deleitan y ven
mil cosas que hacen que estén
olvidados tus enojos?
La música, ¿no recrea
el oído, y el discreto
no gusta allí del conceto
y la traza que desea?
Para el alegre, ¿no hay risa?
Para el triste, ¿no hay tristeza?
Para el agudo, ¿agudeza?
Allí el necio, ¿no se avisa?
El ignorante, ¿no sabe?
¿No hay guerra para el valiente,
consejos para el prudente,
y autoridad para el grave?
Moros hay, si quieres moros;
si apetecen tus deseos
torneos, te hacen torneos;
si toros, correrán toros.
¿Quieres ver los epitetos
que de la comedia he hallado?
De la vida es un traslado,
sustento de los discretos,
dama del entendimiento,
de los sentidos banquete,
de los gustos ramillete,
esfera del pensamiento,
olvido de los agravios,
manjar de diversos precios,
que mata de hambre a los necios
y satisface a los sabios.
Mira lo que quieres ser
de aquestos dos bandos.

Juana Digo
que el de los discretos sigo,
y que me holgara de ver
la farsa infinito. 785

Serafina En ella
¿cuál es lo malo que sientes?

Juana Sólo que tú representes.

Serafina ¿Por qué, si sólo han de vella 790

mi hermana y sus damas? Calla;
de tu mal gusto me admiro.

<i>Antonio</i>	Suspenso, las gracias miro con que habla; a retratalla comienza, si humana mano al vivo puede copiar la belleza singular de un serafín.	795
<i>Pintor</i>	Es humano; bien podré.	
<i>Antonio</i>	Pues ¿no te admiras de su vista soberana?	800
<i>Serafina</i>	El espejo, doña Juana; tocaréme.	
<i>Juana</i>	(<i>Trae un espejo.</i>) Si te miras en él, ten, señora, aviso, no te enamores de ti.	
<i>Serafina</i>	¿Tan hermosa estoy ansí?	805
<i>Juana</i>	Temo que has de ser Narciso.	
<i>Serafina</i>	¡Bueno! Desta suerte quiero los cabellos recoger, por no parecer mujer cuando me quite el sombrero: pon el espejo. ¿A qué fin le apartas?.	810
<i>Juana</i>	Porque así impido a un pintor que está escondido por copiarte en el jardín.	
<i>Serafina</i>	¿Cómo es eso?	
<i>Pintor</i>	¡Vive Dios, que aquesta mujer nos vende! Si el duque acaso esto entiende, medrado habemos los dos.	815



<i>Serafina</i>	¿En el jardín hay pintor?	
<i>Juana</i>	Sí: deja que te retrate.	820
<i>Antonio</i>	¡Cielos! ¿Hay tal disparate?	
<i>Serafina</i>	¿Quién se atrevió a eso?	
<i>Juana</i>	Amor, que, como en Chipre, se esconde enamorado de tí por retratarte.	

TEXTO Nº 25 - El vergonzoso en palacio (3)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Undécima Edición ; Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

(Salen doña Madalena y Mireno)

<i>Madal</i>	Mi maestro habéis de ser desde hoy.	1075
<i>Mireno</i>	¿Qué ha visto en mí, vuestra excelencia, que así me procura engrandecer? Dará licción al maestro el discípulo desde hoy.	1080
<i>Madal</i>	<i>(Aparte.)</i> ¡Qué claras señales doy del ciego amor que le muestro!	
<i>Mireno</i>	<i>(Aparte.)</i> ¿Qué hay que dudar, esperanza? Esto ¿no es tenerme amor? Dígallo tanto favor, muéstrela tanta privanza. Vergüenza: ¿por qué impedís la ocasión que el cielo os da? Daos por entendido ya.	1085
<i>Madal</i>	Como tengo, don Dionís, tanto amor...	1090
<i>Mireno</i>	<i>(Aparte.)</i> ¡Ya se declara, ya dice que me ama, cielos!	
<i>Madal</i>	... al conde de Vasconcelos, antes que venga, gustara, no sólo hacer buena letra, pero saberle escribir, y por palabras decir lo que el corazón penetra;	1095

que el poco uso que en amar
tengo, pide que me adiestre
esta experiencia y, me muestre
cómo podré declarar
lo que tanto al alma importa,
y el amor mismo me encarga;
que soy en quererle larga,
y en significarlo corta.
En todo os tengo por diestro;
y así, me habéis de enseñar
a escribir, y a declarar
al conde mi amor, maestro. 1110

Mireno (Aparte.) ¿Luego no fue en mi favor,
pensamiento lisonjero,
sino porque sea tercero
del conde? ¿Veis, loco amor?

cuán sin fundamento y fruto
torres habéis levantado
de quimeras, que ya han dado
en el suelo? Como el bruto
en esta ocasión he sido,
en que la estatua iba puesta,
haciéndola el pueblo fiesta,
que loco y desvanecido
creyó que la reverencia,
no a la imagen que traía,
sino a él sólo se hacía;
y con brutal impaciencia
arrojalla de sí quiso
hasta que se apaciguó
con el castigo, y cayó
confuso en su necio aviso. 1115

¿Así el favor corresponde
con que me he desvanecido?
Basta; que yo el bruto he sido,
y la estatua es sólo el conde.
Bien puedo desentonarme,
que no es la fiesta por mí. 1120

Madal (Aparte.) Quise deslumbrarle así;
que fue mucho declararme.
Mañana comenzaréis,
maestro, a darme licción. 1125

1130

1135

1140

<i>Mireno</i>	Servirte es mi inclinación.	
<i>Madal</i>	Triste estáis.	
<i>Mireno</i>	¿Yo?	
<i>Madal</i>	¿Qué tenéis?	
<i>Mireno</i>	Ninguna cosa.	
<i>Madal</i>	(Aparte.) Un favor me manda amor que le dé. (<i>Tropieza y dala la mano Mireno</i>) ¡Válgame Dios! Tropecé... (Aparte.) Que siempre tropieza amor. El chapín se me torció.	1145
<i>Mireno</i>	(Aparte.) ¡Cielos! ¿Hay ventura igual? ¿Hízose acaso algún mal vueselencia?	
<i>Madal</i>	Creo que no.	1150
<i>Mireno</i>	¿Qué la mano la tomé?	
<i>Madal</i>	Sabed que al que es cortesano le dan, al darle una mano, para muchas cosas pie,	(<i>Vase</i>)
<i>Mireno</i>	«¡Le dan, al darle una mano, para muchas cosas pie!» De aquí, ¿qué colegiré? Decid, pensamiento vano: en aquesto, ¿pierdo o gano? ¿Qué confusión, qué recélos son aquestos? Decid, cielos: ¿esto no es amor? Mas no, que llevo la estatua yo del conde de Vasconcelos. Pues ¿qué enigma es darme pie la que su mano me ha dado? Si sólo el conde es amado, ¿qué es lo que espero? ¿Qué sé? Pie o mano, decid, ¿por qué dais materia a mis desvelos?	1155 1160 1165 1170



Confusión, amor, recelos,
¿soy amado? Pero no,
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.

El pie que me dio será
pie para darla licción
en que escriba la pasión
que el conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
basta ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si a los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.

1175

1180

TEXTO Nº 26 - El vergonzoso en palacio (4)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO TERCERO

(Sale doña Juana)

Juana Don Dionís, señora, viene
a darle licción.

Madal *(Aparte.)* A dar
licción vendrá de callar,
pues aun palabras no tiene.
De suerte me trata amor
que mi pena no consiente
más silencio; abiertamente
le declararé mi amor,
contra el común orden y uso;
mas tiene de ser de modo
que diciéndoselo todo,
le he de dejar más confuso.

445

450

*(Siéntase en una silla; finge que duerme,
y sale Mireno, descubierto.)*

Mireno ¿Qué manda vuestra excelencia?
¿Es hora de dar licción?
(Aparte.) Ya comienza el corazón
a temblar en su presencia.
Pues que calla, no me ha visto;
sentada sobre la silla,
con la mano en la mejilla
está.

455

Madal *(Aparte.)* En vano me resisto:
yo quiero dar a entenderme
como que dormida estoy.

460



Mireno

Don Dionís, señora, soy.
¿No me responde? Sí duerme,
durmiendo está. Atrevimiento,
agora es tiempo; llegad
a contemplar la beldad
que ofusca mi entendimiento.
Cerrados tiene los ojos,
llegar puedo sin temor;
que, si son flechas de amor,
no me pondrán dar enojos.
¿Hizo el Autor soberano
de nuestra naturaleza
más acabada belleza?
Besarla quiero una mano.
¿Llegaré? Sí; pero no;
que es la reliquia divina,
y mi humilde boca, indina
de tocalla. ¡Pero yo
soy hombre y tiemblo! ¿Qué es esto?
Animo. ¿No duerme? Sí.

465

470

475

480

(Llega y retírase)

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí,
que el peligro es manifiesto,
y moriré si recuerda
hallándome deste modo.
Para no perderlo todo,
bien es que esto poco pierda.
El temor al amor venza:
afuera quiero esperar.

485

490

Madal

(Aparte.) ¡Que no se atrevió a llegar!
¡Mal haya tanta vergüenza!

Mireno

No parezco bien aquí
solo, pues durmiendo está.
Yo me voy.

Madal

(Aparte.) ¿Qué al fin se va?

495

(Como que duerme)

Don Dionís...

<i>Mireno</i>	¿Llamóme? Sí. ¡Qué presto que despertó! Miren, ¡qué bueno quedara si mi intento ejecutara! ¿Está despierta? Mas no; que en sueños pienso que acierta mi esperanza entretenida; y quien me llama dormida, no me quiere mal despierta. ¿Si acaso soñando está en mí? ¡Ay, cielos! ¿quién supiera lo que dice?	500
<i>Madal</i>	(<i>Como que duerme.</i>) No os vais fuera; llegaos, don Dionís, acá.	505
<i>Mireno</i>	Llegar me manda su sueño. ¡Qué venturosa ocasión! Obedecella es razón, pues, aunque duerme, es mi dueño. Amor: acabad de hablar; no seáis corto.	510
<i>Madal</i>	(<i>Todo lo que hablare ella es como entre sueños.</i>) Don Dionís: ya que a enseñarme venís a un tiempo a escribir y amar al conde de Vasconcelos...	515
<i>Mireno</i>	¡Ay, celos! ¿Qué es lo que veis?	
<i>Madal</i>	Quisiera ver si sabéis qué es amor y qué son celos; porque será cosa grave que ignorante por vos quede, pues que ninguno otro puede enseñar lo que no sabe. Decidme: ¿tenéis amor? ¿De qué os ponéis colorado? ¿Que vergüenza os ha turbado? Responded, dejá el temor; que el amor es un tributo y una deuda natural en cuantos viven, igual desde el ángel hasta el bruto.	520 525 530

*(Ella misma se pregunta y responde
como que duerme.)*

Si esto es verdad, ¿para qué
os avergonzáis así?

¿Queréis bien? — Señora: sí— .
¡Gracias a Dios que os saqué
una palabra siquiera!

535

Mireno

¡Hay sueño más amoroso?
¡Oh, mil veces venturoso
quien le escucha y considera!
Aunque tengo por más cierto
que yo solamente soy
el que soñándolo estoy;
que no debo estar despierto.

540

Madal

¿Ya habéis dicho a vuestra dama
vuestro amor? — No me he atrevido— .

545

¿Luego nunca lo ha sabido?
— Como el amor todo es llama,
bien lo habrá echado de ver
por los ojos lisonjeros,
que son mudos pregoneros—.

550

La lengua tiene de hacer
ese oficio, que no entiende
distintamente quien ama
esa lengua que se llama
algarabía de aliende.

555

¿No os ha dado ella ocasión
para declararos? — Tanta,
que mi cortedad me espanta—
Hablad, que esa suspensión
hace a vuestro amor agravio.

560

— Temo perder por hablar
lo que gozo por callar—.
Eso es necedad, que un sabio
al que calla y tiene amor
compara a un lienzo pintado

565

de Flandes que está arrollado.
Poco medrará el pintor
si los lienzos no descoge
que al vulgo quiere vender
para que los pueda ver.

570

El palacio nunca acoge

la vergüenza; esa pintura

desdoblad, pues que se vende,
que el mal que nunca se entiende
dificilmente se cura. 575

— Sí; mas la desigualdad
que hay, señora, entre los dos
me acobarda—. Amor ¿no es dios?

— Sí, señora — . Pues hablad,
que sus absolutas leyes
saben abatir monarcas
y igualar con las abarcas
las coronas de los reyes.

Yo os quiero por medianera, 585
Decidme a mí a quién amáis.

— No me atrevo—. ¿Qué dudáis?
¿Soy mala para tercera?

— No; pero temo, ¡ay de mí!—
¡Y si yo su nombre os doy? 590
¿Diréis si es ella si soy
yo acaso? — Señora, sí — .
¡Acabara yo de hablar!

¿Más que sé que os causa celos
el conde de Vasconcelos? 595

— Háceme desesperar;
que es, señora, vuestro igual
y heredero de Berganza — .
La igualdad y semejanza
no está en que sea principal,
o humilde y pobre el amante, 600
sino en la conformidad
del alma y la voluntad.

Declaraos de aquí adelante,
don Dionís; a esto os exhorto,
que en juegos de amor no es cargo
tan grande un cinco de largo
como es un cinco de corto.

Días ha que os preferí
al conde de Vasconcelos. 610

Mireno ¡Qué escucho, piadosos cielos!

*(Da un grito Mireno y hace que despierte
doña Madalena)*

Madal ¡Ay, Jesús! ¿Quién está aquí?
¿Quién os trujo a mi presencia,

	don Dionís?	
<i>Mireno</i>	Señora mía...	
<i>Madal</i>	¿Qué hacéis aquí?	
<i>Mireno</i>	Yo venía a dar a vuestra excelencia lición; halléla durmiendo, y mientras que despertaba, aquí, señora, aguardaba.	615
<i>Madal</i>	Dormíme, en fin, y no entiendo de qué pudo sucederme, que es gran novedad en mí quedarme dormida así. (<i>Levántase</i>)	620
<i>Mireno</i>	Si sueña siempre que duerme vuestra excelencia del modo que agora, ¡dichoso yo!	625
<i>Madal</i>	(<i>Aparte.</i>) ¡Gracias al cielo que habló este mudo!	
<i>Mireno</i>	(<i>Aparte.</i>) Tiemblo todo.	
<i>Madal</i>	¿Sabéis vos lo que he soñado?	
<i>Mireno</i>	Poco es menester saber para eso.	630
<i>Madal</i>	Debéis de ser otro Josef.	
<i>Mireno</i>	Su traslado en la cortedad he sido, pero no en adivinar.	
<i>Madal</i>	Acabad de declarar cómo el sueño habéis sabido.	635
<i>Mireno</i>	Durmiendo, vuestra excelencia, por palabras le ha explicado.	
<i>Madal</i>	¡Válame Dios!	

<i>Mireno</i>	Y he sacado en mi favor la sentencia, que falta ser confirmada, para hacer mi dicha cierta, por vueselencia despierta.	640
<i>Madal</i>	Yo no me acuerdo de nada. Decídmelo; podrá ser que me acuerde de algo agora.	645
<i>Mireno</i>	No me atrevo, gran señora.	
<i>Madal</i>	Muy malo debe de ser, pues no me lo osáis decir.	
<i>Mireno</i>	No tiene cosa peor que haber sido en mi favor.	650
<i>Madal</i>	Mucho lo deseo oír; acabad ya, por mi vida.	
<i>Mireno</i>	Es tan grande el juramento, que anima mi atrevimiento, Vuestra excelencia dormida... Tengo vergüenza.	655
<i>Madal</i>	Acabad, que estáis, don Dionís, pesado.	
<i>Mireno</i>	Abiertamente ha mostrado que me tiene voluntad.	660
<i>Madal</i>	¿Yo? ¿Cómo?	
<i>Mireno</i>	Alumbró mis celos, y en sueños me ha prometido...	
<i>Madal</i>	¿Sí?	
<i>Mireno</i>	Que he de ser preferido al conde de Vasconcelos.	

TEXTO Nº 27 - Marta la Piadosa

Autor: Tirso de Molina
Edición: Antonio Prieto
Editorial: Biblioteca Nueva; 1997; Madrid

ACTO I

ESCENA I

(Sala en casa de don Gómez, en Madrid.)

(Doña Marta, sola, de luto galán)

Doña Marta El tardo buey atado a la coyunda
la noche espera y la cerviz levanta,
y el que tiene el cuchillo a la garganta
en alguna esperanza el vivir funda.
Espera la bonanza, aunque se hunda, 5
la nave a quien el mar bate y quebranta:
Sólo el infierno causa pena tanta
porque dél la esperanza no redunda.
Es común este bien a los mortales,
pues quien más ha alcanzado, más espera, 10
y a veces el que espera, al fin alcanza.
Mas a mí la esperanza de mis males
de tal modo me alige y desespera,
que no puedo esperar ni aun esperanza.

Doña Lucía *(Para sí)* Que no puedo esperar ni aun esperanza, 15
me dice la fortuna, aunque inconstante.
Lloro un hermano muerto, y un amante
de su vida homicida y mi confianza.
Esperar vida a un muerto, ¿quién lo alcanza?
Esperar que en la ausencia sea constante 20
amor, es esperanza de ignorante;

que es huésped de la ausencia la mudanza.

Al homicida de mi hermano adoro.

¡Ved si se iguala a mi tormento alguno,
pues amo, aborreciendo juntamente!

25

Dos muertos, aunque el uno vive, lloro;
que si la ausencia es muerte, todo es uno.

Un hermano muerto y un amante ausente.

Doña Marta

¿Quién materias a tus quejas,
que tantas formas, sin ver
que sabe el temor poner
a las paredes orejas?

30

Doña Lucía

¿Y por quién las tuyas son,
que de escuchar tus fatigas,
a llorar las mías me obligas,
hermana, a tu imitación?

35

Doña Marta

¿Fáltame causa? ¿Es en vano
la pena que me ha afigido?
¿No he de llorar si he perdido
todo el bien con un hermano?

40

Doña Lucía

¿Pues salgo del cuarto grado
dese parentesco yo?
¿O acaso no se murió
para mí, que te ha pesado
de que le llore mal muerto,
cuando bien le quise vivo?

45

Doña Marta

¡Qué diferente, motivo
de llanto a tu desconcierto!
Todo, hermana, se me alcanza:
no dan tus ojos tributo
a muertos, ni son de luto
lágrimas con esperanza;
porque ellas mismas publican,

50

por más que lo has encubierto,
que doblando por un muerto,
por otro vivo repican.
Ya sé por quién es el llanto.

55

Doña Lucía Así como cree el ladrón,
que son de su condición:
creslo tú; no me espanto
que imagines disparates,
que ha tanto pasan en ti.

60

Doña Marta ¿Tan boba te parecí,
por más que encubrirte trates,
que jamás eché de ver
lo que a Don Felipe quieres?
Siempre somos las mujeres,
si lo pretendes saber,
mucho más largas de vista
que los hombres: penetramos
las almas cuando miramos,
sin que el cuerpo lo resista.
A Eva crió después
Dios que a Adán, y aunque postrera,
fue en ver la fruta, primera,
de tan costoso interés.
No pienses, Doña Lucía,
que has de poder esconder
tu amor, porque soy mujer,
y veo mucho.

65

70

75

Doña Lucía Hermana mía,
¿tiénesme por hombre a mí,
o miro con cataratas,
que por lince te retratas,
y a mí por topo? Si a ti
te parece que penetras
los corazones, también

80

85

creo yo que mis ojos ven
las más escondidas letras.
No culpes, hermana, al muerto,
pues solamente es deudor
Don Felipe, el matador,
dese llanto. 90

Doña Marta ¡Bien por cierto!
 ¿Luego quise yo jamás
 a Don Felipe?

Doña Lucía ¡Jesús!
 ¿Querer? ¡Bonita eres tú!
 Hasle aborrecido más
 que el tordo a las guindas. Eso
 ¿no es claro? ¿Eres tú mujer
 que a nadie había de querer?
 Tú no eres de carne y hueso. 100

Doña Marta A lo menos fuera afrenta
 que amara yo a quien de ti
 es amado.

Doña Lucía ¿Cómo así?

Doña Marta Porque no es hombre de cuenta
 en quien tú los ojos pones;
 y cuando tenga valor,
 sólo por tenelle amor
 tú, le pierde[s]. 105

Doña Lucía Mil razones
 te sobran.

Doña Marta Y en conclusión,
 ya sabes lo que perdiera,
 si elección de mi amor hiciera 110

de quien tú haces elección;
porque dijeren de mí,
teniéndote, aun quien te precia
y sirve, por fría y necia,
que me parecía a ti.

115

Doña Lucía

Soy yo la misma frialdad,
y eres tú el mismo calor.
Andan perdidos de amor
los hombres por tu beldad.

120

Eres un sol en el talle,
y hasle parecido en todo
de tal suerte, que del modo
que ninguna osa miralle,
porque ciega el resplandor
que visten sus rayos rojos;
nadie pone en ti los ojos,
porque los ciegas de amor
y así, aunque abrasa y admira
tu hermosura de mil modos,
como el sol te alaban todos;
pero ninguno te mira,
porque ninguno hasta agora
hace de servirte caso.

125

Yo que ni quemo ni abraso,
ni soy sol, ni soy aurora,
de tu discreción me río;
pues con ser menos perfecta,
no tan hermosa y discreta;
por más que yelo y enfriío,
tengo muchos pretendientes,
que a pesar de tu beldad,
estiman más mi frialdad
que no tus rayos ardientes.

130

135

140

Doña Marta

Serán amantes felpados,
destos rubios moscateles,

145

que para que no los yeles,
irán a verte forrados;
porque como cada día
truecan las cosas los cielos, 150
y ya se venden los hielos,
estimárante por fría.
Mas qué dices ¿que también
don Felipe te adoraba,
y con tu nieve templaba 155
su fuego? ¿Quísote bien?

Doña Lucía Así le quisiera yo.

Doña Marta ¿Que no le quieres?

Doña Lucía Ni es justo
gastar el tiempo y el gusto
con quien sabes que mató 160
a mi hermano; antes deseo
que la justicia castigue
su crueldad, porque mitigue
la pena que nunca creo
ha de tener fin en mí. 165

VALLE INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL

TEXTO Nº 28 - La Marquesa Rosalinda (1)

Autor: Valle Inclán, Ramón María del

Edición: 1961, Colección Austral

Editorial: Espasa Calpe

JORNADA SEGUNDA

Amaranta ¡Marquesa Rosalinda, hay dos círculos rojos,
de amor o de dolor, en torno de tus ojos!

Rosalinda Me lavaré en la fuente, para que no los vea
mi galán. He llorado, y eso me pone fea.

Amaranta Si amor te hace llorar no le hagas acogida,
porque amor ha de ser primavera florida.

Rosalinda Mi amor corta sus flechas por huertos de rosales,
y cuando vuelan, cantan alondras matinales.

Amaranta ¿Tus lágrimas entonces, qué las motiva?

Rosalinda Pues
los celos que esta luna le entraron al Marqués.
Pretende que me vista con saya de estameña,
y que me ponga tocas y espejuelos de dueña,
y que rece trisagios y suspire con flato.

Amaranta ¡Pero se ha vuelto loco!

Rosalinda ¡Siempre fue un mentecato!

Amaranta Recuerdo que otro tiempo le vendabas los ojos.

Rosalinda ¡Nunca! Pero él sabía respetar mis antojos.
Se constipaba entrando en mis habitaciones,
sonaba en la tarima la caña y los tacones,

me besaba la mano... ¡Mirándose al espejo
todo lo comprendía! Y al encontrarse viejo,
me hablaba en su gabacho, llamándome de vos.

Amaranta ¡Se ha visto al gentilhombre en el golpe de los!
¡Bien dicen que Versalles de Francia sabe hacer
cortesano al marido, si es linda la mujer!

Rosalinda Pues de un brinco ha pasado con su borla de estoico
doctorado en Versalles, a castellano heroico.
¡Por mí, jamás temblara de su venganza!... Pero
tiemblo al puñal, que puede comprarse con dinero
para llevar la muerte a quien me da la vida!

Amaranta ¿Tú sabes?

Rosalinda Sé que anda la traición escondida.

Amaranta Mientras tú no peligres, buena va la traición,
y el Santísimo Padre mejore la ocasión.

Rosalinda Si el corazón que adoro pasan traidores filos,
has de ver de mi pecho manar la sangre a hilos.
Me apagaré al suspiro de Arlequín, como luz
que apaga misterioso viento, al pie de una cruz.
¡El mismo golpe puede pasar dos corazones!
Si en el pecho del uno tiene el otro prisiones!

Amaranta No dejes que se vaya el corazón de tuna.
Más que al rayo de sol teme al claro de luna.

Rosalinda Con un vuelo y un canto se remontó de mí.
No recuerdo si fue que le presté o le di.

Amaranta ¿Y no has vuelto a sentirle?

Rosalinda A veces un momento...
Pero es cuando Arlequín me abraza en pensamiento.

Amaranta ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Deja que me santigüe!
¡Que le tengas en prenda y Arlequín lo atestigüe!
¿Te lo mima siquiera? ¿Lo salta en las rodillas?
¿Lo lleva galopando a las Siete Cabrillas?
¿Te lo canta, y lo mece con balancín de cuna?
¿Cuando llora, de un hilo le hace bailar la luna?

Rosalinda

Lo lleva por los prados a cazar mariposas,
y lo explica el divino misterio de las rosas
y las aves. Le canta la canción de los pinos,
aprendida en el tiempo que iba por los caminos:
¡Cuando en tardes calinas, embriagado de azul,
se tornaban doradas cúpulas de Estambul,
Los viejos palomares, con palomos zahareños,
las torres derruidas, con nidos de cigüeños!
¡Cuando encantó las penas de su vivir errante,
el carro, con su lento vaivén alucinante.
Y el clarín de los gallos y el volar de las hadas
oía en el dormido corral de las posadas,
descubriendo el arcano secreto de las cosas
que parecen vulgares y son maravillosas!

Amaranta

¡Vuelve en ti! ¿Con qué ensalmo podrás hacer coraza
seguro de la vida que el puñal amenaza?
¿No te ocurrió pedirle a armero de Milán
una cotilla para defensa del galán?

Rosalinda

¡Espero que me rapte!

Amaranta

¿Y el señor Arlequín
qué hace?

Rosalinda

Lo medita sin decidirse al fin.
A mi ruego responde que el caballo cojea
Y que nos prenderían en la primera aldea.

Amaranta

¡Raptada una Marquesa en carro de farsantes!
¡Saldrás en las historias para ejemplo de amantes!
Ciegos y bululúes cantarán tu rabona
en romances de jácara y en coplas de chacona.

Rosalinda

Fue en Grecia donde un día, oyendo a las cigarras
entre espigas de oro y bajo verdes parras,
cantar, cantaba un ciego con ritmos soberano,
El divino romance de Elena y del Troyano.
¡Deja que mi alma vuele como una mariposa
que saliese del húmedo socavón de una fosa!
Mi alma, que de vieja se moría, Amaranta,
y que en dos leves alas ahora se levanta,
entregándose al soplo matinal de las brisas,
perfumadas de nardos y musical de risas.

Deja que se columpie en el rayo de luna,
y en el rayo de sol, y sobre la laguna,
y en todos los ramajes que dan sombra al jardín,
y en la capa y en los plumajes de Arlequín.

Amaranta Marquesa Rosalinda, que le hurtas al bufete
de Colombina, el naípe pringado en colorete,
qué meriendas tan ricas, de pan y de cebolla,
harás con la Farándula, si el carro no se atolla
en medio de una senda.

Rosalinda No te pongas prosaica.
Cuando cruzó el desierto con hambre y sed, la hebraica
tribu, la luna ahilaba en la noche serena,
Benéfico maná sobre la ardiente arena.

Amaranta ¿Y esperas que del Cielo te llegue la merienda
en el pico de una paloma de leyenda?

Rosalinda Amaranta burlona, si la estrella de amor
nos alumbría la senda, un divino sabor
de miel, encontraremos en la hogaza centena
Que parta el mesonero al servirnos la cena.

Amaranta ¡Cómo devana rayos de sol tu fantasía!
Debes probar a darte un baño de agua fría.

Rosalinda Fuentes, mares y ríos no calman mis afanes.
En las azules minas estallan los volcanes.

Amaranta Bien hace tu marido queriéndote llevar
a un convento.

Rosalinda ¡Abrenuncio!

Amaranta ¡Estás loca de atar!
Y he de hacerte un sermón de padre capuchino.

Rosalinda Deja girar al viento las aspas del molino.



TEXTO Nº 29 - La Marquesa Rosalinda (2)

Autor: Valle Inclán, Ramón María del
Edición: 1961, Colección Austral
Editorial: Espasa Calpe

JORNADA SEGUNDA

- Arlequín* Señora, levantad una punta del velo,
aunque haya de cegarme el sol de vuestro cielo.
- Rosalinda* Bien quisiera encubrir las huellas de mi pena.
He llorado esta tarde como una Magdalena,
y empañaron las lágrimas el brillo de mis ojos
que agonizan, sepultos en dos círculos rojos.
Apenas puedo entreabrirlos con la jaqueca,
y me he puesto en las sienes dos parches de manteca.
- Arlequín* ¡Rosalinda!
- Rosalinda* ¡Qué grito tan extraño!
- Arlequín* ¡Señora!
- Rosalinda* Parece que me habéis reconocido ahora.
- Arlequín* Asombro fue, mi bella, al ver tu palidez
amante, y la divina claridad de tu tez.
¡Oh, Marquesa celeste, a un tiempo estrella y flor,
que de la Luna en Sirio tienes el resplandor!
Vuelve a hacer musicales las fuentes y las brisas
con el teclado armónico de tus divinas risas,
que enseñan la primera lección de sus escalas
al ruiseñor, cuando abre en el nido las alas.
Y tu mano lunaria, el esquife de plata
de mi ensueño, conduzca a oír la serenata
de las liras, enfermas de aquel celeste mal,
que el narigudo Ovidio llamó mal autumnal.
- Rosalinda* ¡Galano discreto! Mas oye atentamente:
¿Cuántos años cumpliste?

- Arlequín* Los que dice la gente.
La edad de un comediante, Marquesa, no persigas.
Yo, como soy tu amante, tendré la que tú digas.
- Rosalinda* No juzgues mi curiosa pregunta inoportuna.
Te adoro, y por los dedos quería sacar una
cuenta. Saber el tiempo que aún seguirá clavada
en nuestros corazones la saeta dorada.
Porque llegó el momento de decirnos adiós,
o de pedirle al carro dosel para los dos.
Tu vida está en un hilo, y como soy sensible,
no hago más que llorar. ¡Me estoy poniendo horrible!
¿Arlequín, en qué piensas?
- Arlequín* Pienso en tus pobres huesos,
en los tumbos del carro por los caminos esos,
En el rodar constante de una aldea a otra aldea,
peregrinos que nunca llegamos a Judea.
- Rosalinda* Pues así no podemos seguir. A mi marido
le entró, un furor sangriento que nunca había tenido.
¡No sé qué mal de ojo le hicieron en España!
¡Es Castilla que aceda las uvas del Champaña!
¡Son los Autos de fe que hace la Inquisición!
¡Y las comedias de don Pedro Calderón!
- Arlequín* Yo mejor lo atribuyo al cambio de manjares:
¡La sobreasada de las Islas Baleares!
¡El marisco gallego, que es de tanto deleite!
¡Y ese queso manchego tan metido en aceite,
¡Y el de Burgos! ¡Y aquel vino rancio y espeso
que reclama la boca tras de morder el queso!
¡Y el jamón y los embutidos de los charros!
¡Salamanca con sus doctores y sus guarros!
¡Y Córdoba y Navarra! ¡Y Lugo y Candelario!
¡Y el pimentón, que en Francia es algo extraordinario!
¡Y el sol!
- Rosalinda* ¿El sol?
- Arlequín* El viejo que canta entre las viñas,
que grana los racimos y el amor de las niñas;
que hace muecas burlonas a candiles y alcuzas,
en donde su latín aprenden las lechuzas;

que saluda a los vientos con doradas bocinas,
buceadas en el fondo de las azules minas;
que despierta a la mosca y a la cigarra alegra,
y es como un trampolín para la pulga negra;
que presta sus bordones al tábano en la fuente,
y el arco de la luna pone al toro en la frente;
que guía las estrellas por el azul del cielo
Y nuestro pensamiento por debajo del pelo.
¡El sol, el sol ha sido!

Rosalinda ¡Acaso...! Porque el sol
también se anuncia en la frente del caracol.

Arlequín Pues que se pone rojo tu marido, soplando
en el cuerno de guerra, como un nuevo Rolando,
dispondré la carreta.

Rosalinda ¡Te has convencido al fin!

Arlequín ¡Huyamos, Rosalinda!

Rosalinda ¡Huyamos, Arlequín!
A las nueve en la reja esta noche.

Arlequín Señora,
pues nos vigilan, hemos de ser cautos ahora.
suspendamos la cita y guardemos sigilo.

Rosalinda ¡Sin verte me tendrás con el alma en un hilo!

Arlequín Dos puñales acechan en la sombra.

Rosalinda ¡Ay de mí!
Los de dos valentones que en este sitio vi.

Arlequín ¿También esos bellacos te intimidaron?

Rosalinda ¡No!
¿Pero a ti? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

Arlequín Yo
llevó al cinto una espada, y estoy acostumbrado
a matar al amigo Pierrot, sobre el tablado.

Rosalinda ¡Cualquier desgracia tuya me enfermaría de pena!



¡Adiós! Voy a las Madres, donde hago una novena.

Arlequín ¿Suspiras?

Rosalinda Un recuerdo que el convento me envía.
Allí se queda una parte del alma mía.
Allí riega geranios y rosales mi Estrella.

Arlequín ¡Nunca te hice el cumplido de que tu hija es muy bella!

Rosalinda ¡Apenas una niña! ¡Ay! No la podrán ver
los ojos de su madre convertida en mujer.

Arlequín Parece una muñeca que llevase su Dueña,
regalo de los Magos a una reina pequeña.
Y al galán que la bese, le ocurrirá dudar
si ha de tomarla en brazos o se ha de arrodillar.
Marquesa Rosalinda, un rayo de juicio
me alumbra. Yo no acepto tu hermoso sacrificio.
¡Te debes a tu hija!

Rosalinda ¡Calla, por compasión!
Mi hija va conmigo.

Arlequín ¡Hola!

Rosalinda ¡En el corazón!
Cecea a mis criados. Con tus palabras locas
el deseo me vino de ver volar sus tocas
en aquel locutorio de las Descalzas. Antes
a tu custodia quiero entregar mis diamantes,
mis áureas filigranas, mis zarcillos menudos
y mis claros joyeles y un puñado de escudos.
¡Adiós, señor mi dueño!

Arlequín ¡Adiós, alondra de oro!
¡Que el mundo del ensueño me abres como un tesoro!
¡Adiós, dama encantada por los encantadores!
¡Señora de las rosas! ¡Dueña de ruiseñores!

VEGA CARPIO, LOPE DE

TEXTO Nº 30 - El Caballero de Olmedo

Autor: Lope de Vega

Edición: Edición de Francisco Rico

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO PRIMERO

(Salen Don Alonso, Tello y Fabia)

<i>Fabia</i>	Cuatro mil palos me han dado.	
<i>Tello</i>	¡Lindamente negociaste!	
<i>Fabia</i>	Si tú llevaras los medios...	535
<i>Alonso</i>	Ello ha sido disparate que yo me atreviese al cielo.	
<i>Tello</i>	Y que Fabia fuese el ángel, que al infierno de los palos cayese por levantarte.	540
<i>Fabia</i>	¡Ay, pobre Fabia!	
<i>Tello</i>	¿Quién fueron los crueles sacristanes del facistol de tu espalda?	
<i>Fabia</i>	Dos lacayos y tres pajes. Allá he dejado las tocas y el monjil hecho seis partes.	545
<i>Alonso</i>	Eso, madre, no importara, si a tu rostro venerable	

	no se hubieran atrevido. ¡Oh, qué necio fue en fiarme de aquellos ojos traidores, de aquellos falsos diamantes, niñas que me hicieron señas para engañarme y matarme! Yo tengo justo castigo. Toma este bolsillo, madre... y ensilla, Tello, que a Olmedo nos hemos de ir esta tarde.	550
<i>Tello</i>	¿Cómo, si anocerce ya?	
<i>Alonso</i>	Pues ¿qué, quieres que me mate?	560
<i>Fabia</i>	No te aflijas, moscatel, Ten ánimo, que aquí trae Fabia tu remedio. Toma.	
<i>Alonso</i>	¡Papel!	
<i>Fabia</i>	Papel.	
<i>Alonso</i>	No me engañes.	
<i>Fabia</i>	Digo que es suyo, en repuesta de tu amoroso romance.	565
<i>Alonso</i>	Hinca, Tello, la rodilla.	
<i>Tello</i>	Sin leer no me lo mandes, que aun temo que hay palos dentro, pues en mondadientes caben.	570
	(Lea)	
<i>Alonso</i>	«Cuidadosa de saber si sois quien pre- sumo, y deseando que lo seáis, os supli- co que vais esta noche a la reja del jardín desta casa, donde hallaréis atado el listón verde de las chinelas, y ponéos- le mañana en el sombrero para que os conozca».	
<i>Fabia</i>	¿Qué te dice?	

<i>Alonso</i>	Que no puedo pagarte ni encarecerle tanto bien.	
<i>Tello</i>	Ya desta suerte no hay que ensillar para Olmedo. ¿Oyen, señores rocines? Sosiéguense, que en Medina nos quedamos.	575
<i>Alonso</i>	La vecina noche, en los últimos fines con que va espirando el día, pone los helados pies. Para la reja de Inés, aún importa bizarría, que podrá ser que amor la llevase a ver tomar la cinta. Voyme a mudar.	580
		585
	(Vase)	
<i>Tello</i>	Y yo a dar a mi señor, Fabia, con licencia tuya, aderezo de sereno	
<i>Fabia</i>	Detente.	
<i>Tello</i>	Esto fuera bueno, a ser la condición suya para vestirse sin mí.	590
<i>Fabia</i>	Pues bien le puedes dejar, porque me has de acompañar.	
<i>Tello</i>	¿A ti, Fabia?	
<i>Fabia</i>	A mí.	
<i>Tello</i>	¿Yo?	
<i>Fabia</i>	Sí, que importa a la brevedad deste amor.	595

<i>Tello</i>	¿Qué es lo que quieras?	
<i>Fabia</i>	Con los hombres, las mujeres llevamos seguridad. Una muela he menester del salteador que ahorcaron ayer.	600
<i>Tello</i>	Pues ¿no le enterraron?	
<i>Fabia</i>	No.	
<i>Tello</i>	Pues ¿qué quieres hacer?	
<i>Fabia</i>	Ir por ella, y que conmigo vayas solo acompañarme.	
<i>Tello</i>	Yo sabré muy bien guardarme de ir a esos pasos contigo. ¿Tienes seso?	605
<i>Fabia</i>	Pues, gallina, adonde yo voy, ¿no iras?	
<i>Tello</i>	Tú, Fabia, enseñada estás A hablar al diablo.	
<i>Fabia</i>	Camina.	610
<i>Tello.</i>	Mándame a diez hombres juntos temerario acuchillar, y no me mandes tratar en materia de difuntos.	
<i>Fabia</i>	Si no vas, tengo de hacer que el propio venga a buscarte.	615
<i>Tello</i>	¡Qué tengo de acompañarte! ¿Eres demonio o mujer?	
<i>Fabia</i>	Ven, llevarás la escalera, que no entiendes destos casos.	620
<i>Tello</i>	Quien sube por tales pasos, Fabia, el mismo fin espera.	

TEXTO Nº 31 - El castigo sin venganza (1)

Autor: Vega, Lope de
Edición: De Prolope (PPU)
Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

1.- ACTO I

(Batín sale con Lucrecia, criada, en los brazos)

<i>Batín</i>	Mujer, dime, ¿cómo pesas, si dicen que sois livianas?	
<i>Lucrecia</i>	Hidalgo, ¿dónde me llevas?	
<i>Batín</i>	A sacarte, por lo menos, de tanta enfadosa arena como la falta del río en estas orillas deja. Pienso que fue treta suya, por tener ninfas tan bellas volverse el coche al salir, que si no fuera tan cerca corriérades gran peligro.	355
<i>Federico</i>	Señora, por que yo pueda hablaros con el respeto que vuestra persona muestra, decidme quién sois.	365
<i>Cassandra</i>	Señor, no hay causa porque no deba decirlo: yo soy Cassandra, ya de Ferrara duquesa, hija del duque de Mantua.	370
<i>Federico</i>	¡¿Cómo puede ser que sea Vuestra Alteza y venir sola?!	
<i>Cassandra</i>	No vengo sola, que fuera	

	cosa imposible: no lejos el marqués Gonzaga queda, a quien pedí me dejase, atravesando una senda, pasar sola en este río parte desta ardiente siesta; y por llegar a la orilla que me pareció cubierta de más árboles y sombras, había más agua en ella, tanto, que pude correr, sin ser mar, fortuna adversa; mas no pudo ser Fortuna, pues se pararon las ruedas. Decidme, señor, quién sois, aunque ya vuestra presencia lo generoso asegura y lo valeroso muestra, que es razón que este favor no sólo yo le agradezca, pero el Marqués y mi padre, que tan obligados quedan.	375 380 385 390 395
<i>Federico</i>	Después que me dé la mano, sabrá quién soy Vuestra Alteza.	
<i>Cassandra</i>	¡¿De rodillas?! ¡Es exceso! No es justo que lo consienta la mayor obligación.	400
<i>Federico</i>	Señora, es justo y es fuerza: mirad que soy vuestro hijo.	
<i>Cassandra</i>	Confieso que he sido necia en no haberos conocido. ¿Quién, sino quien sois, pudiera valerme en tanto peligro? ¡Dadme los brazos!	405
<i>Federico</i>	Merezca vuestra mano.	
<i>Cassandra</i>	No es razón. Dejaldes pagar la deuda, señor conde Federico.	410

<i>Federico</i>	El alma os dé la respuesta. <i>(Hablen quedo y diga Batín)</i>	
<i>Batín</i>	Ya que ha sido nuestra dicha que esta gran señora sea por quien íbamos a Mantua, sólo resta que yo sepa si eres «tú», «vuesa merced», «señoría» o «excelencia», para que pueda medir lo razonado a las prendas.	415
<i>Lucrecia</i>	Desde mis primeros años sirvo, amigo, a la Duquesa. Soy doméstica criada; visto y desnudo a Su Alteza.	420
<i>Batín</i>	¿Eres camarera?	
<i>Lucrecia</i>	No.	425
<i>Batín</i>	Serás haciacamarrera, como que lo fuiste a ser y te quedaste a la puerta. Tal vez tienen las señoras, como lo que tú me cuentas, unas criadas malillas, entre doncellas y dueñas, que son todo y no son nada. ¿Cómo te llamas?	430
<i>Lucrecia</i>	Lucrecia	
<i>Batín</i>	¿La de Roma?	
<i>Lucrecia</i>	Más acá.	
<i>Batín</i>	Gracias a Dios que con ella topé, que desde su historia trago llena la cabeza de castidades forzadas y de diligencias necias. ¿Tú viste a Tarquino?	435
<i>Lucrecia</i>	¿Yo?	440

<i>Batín</i>	¿Y qué hicieras si le vieras?	
<i>Lucrecia</i>	¿Tienes mujer?	
<i>Batín</i>	¿Por qué causa lo preguntas?	
<i>Lucrecia</i>	Por que pueda ir a tomar su consejo.	
<i>Batín</i>	Herísteme por la treta. ¿Tú sabes quién soy?	445
<i>Lucrecia</i>	¿De qué?	
<i>Batín</i>	¿Es posible que no llega aún hasta Mantua la fama de Batín?	
<i>Lucrecia</i>	¿Por qué excelencias? Pero tú debes de ser como unos necios que piensan que en todo el mundo su nombre por único se celebra, y apenas le sabe nadie.	450
<i>Batín</i>	No quiera Dios que tal sea, ni que murmure envidioso de las virtudes ajenas. Esto dije por donaire, que no porque piense o tenga satisfacción y arrogancia. Verdad es que yo quisiera tener fama entre hombres sabios que ciencia y letras profesan, que en la ignorancia común no es fama sino cosecha que, sembrando disparates, coge lo mismo que siembra.	455 460 465
<i>Cassandra</i>	Aún no acierto a encarecer el haberlos conocido; poco es lo que había oído para lo que vengo a ver: el hablar, el proceder	470

a la persona conforma,
hijo y mi señor, de forma
que muestra en lo que habéis hecho
cuál es el alma del pecho
que tan gran sujeto informa.

475

Dicha ha sido haber errado
el camino que seguí,
pues más presto os conocí
por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
la tempestad, después della,
ver aquella lumbre bella,
así fue mi error la noche,
mar el río, nave el coche,
yo el piloto, y vos mi estrella.

480

Madre os seré desde hoy,
señor conde Federico,
y deste nombre os suplico
que me honréis, pues ya lo soy;
de vos tan contenta estoy,
y tanto el alma repara
en prenda tan dulce y cara,
que me da más regocijo
teneros a vos por hijo
que ser duquesa en Ferrara.

485

Federico Basta que me dé temor,
hermosa señora, el veros;
no me impida el responderos
turbarme tanto favor.
Hoy el Duque, mi señor,
en dos divide mi ser,
que del cuerpo pudo hacer
que mi ser primero fuese
para que el alma debiese
a mi segundo nacer.

490

Destos nacimientos dos
lleváis, señora, la palma,
que para nacer con alma
hoy quiero nacer de vos,
que, aunque quien la infunde es Dios,
hasta que os vi, no sentía
en qué parte la tenía;

495

pues si conocerla os debo, 515
vos me habéis hecho de nuevo,
que yo sin alma vivía.
Y desto se considera,
pues que de vos nacer quiero, 520
que soy el hijo primero
que el Duque de vos espera;
y de que tan hombre quiera
nacer no son fantasías,
que, para disculpas mías, 525
aquel divino crisol
ha seis mil años que es sol
y nace todos los días.

2.- ACTO I

Federico ¡Qué necia imaginación!
Batín ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?
Federico Bien dicen que nuestra vida
es sueño, y que toda es sueño, 930
pues que no sólo dormidos,
pero aun estando despiertos,
cosas imagina un hombre
que al más abrasado enfermo
con frenesí no pudieran
llegar a su entendimiento. 935
Batín Dices bien, que alguna vez
entre muchos caballeros
suelo estar, y sin querer
se me viene al pensamiento
dar un bofetón a uno 940
u mordelle del pescuezo.
Si estoy en algún balcón,
estoy pensando y temiendo
echarme dél y matarme.
Si estoy en la iglesia oyendo
algún sermón, imagino 945
que le digo que está impreso.
Dame gana de reír
si voy en algún entierro,

	950	
y si dos están jugando, que les tiro el candelero. Si cantan, quiero cantar, y si alguna dama veo, en mi necia fantasía asirla del moño intento, y me salen mil colores como si lo hubiera hecho.		
	955	
<i>Federico</i>	(¡Jesús! ¡Dios me valga! ¡Afuera, desatinados conceptos de sueños despiertos! Yo ¿tal imagino, tal pienso, tal me prometo, tal digo, tal fabrico, tal emprendo? ¡No más, estraña locura!)	960
<i>Batín</i>	¿Pues tú para mí secreto?	965
<i>Federico</i>	Batín, no es cosa que hice, y así nada te reservo, que las imaginaciones son espíritus sin cuerpo; lo que no es, ni ha de ser, no es esconderte mi pecho.	970
<i>Batín</i>	Y si te lo digo yo... ¿negarásrnelo?	
<i>Federico</i>	Primero que puedas adivinarlo, habrá flores en el cielo y en este jardín estrellas.	975
<i>Batín</i>	Pues mira cómo lo acierto: que te agrada tu madrastra y estás entre ti diciendo...	
<i>Federico</i>	¡No lo digas! Es verdad... pero yo ¿qué culpa tengo, pues el pensamiento es libre?	980
<i>Batín</i>	Y tanto, que por su vuelo la inmortalidad del alma se mira como en espejo.	985



<i>Federico</i>	Dichoso es el Duque.	
<i>Batín</i>	Y mucho.	
<i>Federico</i>	Con ser imposible, llego a estar envidioso dél.	
<i>Batín</i>	Bien puedes, con presupuesto de que era mejor Casandra para ti.	990
<i>Federico</i>	Con eso puedo morir de imposible amor y tener posibles celos.	

TEXTO Nº 32 - El castigo sin venganza (2)

Autor: Vega, Lope de
Edición: De Prolope (PPU)
Publicación: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

ACTO II

<i>Cassandra</i>	Federico, aunque reparo en lo que me ha dicho Aurora de tus celosos cuidados, después que vino conmigo a Ferrara el marqués Carlos, por quien de casarte dejas, apenas me persuado que tus méritos desprecies, siendo, como dicen sabios, desconfianza y envidia; que más tiene de soldado, aunque es gallardo el Marqués, que de galán cortesano. De suerte que lo que pienso de tu tristeza y recato es porque el Duque, tu padre, se casó conmigo, dando por ya perdida tu acción, a la luz del primer parto, que a sus estados tenías; y siendo así, que yo causo tu desasosiego y pena, desde aquí te desengaño; que puedes estar seguro de que no tendrás hermanos, porque el Duque solamente por cumplir con sus vasallos este casamiento ha hecho; que sus viciosos regalos -por no les dar otro nombre- apenas el breve espacio de una noche -que a su cuenta fue cifra de muchos años- mis brazos le permitieron;	1320 1325 1330 1335 1340 1345 1350
------------------	--	--

que a los deleites pasados ha vuelto con mayor furia, roto el freno de mis brazos. Como se suelta al estruendo un arrogante caballo del atambor -porque quiero usar de término casto-, que del bordado jaez va sembrando los pedazos: allí las piezas del freno vertiendo espumosos rayos, allí la barba y la rienda, allí las cintas y lazos; así el Duque, la obediencia rota al matrimonio santo, va por mujercillas viles, pedazos de honor sembrando: allí se deja la fama, allí los laureles y arcos, los títulos y los nombres de sus ascendientes claros; allí el valor, la salud, y el tiempo tan mal gastado, haciendo las noches días, en estos indignos pasos, con que sabrás cuán seguro estás de heredar su estado, o escribiendo yo a mi padre, que es más que esposo, tirano, para que me saque libre del Argel de su palacio, si no anticipa la muerte breve fin a tantos daños.	1355
	1360
	1365
	1370
	1375
	1380
	1385
<i>Federico</i>	Comenzando Vuestra Alteza riñéndome, acaba en llanto su discurso, que pudiera en el más duro peñasco imprimir dolor. ¿Qué es esto? Sin duda que me ha mirado por hijo de quien la ofende, pero yo la desengaño que no parezca hijo suyo para tan injustos casos. Esto persuadido ansi,
	1390
	1395

de mi tristeza me espanto, que la atribuyas, señora, a pensamientos tan bajos. ¿Ha menester Federico, para ser quien es, estados? ¿No lo son los de mi prima si yo con ella me caso, o, si la espada por dicha contra algún príncipe saco destos confinantes nuestros, los que le quitan restauro? No procede mi tristeza de interés, y aunque me alargo a más de lo que es razón, sabe, señora, que paso una vida la más triste que se cuenta de hombre humano, desde que Amor en el mundo puso las flechas al arco.	1400
Yo me muero sin remedio, mi vida se va acabando como vela, poco a poco, y ruego a la muerte en vano que no aguarde a que la cera llegue al último desmayo, sino que con breve soplo cubra de noche mis años.	1405
	1410
	1415
	1420
	1425
<i>Cassandra</i> Detén, Federico ilustre, las lágrimas, que no ha dado el cielo el llanto a los hombres, sino el ánimo gallardo. Naturaleza el llorar vinculó por mayorazgo en las mujeres, a quien, aunque hay valor, faltan manos. No en los hombres, que una vez sola pueden, y es en caso de haber perdido el honor, mientras vengan el agravio. ¡Mal haya Aurora y sus celos, que un caballero bizarro, discreto, dulce y tan digno de ser querido, a un estado ha reducido tan triste!	1430
	1435
	1440

<i>Federico</i>	No es Aurora, que es engaño.	
<i>Cassandra</i>	¿Pues quién es?	
<i>Federico</i>	El mismo Sol, que desas auroras hallo muchas siempre que amanece.	
<i>Cassandra</i>	¿Que no es Aurora?	
<i>Federico</i>	Más alto vuela el pensamiento mío.	1445
<i>Cassandra</i>	¿Mujer te ha visto y hablado, y tú le has dicho tu amor, que puede con pecho ingrato corresponderte? ¿No miras que son efetos contrarios, y proceder de una causa parece imposible?	1450
<i>Federico</i>	Cuando supieras tú el imposible, dijeras que soy de mármol, pues no me matan mis penas, o que vivo de milagro. ¿Qué Faetonte se atrevió del sol al dorado carro, o aquel que juntó con cera débiles plumas, infausto, que, sembradas por los vientos, pájaros que van volando las creyó el mar, hasta verlas en sus cristales salados;	1455
	qué Belerofonte vio, en el caballo Pegaso, parecer el mundo un punto del círculo de los astros;	1460
	qué griego Sinón metió aquel caballo preñado de armados hombres en Troya fatal de su incendio parto;	1465
	qué Jasón tentó primero pasar el mar temerario	1470
		1475

poniendo yugo a su cuello
los pinos y lienzos de Argos,
que se iguale a mi locura?

<i>Cassandra</i>	¿Estás, Conde, enamorado de alguna imagen de bronce, ninf a u diosa de alabastro? Las almas de las mujeres no las viste jaspe helado: ligera cortina cubre todo pensamiento humano. Jamás Amor llamó al pecho, siendo con méritos tantos, que no respondiese el alma «aquí estoy, pero entrad paso».« Dile tu amor, sea quien fuere, que no sin causa pintaron a Venus tal vez los griegos rendida a un sátiro o fauno. Más alta será la luna y de su cerco argentado bajó por Endimión mil veces al monte Latmo. Toma mi consejo, Conde, que el edificio más casto tiene la puerta de cera. Habla y no mueras callando.	1480 1485 1490 1495 1500
<i>Federico</i>	El cazador con industria pone al pelícano indiano fuego alrededor del nido, y él descendiendo de un árbol para librar a sus hijos bate las alas turbado, con que más enciende el fuego que piensa que está matando; finalmente se le queman y sin alas en el campo se deja coger, no viendo que era imposible volando. Mis pensamientos, que son hijos de mi amor que guardo en el nido del silencio, se están, señora, abrasando. Bate las alas Amor	1505 1510 1515

y enciéndelos por librarlos;
crece el fuego y él se quema;
tú me engañas, yo me abraso;
tú me incitas, yo me pierdo;
tú me animas, yo me espanto;
tú me esfuerzas, yo me turbo;
tú me libras, yo me enlazo;
tú me llevas, yo me quedo;
tú me enseñas, yo me atajo
porque es tanto mi peligro
que juzgo por menos daño,
pues todo ha de ser morir,
morir sufriendo y callando. 1520
1525
1530

ACTO III

(*Entre Federico*)

<i>Federico</i>	Sabiendo que no descansas, vengo a verte.	
<i>Duque</i>	Dios te guarde.	
<i>Federico</i>	Y a pedirte una merced.	
<i>Duque</i>	Antes que la pidas sabes que mi amor te la concede. 2555	
<i>Federico</i>	Señor, cuando me mandaste que con Aurora mi prima por tu gusto me casase, lo fuera notable mío, pero fueron más notables los celos de Carlos, y ellos entonces causa bastante para no darte obediencia. Mas después que te ausentaste supe que mi grande amor hizo que ilusiones tales me trujesen divertido. En efeto, hicimos paces y le prometí, señor, en satisfacción casarme, como me dieses licencia luego que el bastón dejases. Ésta te pido y suplico. 2560 2565 2570	

<i>Duque</i>	No pudieras, Conde, darme mayor gusto. Vete agora porque trate con tu madre, pues es justo darle cuenta, que no es razón que te cases sin que lo sepa y le pidas licencia, como a tu padre.	2575
<i>Federico</i>	No siendo su sangre Aurora, ¿para qué quiere dar parte Vuestra Alteza a mi señora?	2580
<i>Duque</i>	¿Qué importa no ser su sangre siendo tu madre Casandra?	2585
<i>Federico</i>	Mi madre, Laurencia, yace muchos años ha difunta.	
<i>Duque</i>	¿Sientes que «madre» la llame? Pues dícenme que en mi ausencia, de que tengo gusto grande, estuvistes muy conformes.	2590
<i>Federico</i>	Eso, señor, Dios lo sabe, que prometo a Vuestra Alteza, aunque no acierto en quejarme, pues la adora y es razón, que aunque es para todos ángel que no lo ha sido conmigo.	2595
<i>Duque</i>	Pésame de que me engañen, que me dicen que no hay cosa que más Casandra regale.	2600
<i>Federico</i>	A veces me favorece y a veces quiere mostrarme que no es posible ser hijos los que otras mujeres paren.	2605
<i>Duque</i>	Dices bien, y yo lo creo, y ella pudiera obligarme más que en quererme, en quererte, pues con estas amistades aseguraba la paz. Vete con Dios.	2610

Federico

Él te guarde.

(Vase)

Duque

No sé cómo he podido
mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¡Qué libre609, qué fingido,
con la invención de Aurora se repara,
para que yo no entienda
que puede ser posible que me ofenda!

2615

Lo que más me asegura
es ver con el cuidado y diligencia
que a Casandra murmura
que le ha tratado mal en esta ausencia,
que piensan los delitos
que callan cuando están hablando a gritos.

2620

De que la llame madre
se corre, y dice bien, pues es su amiga
la mujer de su padre,
y no es justo que ya «madre» se diga.
Pero yo, ¿cómo creo,
con tal facilidad caso tan feo?

2625

¿No puede un enemigo
del Conde haber tan gran traición forjado,
porque con su castigo,
sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creído,
si no estoy castigado, estoy corrido.

2630

2635

TEXTO Nº 33 - La dama boba

Autor: Vega Carpio, Lope de
Edición: Vigesimoctava edición
Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

ESCENA II

<i>Lauren</i>	A estar sin vida llegué el tiempo que no os serví; que fue lo más que sentí, aunque sin mi culpa fue. Yo vuestros males pasé, como cuerpo que animáis; vos movimiento me dais, yo soy instrumento vuestro, que en mi vida y salud muestro todo lo que vos pasáis. Parabién me den a mí de la salud que hay en vos, pues que pasamos los dos el mismo mal en que os vi. Solamente os ofendí, aunque la disculpa os muestro, en que este mal que fue nuestro, sólo tenerle debía, no vos, que sois alma mía, yo sí, que soy cuerpo vuestro.	1195 1200 1205 1210
<i>Nise</i>	Pienso que de oposición me dais los tres parabién.	1215
<i>Lauren</i>	Y es bien, pues lo sois por quien viven los que vuestros son.	
<i>Nise</i>	Divertíos, por mi vida, cortándome algunas flores los dos, pues con sus colores	1220

la diferencia os convida,
de este jardín, porque quiero
hablar a Laurencio un poco.

<i>Duardo</i>	Quien ama y sufre, o es loco o necio.	1225
<i>Feniso</i>	Tal premio espero.	
<i>Duardo</i>	No son vanos mis recelos.	
<i>Feniso</i>	Ella le quiere.	
<i>Duardo</i>	Yo haré un ramillete de fe, pero sembrado de celos.	1230

(*Vanse Duardo y Feniso*)

ESCENA III

(*Laurencio, Nise*)

<i>Lauren</i>	Ya se han ido. ¿Podré yo, Nise, con mis brazos darte parabién de tu salud?	
<i>Nise</i>	¡Desvía, fingido, fácil, lisonjero, engañador, loco, inconstante, mudable hombre, que en un mes de ausencia -que bien merece llamarse ausencia la enfermedad-, el pensamiento mudaste! Pero mal dije en un mes, porque puedes disculparte con que creíste mi muerte, y, si mi muerte pensaste, con gracioso sentimiento, pagaste el amor que sabes, mudando el tuyo en Finea.	1235 1240 1245
<i>Lauren</i>	¿Qué dices?	

<i>Nise</i>	Pero bien haces: tú eres pobre, tú discreto, ella rica y ignorante; buscaste lo que no tienes, y lo que tienes dejaste. Discreción tienes, y en mí la que celebrabas antes dejas con mucha razón; que dos ingenios iguales no conocen superior; y, por dicha, ¿imaginaste que quisiera yo el imperio que a los hombres debe darse? El oro que no tenías, tenerle solicitaste enamorando a Finea.	1250
<i>Lauren</i>	Escucha...	
<i>Nise</i>	¿Qué he de escucharte?	
<i>Lauren</i>	¿Quién te ha dicho que yo he sido en un mes tan inconstante?	1265
<i>Nise</i>	¿Parécete poco un mes? Yo te disculpo, no hables; que la Luna está en el cielo sin intereses mortales, y en un mes, y aun algo menos, está creciente y menguante. Tú en la tierra, y de Madrid, donde hay tantos vendavales de intereses en los hombres, no fue milagro mudarte. Dile, Celia, lo que has visto.	1270
<i>Celia</i>	Ya, Laurencio, no te espantes de que Nise, mi señora, de esta manera te trate: yo sé que has dicho a Finea requiebros.	1275
<i>Lauren</i>	¡Que me levantes, Celia, tales testimonios!	1280

<i>Celia</i>	Tú sabes que son verdades; y no sólo tú a mi dueño ingratamente pagaste, pero tu Pedro, el que tiene de tus secretos las llaves, ama a Clara tiernamente. ¿Quieres que más te declare?	1285
<i>Lauren</i>	Tus celos han sido, Celia, y quieres que yo los pague. ¿Pedro a Clara, aquella boba?	
<i>Nise</i>	Laurencio, si le enseñaste, ¿por qué te afrentas de aquello en que de ciego no caes? Astrólogo me pareces, que siempre de ajenos males, sin reparar en los suyos, largos pronósticos hacen. ¡Qué bien empleas tu ingenio! «De Nise confieso el talle, mas no es sólo el exterior el que obliga a los que saben.» ¡Oh, quién os oyera juntos!... Debéis de hablar en romances, porque un discreto y un necio no pueden ser consonantes. ¡Ay, Laurencio, qué buen pago de fe y amor tan notable!	1295
	de fe y amor tan notable!	1300
	Bien dicen que a los amigos, prueba la cama y la cárcel. Yo enfermé de mis tristezas, y, de no verte ni hablarte, sangráronme muchas veces. ¡Bien me alegraste la sangre! Por regalos tuyos tuve mudanzas, traiciones, fraudes; pero, pues tan duros fueron, di que me diste diamantes.	1305
	di que me diste diamantes.	1310
	Ahora bien: ¡esto cesó!	1315
<i>Lauren</i>	¡Oye, aguarda!...	
<i>Nise</i>	¿Qué te aguarde?	



Pretende tu rica boba,
aunque yo haré que se case
más presto que tú lo piensas.

1325

Lauren

¡Señora!...

TEXTO Nº 34 - La discreta enamorada (1)

Autor: Vega Carpio, Lope de

Edición: Quinta edición

Editorial: Espasa Calpe, S.A.; Colección Austral; 1981; Madrid

ACTO PRIMERO

ESCENA IX

(Lucindo, Hernando)

Lucindo Aún no sale aquel galán.

Hernando ¿Qué es salir? Está despacio.

Lucindo Mis celos no me le dan.

Hernando Es esta casa un palacio;
mostrándosele estarán.
En sólo ver niñerías
hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías...
- Mejor esté yo en galeras,
que la sirviera dos días.

Lucindo Si en galeras de Gerarda
anda al remo este dichoso
que agora en salir se tarda,
no sé yo cuál envidioso
a la ribera le aguarda.
¡Ay de mí, Hernando, que quiero
una mujer diestra, astuta,
de amor vano y lisonjero,
despejada y resoluta,
y con una alma de acero!

Hernando Que el amor cause afición
está muy puesto en razón;



pero que el ser muy querido
descuido engendre y olvido,
efectos bastardos son.

Lucindo Él sale, y ella se ha puesto a la ventana.

Hernando Querrá verle galán y dispuesto.

ESCENA X

*(Doristeo, que sale con Finardo de casa de Gerarda, la cual se asoma a su ventana.-
DICHOS)*

Gerarda (Aparte)
Lucindo en la calle está.

Lucindo ¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

Doristeo ¿No es gallarda?

Finardo Es extremada.
¡Qué discreta y qué cortés!

Doristeo Todo en su talle me agrada.

Finardo (Aparte a Doristeo)
¿Si es éste Lucindo?

Doristeo Él es.

Finardo ¿Si viene a sacar la espada?

Doristeo Venga a lo que más quisiere;
yo sé que es aborrecido.

Gerarda (Aparte)
(Celoso está; desespere;
que por desdenes y olvido
yo sé lo que un hombre quiere.
Mas para picarle más,
quiero hablar con Doristeo,
a quien no quise jamás;
que por abreviar rodeo,

y por saltar vuelvo atrás).
¡Ah, caballero!

- Lucindo* ¿Es a mí?
- Gerarda* No os llamo, señor, a vos.
- Doristeo* ¿Y a mí, señora?
- Gerarda* A vos, sí.
- Lucindo* ¿No ves aquello?
- Hernando* Por Dios,
que es infamia estar aquí.
- Lucindo* Buscaremos invención
para que entienda que vengo
aquí con otra ocasión.
- Gerarda* (A *Doristeo*)
Salir esta noche tengo;
acompañarme es razón.
- Doristeo* ¿Dónde iréis?
- Gerarda* Pienso que al Prado.
Venid por mí.
- Doristeo* Yo vendré.
- Lucindo* Ir al Prado han concertado.
- Hernando* Tú fueras mejor, a fe.
Tus mismos celos te han dado.
- Doristeo* ¿Qué me mandáis más?
- Gerarda* Serviros.
- Doristeo* Adiós.
- Finardo* ¿No nos quiere nada?
- Doristeo* ¿Puedo irme?

Finardo Podéis iros.

(Vanse Doristeo y Finardo)

ESCENA XI

(Lucindo y Hernando, en la calle, Gerarda, en la ventana)

Lucindo ¿Que no he sacado la espada,
haciéndome tantos tiros?
Pues ¡vive Dios, que he de darte
celos, por ver si con celos
puedo a quererme obligarte,
ya que no quieren los cielos
que pueda amando obligarte!

Hernando ¿Cómo se los piensas dar?

Lucindo Quiero esta noche llevar
al Prado alguna mujer,
adonde me pueda ver
hablar, requebrar y amar.

Hernando Y ¿quién ha de ser?

Lucindo No sé.

Hernando Hallarla será imposible.

Lucindo No importa. -Yo te pondré
un manto...

Hernando Doña Terrible
me podrás llamar.

Lucindo Sí, haré.

Hernando ¡Estás loco!

Lucindo Pues, ¿qué importa?

- Hernando* ¿No importa, si topo acaso
 gente de palabras corta?
- Lucindo* Saldré yo muy presto al paso.
 Hernando, la voz reporta.
 Llega, y habla esa mujer.
 Pregunta si vio unas damas.
- Hernando* Bien dices, déjame hacer.
 Pues no agradas, porque amas,
 celos serán menester.
 -¡Ah, mi señora Gerarda!
- Gerarda* ¿Eres tú, Hernando?
- Hernando* Yo soy.
- Gerarda* Tengo qué hacer.
- Hernando* Oye, aguarda.
- Gerarda* ¡Por ti en la ventana estoy!
- Hernando* Eres discreta y gallarda.
- Gerarda* ¿Qué quieres?
- Hernando* Saber querría
 en qué casas de éstas vive
 cierta doña Estefanía,
 porque un loco no me prive
 de la ración de este día;
 que me la mandó seguir,
 y la perdí por mirarte.
- Gerarda* ¡Oh, qué gracioso fingir!
 Dígale a su Durandarte
 que me suelo yo reír
 de tretillas tan groseras.
 ¡Ah, mi señor Beltenebros!
 ¿Para qué son las quimeras?
 Trueque celos en requiebros;
 lléguese, hablemos de veras.
 ¿De qué se finge valiente,
 si está, de verme, temblando?
 Muestre el pulso. ¿A ver la frente?

¡Jesús, que se está abrasando
¡Qué temerario accidente!
¡Hola!, lleva a aquel celoso
dos tragos de agua de azar.

- Hernando* (Aparte)
Macacao
- Gerarda* ¡Cuento donoso!
¿Él me viene a amartelar?
- Lucindo* Corrido estoy.
- Hernando* Yo furioso.
¿Conoces algún poeta?
- Lucindo* ¿Para qué?
- Hernando* Para enviar
una sátira en receta
a esta bruja, o hazle dar
una hermosa cantaleta.
Haya pandorga esta noche;
yo compraré los cencerros,
aunque hasta el alba trasnoche.
Haya sábanas y entierros,
campanillas, hacha y coche.
¡Vive Dios!...
- Lucindo* Calla, ignorante.
¡Ah, mi bien, ah, mi Gerarda!
- Gerarda* ¿Llamas?
- (Vase)
- Lucindo* ¿Quitaste delante?
¿Adónde te vas? Aguarda.
Oye la voz de tu amante.
¿Para qué es matarme ansí?
- Hernando* ¿Vive Estefanía aquí?
- Lucindo* ¿Quieres callar, bestia?

Hernando No.
Por aquí pienso que entró.

Lucindo ¡Mi bien, duélete de mí!

Hernando Tu padre.

Lucindo ¡Válgame el cielo!

TEXTO Nº 35 - La discreta enamorada (2)

Autor: Vega Carpio, Lope de

Edición: Quinta edición

Editorial: Espasa Calpe, S.A.; Colección Austral; 1981; Madrid

ACTO PRIMERO

ESCENA II

(Lucindo, Hernando .- DICHOS)

Lucindo (Aparte a Hernando)
Dijeron que llevarían
quien cantase.

Hernando Ellos serán,
pues aquí cantando están.

Lucindo Ni cantan mal ni porfían.

Hernando Cesaron, como las aves
luego que alguno se acerca.

Lucindo Llega y míralos más cerca.

Hernando Plegue a Dios, señor, que acabes
de ser necio.

Lucindo Si no es hora
para hablar con mi Fenisa,
¿qué importa, pues todo es risa?

Hernando Celos ríen, y amor llora.
Yo paso a lo caballero
por delante; espera aquí.

Lucindo Yo aguardo.

*(Pasa Hernando embozado por delante de los sentados,
y vuélvete adonde quedó su amo)*

- Finardo* ¿Qué mira ansí
este necio majadero?
- Doristeo* Algo debe de buscar
que de casa se le fue.
- Gerarda* Canta solo.
- Liseo* Cantaré.
- Gerarda* Sí; pero no has de templar.
- Hernando* *(Aparte a su amo)*
En la voz la conocí.
- Lucindo* ¿Luego es Gerarda?
- Hernando* Sin duda.
- Lucindo* ¡Ay!
- Hernando* ¿Es menester ayuda?
- Lucindo* Y el otro ¿es su galán?
- Hernando* Sí.
- Lucindo* ¡Triste de mí!
- Hernando* ¿Qué tenemos?
¿Date por ventura el parto?
- Lucindo* Mientras más de ti me aparto,
más me acerco.
- Hernando* Sin extremos;
que te podrá conocer.
- Lucindo* ¿Está en su regazo?
- Hernando* ¡Y cómo!
- Lucindo* Celos por los ojos tomo,

y el alma comienza a arder,
¡oh veneno, que desalmas
La vida con tus enojos,
siendo la copa los ojos
donde le beben las almas,
nunca yo viniera acá!

- Hernando* Vámonos de aquí, señor,
¿no es aquel ángel mejor,
que esperándonos está?
- Lucindo* ¿Cuál ángel?
- Hernando* Fenisa bella.
- Lucindo* No estoy para hablar agora
con ángeles.
- Hernando* Si te adora,
¿no será justo querella?
- Lucindo* Esa peligro no corre;
que como es amor primero,
estará, como otra Hero,
aguardándome en la torre;
pero ésta que está en los brazos
deste venturoso amante,
si me descuido un instante,
haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?
- Hernando* ¿Pues no?
- Lucindo* Póntele.
- Hernando* Gran mal recelo.
- Lucindo* Haz saya del herreruelo.
- Hernando* ¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!
- Lucindo* A esos árboles te ve,
y de mujer te disfrazas.
- Hernando* Voy; mas temo que esta traza...

Lucindo Ve, majadero.

Hernando Yo iré;
mas defenderme te toca,
y si hacerlo no quisieres,
no te espantes si me vieres
con la barriga a la boca.

(Vase)

ESCENA III

(*Lucindo, en pie y lejos de Gerarda, Doristeo, Finardo, Liseo y Fabio, sentados*)

Lucindo ¡Qué mal se cura amor con invenciones!
¡Que vano error sobre sanar la herida,
si en las muertas cenizas escondida
la viva lumbre al corazón le pones!
Celos, desdenes, iras, sinrazones
tienen el alma alguna vez dormida:
mas ¿qué letargo habrá que no despida
la fuerza de celosas prevenciones?
¡Oh celos!, con razón os han llamado
mosquitos del amor, de amor desvelos:
el humo de su fuego os ha engendrado.
¿Qué importa que se duerma un hombre (¡oh cielos!),
de pesadumbres del amor cansado,
si con sus voces le despiertan celos?

ESCENA IV

(*Hernando, con un manto puesto, y la capa por saya
Lucindo; y en el proscenio, Gerarda, Doristeo, Finardo,
Fabio y Liseo*)

Hernando (Aparte a *Lucindo*)
¿Vengo bien?

Lucindo Vienes tan bien,

que espero que bien me vaya.

Hernando ¿Qué te parece la saya?

Lucindo Muy bien.

Hernando ¿Y el manto?

Lucindo También.

Hernando ¿No voy muy apetecible?

Lucindo Vamos.

Hernando En notables trabajos
me pone tu amor terrible.

(Acércanse a los otros cinco)

Doristeo Un galán con cierta dama
hacia donde estamos viene.

Gerarda Gentil brío y arte tiene!
A fe que es ropa de fama.

Doristeo ¿Cómo?

Gerarda Diome el buen olor.

Doristeo Tomó pastilla al salir.

Finardo Pastilla y Prado es decir
que es dama...

Doristeo ¿De qué?

Finardo De amor.

Doristeo A tu lado toma asiento.

Gerarda ¡Qué de golpe se ha asentado!

Finardo Debe de tener pesado
lo que es el quinto elemento.

Lucindo *(A Hernando)*
Bella doña Estefanía,

¿qué os parece esta frescura?

- Hernando* (Con voz de mujer)
Fue mucha descompostura
venir aquí sin mi tía;
pero el mucho amor que os tengo
a más me puede obligar.
- Lucindo* Señores, ¿quieren cantar?
- Hernando* (Con voz de mujer)
¿Déjanlo porque yo vengo?
- Gerarda* (Aparte)
Lucindo es éste. ¡Ay de mí!
Verdad sin duda sería
que aquella dama quería,
por quien preguntar le vi.
Celos que pensé fingidos
me han salido verdaderos.
¡Ay, amores lisonjeros,
de engaño y traición vestidos!
Entendídomo ha la letra,
herido me ha por el filo,
vengóse del mismo estilo.
- Hernando* (Aparte a Lucindo)
Ya se altera y inquieta:
¿qué te parece el jarabe?
- Lucindo* Que hace su operación.
- Gerarda* (Aparte. ¡Qué bien sabe dar pasión!
¡Qué mal el tomarla sabe!)
Por vida de Doristeo,
que un poco de agua traigáis
- Doristeo* Y traeré con qué bebáis;
que regalaros deseo.
Entreteneos aquí
mientras voy por colación.
- Gerarda* Que vais solo no es razón.
- Finardo* ¿Acompañaréle?



Gerarda Sí;
que aquí quedan los amigos.

Finardo Pues vamos.

Doristeo Venid.

Finardo Adiós.

(Vanse Doristeo y Finardo)

ZORRILLA, JOSÉ

TEXTO Nº 36 - Don Juan Tenorio (1)

Autor: Zorrilla, José

Edición: Octava Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO II ESCENA VII (*entre Don Juan y Don Luis*)

<i>Luis</i>	Mas se acercan. ¿Quién va allá?	
<i>Juan</i>	Quien va.	
<i>Luis</i>	De quien va así, ¿qué se infiere?	
<i>Juan</i>	Que quiere.	1165
<i>Luis</i>	¿Ver si la lengua le arranco?	
<i>Juan</i>	El paso franco.	
<i>Luis</i>	Guardado está.	
<i>Juan</i>	¿Y soy yo manco?	
<i>Luis</i>	Pidiéraislo en cortesía.	
<i>Juan</i>	Y ¿a quién?	
<i>Luis</i>	A don Luis Mejía.	1170
<i>Juan</i>	<i>Quien va, quiere el paso franco.</i>	
<i>Luis</i>	¿Conocéisme?	
<i>Juan</i>	Sí.	
<i>Luis</i>	¿Y yo a vos?	

<i>Juan</i>	Los dos.	
<i>Luis</i>	Y ¿en qué estriba el estorballe?	
<i>Juan</i>	En la calle.	1175
<i>Luis</i>	¿De ella los dos por ser amos?	
<i>Juan</i>	Estamos.	
<i>Luis</i>	Dos hay no más que podamos necesitarle a la vez.	
<i>Juan</i>	Lo sé.	
<i>Luis</i>	¡Sois don Juan!	
<i>Juan</i>	¡Pardiez! <i>los dos ya en la calle estamos.</i>	1180
<i>Luis</i>	¿No os prendieron?	
<i>Juan</i>	Como a vos.	
<i>Luis</i>	¡Vive Dios! Y ¿huisteis?	
<i>Juan</i>	Os imité. ¿Y qué?	1185
<i>Luis</i>	Que perderéis.	
<i>Juan</i>	No sabemos.	
<i>Luis</i>	Lo veremos.	
<i>Juan</i>	La dama entrabmos tenemos sitiada, y estáis cogido.	
<i>Luis</i>	Tiempo hay.	
<i>Juan</i>	Para vos perdido.	1190
<i>Luis</i>	<i>¡Vive Dios, que lo veremos!</i>	

(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente, hasta colocarse tras él, le sujetra.)

Juan Señor don Luis, vedlo, pues.

Luis Traición es.

Juan La boca...

(A los suyos, que se la tapan a Don Luis)

Luis ¡Oh!

(Le sujetan los brazos)

Juan Sujeto atrás:
más. 1195
La empresa es, señor Mejía,
como mía.
Encerrádme hasta el día. *(A los suyos)*
La apuesta está ya en mi mano.

(A Don Luis)

Adiós, don Luis: si os la gano, 1200
traición es; mas como mía.

TEXTO Nº 37 - Don Juan Tenorio (2)

Autor: Zorrilla, José

Edición: Octava Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ESCENA IX

(Don Juan, Don Gonzalo)

Gonzalo ¿Adónde está ese traidor?

Juan Aquí está, comendador.

Gonzalo ¿De rodillas?

Juan Y a tus pies.

Gonzalo Vil eres hasta en tus crímenes.

Juan Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

Gonzalo ¿Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?
¡Ir a sorprender, ¡infame!,
la cándida sencillez
de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!
¡Derramar en su alma virgen
traidoramente la hiel
en que rebosa la tuya,
seca de virtud y fe!
¡Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,
como si fuera un harapo
que desecha un mercader!
¿Ése es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Ésa es
la proverbial osadía



que te da el vulgo a temer?
¿Con viejos y con doncellas
la muestras...? Y ¿para qué?
¡Vive Dios!, para venir
sus plantas así a lamer
mostrándote a un tiempo ajeno
de valor y de honradez.

Juan ¡Comendador!

Gonzalo Miserable,
tú has robado a mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida, o por mi bien.

Juan Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás,
ni a mi padre, ni a mi rey.
Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves,
considera, don Gonzalo,
que razón debo tener.

Gonzalo Lo que tienes es pavor
de mi justicia.

Juan ¡Pardiez!
Óyeme, comendador,
o tenerme no sabré,
y seré quien siempre he sido,
no queriéndolo ahora ser.

Gonzalo ¡Vive Dios!

Juan Comendador,
yo idolatró a doña Inés,
persuadido de que el cielo
nos la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella,
ni sus gracias adoré;
lo que adoro es la virtud,
don Gonzalo, en doña Inés.

Lo que justicias ni obispos
no pudieron de mí hacer
con cárceles y sermones,
lo pudo su candidez.
Su amor me torna en otro hombre,
regenerando mi ser,
y ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fue.
Escucha, pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas a tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija,
en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda,
diciéndome *esto ha de ser*.
El tiempo que señales,
en reclusión estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia o altivez,
del modo que me ordenares
con sumisión te daré:
y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo la daré un buen esposo
y ella me dará el Edén.

Gonzalo

Basta, don Juan; no sé cómo
me he podido contener,
oyendo tan torpes pruebas
de tu infame avilantez.
Don Juan, tú eres un cobarde
cuando en la ocasión te ves,
y no hay bajeza a que no oses
como te saque con bien.

Juan

¡Don Gonzalo!

Gonzalo

Y me avergüenzo
de mirarte así a mis pies,
lo que apostabas por fuerza
suplicando por merced.

Juan

Todo así se satisface,

don Gonzalo, de una vez.

Gonzalo ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?
Primero la mataré.
¡Ea! Entrégamela al punto,
o sin poderme valer,
en esa postura vil
el pecho te cruzaré.

Juan Míralo bien, don Gonzalo;
que vas a hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

Gonzalo ¿Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?

Juan ¡Comendador, que me pierdes!

Gonzalo Mi hija.

Juan Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer;
y que con armas al cinto
tus denuestos toleré,
proponiéndote la paz
de rodillas a tus pies.

ESCENA X

(DICHOS: Don Luis, soltando una carcajada de burla)

Luis Muy bien, don Juan.

Juan ¡Vive Díos!

Gonzalo ¿Quién es ese hombre?

Luis Un testigo
de su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.

- Juan* ¡Don Luis!
- Luis* Ya he visto bastante,
don Juan, para conocer
cuál uso puedes hacer
de tu valor arrogante;
y quien hiere por detrás
y se humilla en la ocasión,
es tan vil como el ladrón
que roba y huye.
- Juan* ¿Esto más?
- Luis* Y pues la ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera
cuando a igual tiempo te alcanza,
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.
- Gonzalo* ¡Oh! Ahora comprendo... ?Sois vos
el que...?
- Luis* Soy don Luis Mejía,
a quien a tiempo os envía
por vuestra venganza Dios.
- Juan* ¡Basta, pues, de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
no os muestro ni doy valor
a mi franco sacrificio:
y la leal solicitud
con que ofrezco cuanto puedo
tomáis, ¡vive Dios!, por miedo
y os mofáis de mi virtud,
os acepto el que me dais
plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.
- Luis* Sea; y cae a nuestros pies,
digno al menos de esa fama

que por tan bravo te aclama.

Juan Y venza el infierno, pues.
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a Juicio,
tú responderás por mí.

(Le da un pistoletazo)

Gonzalo ¡Asesino!

Juan Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di en prueba de tu razón
que cara a cara te mato.

(Riñen, y le da una estocada)

Luis ¡Jesús!

(Cae)

Juan Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fue por culpa mia;
pero la justicia llega,
y a fe que ha de ver quién soy.

Ciutti *(Dentro)*
¿Don Juan?

Juan *(Asomado al balcón)*
¿Quién es?

Ciutti *(Dentro)*
Por aquí;
salvaos.

Juan ¿Hay paso?

Ciutti Sí;
arrojaos.

Juan Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó,



y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

*(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua
del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos
muestra la rapidez del barco en que parte, se oyen
golpes en las puertas de la habitación; poco después
entra la justicia, soldados, etc.)*

TEXTO Nº 38 - Don Juan Tenorio (3)

Autor: Zorrilla, José

Edición: Vigesimonovena Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

PARTE PRIMERA, ACTO I, ESCENA XII

Luis Estamos.

Juan Como quien somos cumplimos.

Luis Veamos, pues, lo que hicimos.

Juan Bebamos antes.

Luis Bebamos. (*Lo hacen*)

Juan La apuesta fue... (2)

Luis Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

Juan Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio.
¿No es así?

Luis Sin duda alguna: (2)
y vinimos a apostar
quién de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos aquí hoy
a probarlo



- Juan* Y aquí estoy.
- Luis* Y yo.
- Centellas* ¡Empeño bien extraño, (2)
 por vida mía!
- Juan* Hablad, pues.
- Luis* No, vos debéis empezar.
- Juan* Como gustéis, igual es,
 que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: «¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego, (4)
hay pendencias y amoríos.» (6)
Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos.
En Roma, a mi apuesta fiel, (1)
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
«*Aquí está don Juan Tenorio*
para quien quiera algo de él.» (3)
De aquellos días la historia
a relataros renuncio:
remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas, caprichosas,
las costumbres, licenciosas,
yo, gallardo y calavera:
¿quién a cuenta redujera
mis empresas amorosas?



Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un disfraz harto ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.
Fui al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compaña
tras cinco o seis desafíos.
Nápoles, rico vergel (1)
de amor, de placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio, (3)
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscriba;
y a cualquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.
Búsquenle los reñidores; (3)
cérquenle los jugadores; (4)
quien se precie que le ataje, (6)
a ver si hay quien le aventaje (7)
en juego, en lid o en amores.» (8)
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí. (7)
Ni reconocí sagrado,
ni hubo ocasión ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.

A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió:
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

Luis Leed, pues.

Juan No; oigamos antes (2)
vuestros bizarros extremos,
y si traéis terminantes
vuestras notas comprobantes, (6)
lo escrito cotejaremos.

Luis Decís bien; cosa es que está,
don Juan, muy puesta en razón;
aunque, a mi ver, poco irá
de una a otra relación.

Juan Empezad, pues. (2)

Luis Allá va.
Buscando yo, como vos,
a mi aliento empresas grandes,
dije: « ¿Dó iré, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos,
que vaya mejor que a Flandes? (1)
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas
ocasiones extremadas
de riñas y galanteos.»
Y en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobra a dobla, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,



de mí todo el mundo huía;
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tal!,
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en Gante (1)
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro (8)
de la Pascua, el buen Obispo
bajó a presidir el coro,
y aún de alegría me criso
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro:
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro:
reñimos, fui yo más diestro,
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente:
juréles yo amistad franca:
pero a la noche siguiente (8)
huí, y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que quien roba al ladrón
ha cien años de perdón, TODOS
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a Alemania opulento: (1)
mas un provincial jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo,
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel;
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.
Salté a Francia. ¡Buen país!, (1)
y como en Nápoles vos,
puso un cartel en París
diciendo: «*Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.* (3)
Parará aquí algunos meses,
Y no trae más intereses

*ni se aviene a más empresas,
que a adorar a las francesas (6)
y a reñir con los franceses.» (4)*
Esto escribí; y en medio año
que mí presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Mas, como don Juan, mi historia
también a alargar renuncio;
que basta para mi gloria
la magnífica memoria (8)
que allí dejé con mi anuncio.
Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé, (2)
la virtud escarnecí, (7)
a la justicia burlé, (4)
y a las mujeres vendí. (3)
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió: (8)
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

Juan La historia es tan semejante
que está en el fiel la balanza; (6)
mas vamos a lo importante,
que es el guarismo a que alcanza
el papel: conque adelante. (2)

Luis Razón tenéis, en verdad.
Aquí está el mío: mirad,
por una línea apartados
traigo los nombres sentados,
para mayor claridad.

Juan Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el mío:
en dos líneas separadas,
los muertos en desafío,
y las mujeres burladas.
Contad.

Luis Contad.

Juan Veinte y tres.

Luis Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

Juan Son los muertos.

Luis Matar es.

Juan Nueve os llevo.

Luis Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.

Juan Sumo aquí cincuenta y seis.

Luis Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

Juan Pues perdéis.

Luis ¡Es increíble, don Juan! (7)

Juan Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.

Luis ¡Oh! Y vuestra lista es cabal. (7)



- Juan* Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
¡oh!, ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?
- Luis* Sólo una os falta en justicia.
- Juan* ¿Me la podéis señalar?
- Luis* Sí, por cierto: una novicia
que esté para profesar.
- Juan* ¡Bah! Pues yo os complaceré
doblemente, porque os digo
que a la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.
- Luis* ¡Pardiez, que sois atrevido! TODOS
- Juan* Yo os lo apuesto si queréis.
- Luis* Digo que acepto el partido.
Para darlo por perdido,
¿queréis veinte días?
- Juan.* Seis.
- Luis* ¡Por Dios, que sois hombre extraño! TODOS
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?
- Juan* Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas, (2)
otro para conseguirlas, (3)
otro para abandonarlas, (4)
dos para sustituirlas (8)
y una hora para olvidarlas.
Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja,



porque, pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.

Luis Don Juan, ¿qué es lo que decís?

Juan Don Luis, lo que oído habéis.

Luis Ved, don Juan, lo que emprendéis.

Juan Lo que he de lograr, don Luis.